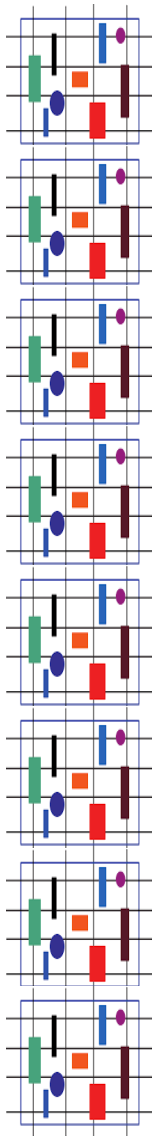




Universidad Autónoma de Chiapas
Dirección General de Investigación y Posgrado
Consortio de Ciencias Sociales y Humanidades
Doctorado en Estudios Regionales



**Producción sociodiscursiva y construcción
identitaria de las juventudes rurales: análisis
desde una regionalización discursiva**

Tesis

que para obtener el grado de

Doctor en Estudios Regionales

presenta

Samuel de Jesús Laparra Méndez

Director

Dr. Fernando Lara Piña



Tuxtla Gutiérrez, Chiapas

Febrero de 2019

La realización de esta investigación fue posible gracias a la beca otorgada por el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, con número 429403, durante mis estudios de Doctorado en Estudios Regionales en la Universidad Autónoma de Chiapas.



DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIÓN Y POSGRADO
DES CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES
DOCTORADO EN ESTUDIOS REGIONALES
ÁREA DE TITULACIÓN
AUTORIZACIÓN/IMPRESIÓN DE TESIS



F-FHCIP-TD-016

Tuxtla Gutiérrez, Chiapas
10 de diciembre de 2018
Oficio No. TDER/347/18

C. Samuel de Jesús Laparra Méndez

Promoción: **Octava**

Matrícula: **PS247**

Sede: **Tuxtla Gutiérrez**

Presente.

Por medio del presente, informo a Usted que una vez recibido los votos aprobatorios de los miembros del JURADO para el examen de grado del Programa de Doctorado en Estudios Regionales, para la defensa de la tesis intitulada:

Producción sociodiscursiva y construcción identitaria de las juventudes rurales: análisis desde una regionalización discursiva.


Se le **autoriza la impresión de seis ejemplares impresos y cuatro electrónicos (CDs)**, los cuales deberá entregar:

Un CD: Dirección de Desarrollo Bibliotecario de la Universidad Autónoma de Chiapas.
Un CD: Biblioteca de la Facultad de Humanidades C-VI.
Seis tesis y dos CD: Área de Titulación de la Coordinación de Investigación y Posgrado de la Facultad de Humanidades C-VI, para ser entregados a los Sinodales y a la Coordinación del Doctorado en Estudios Regionales.

Sin otro particular, reciba un cordial saludo.

Atentamente

"Por la Conciencia de la Necesidad de Servir"


Mtro. Fredy Vázquez Pérez

Director de la Facultad de Humanidades
Campus VI

Vo. Bo.


Dra. Luisa Aurora Hernández Jiménez

Coordinadora del Doctorado en
Estudios Regionales

Índice

Introducción	6
Primera parte. Hacia una propuesta teórico-metodológica para el abordaje de la región	
Capítulo I. De la región a la regionalización discursiva	15
Introducción	15
1.1. Nociones generales sobre <i>región</i>	16
1.2. La <i>región</i> : de la geografía regional a los estudios regionales.....	25
1.3. La idea de región desde la geografía humanista	30
Capítulo II. La región discursiva como propuesta teórica	38
Introducción	38
2.1. Construccionismo social como marco epistemológico	39
2.2. Discurso y formaciones discursivas.....	45
2.3. Juventudes, identidad y posicionamiento	48
2.4. <i>Región discursiva</i> como propuesta teórica.....	57
Capítulo III. La regionalización discursiva como propuesta metodológica	62
Introducción	62
3.1. Sobre la tradición interpretativa.....	64
3.2. Marco epistemológico	65
3.3. Análisis crítico del discurso como perspectiva teórico-metodológica.....	68
3.4. Estrategia metodológica	68
3.5. Categorías para el cribaje de los discursos.....	76
3.6. Categorías para el análisis del discurso institucional.....	78
3.7. Categorías para el análisis del discurso juvenil	80
Segunda parte. Producción sociodiscursiva y construcción identitaria de las juventudes rurales	
Capítulo IV. Antecedentes de la investigación sobre juventudes rurales.....	83
Introducción	83
4.1. La investigación sobre juventud en América Latina	84
4.2. La investigación sobre juventud en México	92

4.3. La investigación sobre juventud en el sur-sureste de México	102
4.4. La construcción de la juventud desde la academia	109
4.5. Los jóvenes rurales en la investigación sobre juventudes	122
Capítulo V. Producción sociodiscursiva de las juventudes rurales	129
Introducción	129
5.1. Las juventudes en el discurso de las instituciones comunitarias	130
5.1.1. La producción de las juventudes desde la familia	132
5.1.2. La producción de las juventudes desde la escuela	140
5.1.3. La producción de las juventudes desde la iglesia	148
5.1.4. La producción de las juventudes desde el gobierno	156
5.2. Formaciones discursivas sobre las juventudes rurales configuradas en los campos institucionales	164
5.2.1. Sociopatologismo	165
5.2.2. Psicologismo	167
5.2.3. Culturalismo	168
5.2.4. Naturalismo	170
5.2.5. Sociologismo	171
Capítulo VI. Construcción identitaria de las juventudes rurales	174
Introducción	174
6.1. La juventud en el discurso de los jóvenes rurales	175
6.1.1. Segmentariedad lineal	177
6.1.2. Segmentariedad circular	179
6.1.3. Segmentariedad binaria	180
6.2. Posicionamientos discursivos de las juventudes rurales	181
6.2.1. Posiciones impuestas/asumidas	183
6.2.2. Posiciones promovidas	187
6.3. Implicaciones del discurso social en la construcción identitaria	190
6.3.1. El adultocentrismo como eje en la dinámica de producción sociodiscursiva de las juventudes rurales	193
6.3.2. El adultocentrismo en las instituciones sociales comunitarias	199
Conclusiones	207
Referencias	213

Introducción

En los últimos años, las sociedades han experimentado diversas transformaciones políticas, económicas y culturales que han afectado los itinerarios de las juventudes, generando emergencias juveniles que se manifiestan en distintos discursos, prácticas y espacios. Las diferentes formas que adquieren los mundos de vida juveniles se multiplican y constituyen marcas generacionales que se entrelazan con las exclusiones, estigmas, desigualdades y precarizaciones a las que están expuestas las juventudes de hoy. En este contexto social, las investigaciones sobre la cuestión juvenil continúan proliferando con énfasis en diferentes aspectos: estilos de vida, políticas públicas, militancia política, activismo, precariedad laboral, uso de nuevas tecnologías, entre otros.

Aunque hoy puede observarse una amplia cantidad de estudios sobre las juventudes en distintos ámbitos institucionales y campos disciplinares, resultan menos abundantes aquellos trabajos que reconocen las producciones juveniles rurales y colocan a los jóvenes en el centro del debate como agentes de dinámicas sociales más amplias; o aquellos que promueven un enfoque crítico que supere la mirada de la condición juvenil como simple etapa transicional y urbanocéntrica y visibiliza las diferentes posiciones sociales, de género, educativas, culturales y territoriales y su construcción social en espacios tensados por la dinámica local-global. Esta situación ofrece la potencialidad de extender el prisma y considerar las diferentes expresiones espacio-temporales de las experiencias juveniles en sus múltiples contextos.

En México, las juventudes han adquirido cierta relevancia como objeto de estudio en las ciencias sociales desde el último cuarto del siglo pasado. El interés creciente por los jóvenes ha conformado una amplia bibliografía y a partir de esta pueden identificarse determinadas líneas de investigación y perspectivas de análisis. Los estudios sobre lo juvenil han permitido también que los jóvenes tengan un lugar en los discursos de los gobiernos y que actualmente puedan encontrarse algunas políticas orientadas a ese grupo social.

En la investigación sobre lo juvenil en nuestro país destacan aquellos estudios relacionados con las organizaciones, las culturas juveniles, la inserción laboral, la pertinencia de contenidos educativos, los consumos culturales, las identidades étnicas y la discriminación. Aunque los trabajos realizados han permitido cierto grado de visibilización de las juventudes, lo cierto es que la mayor parte se ha enfocado en los jóvenes que habitan en zonas urbanas o que pertenecen a alguna de las etnias del país. Esta situación ha generado, preponderantemente, un abordaje de las juventudes como entidad homogénea que no da a conocer la diversidad de formas de vivir lo juvenil, ya que los jóvenes de espacios no urbanos o sin adscripción étnica se ven subsumidos en una categoría de análisis generalizante que no atiende las características sociales, económicas, políticas y culturales de sus contextos y sus potencialidades de acción social.

En la región sureste de México la investigación sobre las juventudes se caracteriza por la predominancia de estudios sobre la sexualidad, categoría que engloba temas como embarazo adolescente, iniciación sexual y vulnerabilidades. En el estado de Chiapas los estudios sobre las juventudes son aún escasos, por lo que es difícil establecer con claridad las líneas generales de investigación. Sin embargo, puede notarse la misma tendencia que a nivel nacional, es decir, que se orientan a jóvenes urbanos o a los que pertenecen a un grupo étnico. Esta tendencia parece negar la existencia de los jóvenes de otros entornos, quienes no se reconocen en los

discursos que los nombran. Los jóvenes que habitan en comunidades rurales son precisamente esos *otros jóvenes*, sujetos invisibilizados tanto por las políticas gubernamentales como por la falta de investigación académica.

Las juventudes rurales experimentan de manera más acentuada la marginación, las desigualdades y las distintas formas de exclusión e invisibilización, al encontrarse en una doble situación de desventaja: por pertenecer a una clasificación etaria producida por la política adultocéntrica y por vivir en comunidades con alto grado de marginación y pobreza. Por otra parte, puede reconocerse que los jóvenes rurales presentan características socioculturales que los distinguen de la generación anterior; por ejemplo, tienen un mayor grado de escolaridad y de contacto con medios masivos de comunicación y otras culturas, a través de la migración, por lo que pueden reconocerse como miembros de una comunidad que trasciende, cada vez más, el ámbito local, lo que les plantea distintos retos y desafíos tanto en la construcción de sus identidades como en la forma de vivir su condición de jóvenes rurales.

Con la introducción de medios de comunicación en las comunidades rurales, la intensificación de la migración y la mayor escolaridad de los jóvenes, existe una mayor posibilidad de que estos enfrenten un nuevo discurso social sobre temas relevantes: los derechos humanos, las relaciones sociales, la vivencia de la sexualidad, la religión y su identidad misma en tanto que jóvenes rurales. Estas nuevas condiciones propician que los jóvenes tengan mayores posibilidades de cuestionar el discurso social sobre la juventud que es producido en las instituciones (familia, escuela, iglesia, gobierno) y enfrenten nuevos retos para la construcción de sus identidades; constituyen, también, un escenario propicio para que los jóvenes generen nuevas actitudes, nuevos discursos y nuevas formas de acción social.

Según lo anterior, consideramos pertinente investigar cuál es el discurso social sobre la juventud que se produce en las instituciones sociales y cuáles son sus

implicaciones en la construcción identitaria de los jóvenes rurales y en su acción social. Con los resultados contribuimos, por un lado, a ampliar el campo de investigación sobre las juventudes rurales en el estado y, por otro, a propiciar un espacio de reflexión para que los jóvenes rurales reconozcan sus posicionamientos en los discursos circulantes y sus posibilidades de transformación en tanto que actores sociales.

En función de lo anotado, se formularon las siguientes preguntas que orientaron la investigación: ¿cómo son las dinámicas de producción sociodiscursiva de juventudes en contextos rurales de Chiapas y cuáles son sus implicaciones en la construcción de las identidades y la acción social?; ¿qué formaciones discursivas sobre la juventud se configuran desde las instituciones sociales?; ¿cuáles son los posicionamientos de los jóvenes rurales en la construcción discursiva de sus identidades? A partir de estos cuestionamientos se formuló el siguiente propósito general: analizar las dinámicas de producción sociodiscursiva de juventudes en una región rural de Chiapas y sus implicaciones en las identidades, a través del análisis del discurso social, para propiciar el reconocimiento de los jóvenes rurales en tanto que actores sociales. Y como propósitos específicos: a) reconocer las formaciones discursivas sobre la juventud que se configuran en los campos institucionales; y b) identificar los posicionamientos de los jóvenes rurales en la construcción discursiva de su identidad.

La invisibilización designa un conjunto de mecanismos culturales que llevan a omitir la presencia de grupos de población sometidos a relaciones de dominación. Entre esos mecanismos se encuentra, por ejemplo, la nominación y la referencia, es decir, la producción discursiva. Consideramos que la invisibilización de las juventudes rurales, lo cual pasa por la producción socioinstitucional y la construcción identitaria, tiene una dimensión discursiva; en tal sentido, resultó necesario realizar el abordaje desde un enfoque sociodiscursivo que partió de la

recuperación de los discursos y articuló, en su análisis, las prácticas sociales que, en una definición amplia del discurso, constituyen también prácticas significativas.

El interés por los discursos está determinado por la noción de que el discurso es una forma de práctica social y que hay una relación dialéctica entre las prácticas discursivas y los ámbitos de acción específicos. En otras palabras, los discursos son configurados por las determinaciones situacionales, institucionales y sociales; al mismo tiempo, los discursos construyen identidades, propician relaciones sociales e influyen en las acciones y los procesos sociales y políticos tanto de carácter discursivo como no discursivo.

Al tener como objeto de estudio las dinámicas de producción sociodiscursiva de las juventudes rurales, consideramos necesario partir desde las bases epistemológicas que proporciona el construccionismo social. La pertinencia de este enfoque radica en su conceptualización de la realidad social, entendida como construcción fuertemente influida por las instituciones sociales, y el papel que asigna a los usos del lenguaje, es decir, al discurso, tanto para la construcción de la realidad social como para la producción/reproducción de la estructura social. La centralidad del concepto de *discurso* en este enfoque obliga a la incorporación de distintas teorías que permitan, por una parte, entender el funcionamiento del discurso en tanto que constituyente de la realidad social y, por otra, el funcionamiento de la sociedad y el posicionamiento de los jóvenes en tanto que actores sociales.

Dado lo anterior, utilizamos como orientación teórico-metodológica el análisis crítico del discurso (ACD), pues este enfoque conjuga una serie de presupuestos teóricos obtenidos de la teoría crítica y de otras de distinto rango, provenientes no sólo de la ciencia del discurso. La conjugación de estos conceptos nos permitió elaborar la propuesta teórica de *región discursiva*, que es definida como un sistema de relaciones entre las formaciones discursivas que los campos producen, los

posicionamientos de los sujetos, las identidades constituidas y los significados atribuidos a la acción social de los actores. En su aspecto metodológico, el ACD sustentó el análisis lingüísticamente orientado para, finalmente, conformar la regionalización discursiva como herramienta metodológica para entender el funcionamiento de las dinámicas de producción sociodiscursiva y la construcción identitaria de las juventudes rurales.

Para exponer los resultados obtenidos en la investigación este documento se organiza en seis capítulos. En el primero se conjunta una serie de elementos lógicos, epistemológicos y empíricos que contribuyen, primero, a orientar la búsqueda de los supuestos teóricos para formular una noción de *región* que resulte válida y pertinente en función de los propósitos de la investigación; segundo, a partir de la noción formulada, se orienta el diseño de una metodología capaz de dar cuenta de la realidad social objeto de análisis. Para lo primero se realiza una síntesis de las nociones generales sobre el concepto de región y un recorrido por la evolución de sus significados; esto permite arribar a la idea de *región discursiva* como propuesta teórica para orientar la comprensión de nuestro objeto de estudio. Lo segundo se deriva de las articulaciones teóricas que se realizan a partir de la propuesta de la noción de región y de la revisión del legado de la investigación cualitativa en las ciencias sociales.

En el segundo capítulo se expone la región discursiva como propuesta teórica. La concreción de esta propuesta exige el planteamiento de una base epistemológica que oriente el análisis de la realidad social en su dimensión discursiva y permita comprender el funcionamiento del lenguaje y el conocimiento en tanto que entidades dinámicas, en constante construcción y reinterpretación. En este sentido, en primer lugar, se contextualiza el paradigma denominado *construccionismo social*; en segundo lugar, se exponen los presupuestos teóricos sobre las nociones de *discurso, formaciones discursivas, juventudes, identidad y posicionamiento*, que permiten

arribar a la construcción de una propuesta de la idea de región para analizar las dinámicas de producción sociodiscursiva y la construcción de las identidades de las juventudes rurales.

El tercer capítulo contiene la exposición de la estrategia metodológica que se siguió para alcanzar los propósitos establecidos. Inicia con la caracterización de la tradición interpretativa en las ciencias sociales y humanas; continúa con la descripción del construccionismo social como marco epistemológico; luego, con la descripción del análisis crítico del discurso como perspectiva teórico-metodológica. En una segunda parte de este capítulo se describe el proceso de trabajo de campo; la sistematización de los discursos obtenidos y la categorización. Por último, este capítulo ilustra la aplicación de la regionalización discursiva, la cual se realizó a través de acciones específicas: clasificación de los discursos según el marco institucional; caracterización de los campos discursivos; análisis del corpus para identificar las estrategias discursivas; reconocimiento de las formaciones discursivas; identificación de los posicionamientos discursivos de los participantes jóvenes en relación con los discursos institucionales; representación gráfica del funcionamiento de una región discursiva constituida a partir de las nociones de campo discursivo, posicionamiento y posiciones de sujeto; y, finalmente, enunciación de las dinámicas de producción sociodiscursiva de las juventudes y de sus implicaciones en la construcción identitaria de los jóvenes rurales.

En el cuarto capítulo se realiza un recorrido tanto histórico como temático de la investigación sobre juventud. La revisión de la producción en este campo de estudio no es exhaustiva: pretende, únicamente, delinear los periodos históricos y esbozar las líneas generales que los trabajos de investigación han seguido. En primer lugar, se expone la información recuperada de la revisión bibliográfica sobre la investigación en América Latina. Después, algunos datos relevantes sobre la investigación en México y, posteriormente, sobre la región sureste. Al final, se

expone la información sobre la inclusión de la juventud rural como objeto de estudio en el más extenso campo de la sociología de la juventud.

En el capítulo V se presenta el análisis de la producción sociodiscursiva de las juventudes rurales a partir de la identificación de las estrategias presentes en el discurso de los actores institucionales y de la formulación de las formaciones discursivas. En este capítulo se ilustra cómo se aplica el enfoque sociodiscursivo y cómo la noción de *producción sociodiscursiva* da cuenta del hecho de que el plano social y el plano discursivo no están aislados, sino que se conjugan en una sola categoría. Además, se da cuenta de cómo la producción sociodiscursiva, definida como un constructo teórico de naturaleza inherentemente social, cuya materialidad es predominantemente lingüística, surge de la correlación entre categorías discursivas (gramaticalizadas y semántico-discursivas) y las prácticas sociales asociadas con la vivencia de lo juvenil en comunidades rurales.

En el último capítulo se expone el análisis de la producción discursiva de los jóvenes participantes en la investigación. Se utiliza como base la noción de *posicionamiento* y a partir de esta el enfoque se dirige a la manera en que las prácticas discursivas constituyen a los hablantes; al mismo tiempo, el posicionamiento es entendido como un recurso a través del cual las personas pueden negociar nuevas posiciones. Se define una posición de sujeto como una posibilidad entre las formas de categorización social conocidas; la posición es creada y, a través del habla, las personas se consideran a sí mismas como sujetos con una identidad determinada. La aplicación de este concepto explica las discontinuidades en la producción de la identidad con referencia a las prácticas discursivas múltiples y contradictorias; explica también las interpretaciones que estas prácticas pueden hacer surgir cuando los participantes se involucran en los discursos.

PRIMERA PARTE

HACIA UNA PROPUESTA TEÓRICO-METODOLÓGICA PARA EL ABORDAJE DE LA REGIÓN

Capítulo I. De la región a la regionalización discursiva

Introducción

En el campo de los estudios regionales es común establecer modelos tipológicos, de acuerdo con una utilidad analítica específica, para poder realizar el abordaje de los distintos objetos de estudio. En este sentido, es también común que una caracterización primera se base en la distinción entre la región como una construcción intelectual, la *inventada* con un fin concreto, y la región como ente real, objetivo, con vida propia, que existe en el espacio y se distingue por particularidades que el investigador debe descubrir.

El abordaje de la noción de *región* lleva consigo una serie de problemas epistemológicos, teóricos y metodológicos, pues es una idea que se ha nutrido de múltiples aproximaciones y esto ha obstaculizado el acuerdo en cuanto a su definición y operacionalización. La diversidad de acepciones y aproximaciones se relaciona con el hecho de que las reflexiones y conceptos son elaborados desde múltiples disciplinas y es difícil establecer la preeminencia de alguna. En tal contexto, puede observarse que el término *región* tiene tres características básicas: polisemia, polivalencia y multiescalaridad, por lo que resulta una de las palabras más comunes pero también más imprecisas en este campo de estudios.

La polisemia del término *región* se deriva de la diversidad de significados que se le asignen, según la disciplina o las disciplinas en las cuales se enmarcan las investigaciones; la polivalencia, de acuerdo con Brunet, Ferras y Théry (1992), está determinada por la multiplicidad de valores, tanto éticos como políticos, que se

ponen en juego en cualquier abordaje analítico; por su parte, la multiescalaridad proviene de las diferentes delimitaciones espaciales que se asignan a la región como resultado, primero, de sus acepciones y, después, de las valoraciones implicadas. Estas características suponen problemas serios para el desarrollo de la investigación sobre lo regional, pues la elección de una u otra definición y de un enfoque particular implica decisiones metodológicas complejas. Por otra parte, de acuerdo con Cuervo (2003), en términos de acción política, institucional y social, resulta igualmente complicado seleccionar la mejor aproximación o definición.

Por lo anterior, el propósito de este capítulo es conjuntar una serie de elementos lógicos, epistemológicos y empíricos que contribuyan, primero, a orientar la búsqueda de los supuestos teóricos para formular una noción de región que resulte válida y pertinente en función de los propósitos de la investigación; segundo, que la noción de región que se formule oriente el diseño de una metodología capaz de dar cuenta de la realidad social objeto de análisis. Para lo primero resulta necesario realizar una síntesis de las nociones generales sobre el concepto y un recorrido por la evolución de sus significados; esto permitirá arribar a la idea de *región discursiva* como propuesta teórica para orientar la comprensión de nuestro objeto de estudio. Lo segundo se derivará de las articulaciones teóricas que se realicen a partir de la propuesta de la noción de región y de la revisión del legado de la investigación cualitativa en las ciencias sociales.

1.1. Nociones generales sobre *región*

El concepto *región* surge en el campo de la geografía y con el paso del tiempo se ha ido perfilando como el centro de interés de una multiplicidad de paradigmas y perspectivas de diversa naturaleza: desde la economía hasta el urbanismo, pasando por la política y la cultura. De acuerdo con Taracena (2008), el vocablo *región* tiene

su origen en la tradición romana de la *regio*, que proviene de *régere*, que significa gobernar, dominar o regir. García (2006), por su parte, señala que el significado del vocablo *regio* se asociaba con *dirección* y *línea límite*, pero en un sentido más amplio pudo haber significado también *área*, *zona* o *división espacial*. Cuando la idea de región se asocia con el verbo *regere* adquiere un sentido político o administrativo, que fue el que utilizó el poder romano para organizar la provincia de Italia para efectos fiscales y censales (García, 2006). Este mismo sentido puede encontrarse cuando la idea de región se adscribe a la raíz latina *regius* (de *rex*, *regis*: *el rey*), cuyos derivativos más cercanos son *regio*, *regir*, *reino* o *real* (Mateos, 2003); con estos derivativos va implícita la idea de un territorio propio de la realeza, un territorio asociado con un poder político.

Estas nociones de región están más relacionadas con la idea de un territorio administrativo y no constituyen la referencia descriptiva de un medio físico-geográfico. Tal como sostiene Taracena (2008), el sentido territorial de la región, asociado con imaginarios y expresiones espaciales, se consolidaría siglos después. Algunos autores señalan que las primeras prácticas de delimitación del espacio pueden rastrearse hasta principios del siglo XVIII, pero el debate ontológico no empezó sino hasta la era moderna, cuando se produjeron discusiones acerca del territorio a partir de distintas perspectivas de pensamiento (Poche, 1985; Taracena, 2008).

De acuerdo con Fernández (1988), el punto más intenso de los debates sobre la región se dio durante el siglo XIX; fue en ese periodo cuando se dieron a conocer conceptos como *regional*, *regionalismo* y *geografía regional*. El siglo XX estuvo marcado también por el interés sobre la cuestión de la región y fue entonces cuando surgieron otros términos, como el de *regionalista*, en sentido calificativo, y algunas concepciones relacionadas con el ordenamiento, como *regionalizar* y *regionalización*. El interés por la noción de región generó amplios debates en Francia, Reino Unido y

Alemania; también hubo aportes en América, principalmente en Estados Unidos. Este conjunto de debates constituyó una tradición histórica en la descripción y para seccionar el mundo en regiones, con lo cual se institucionalizaron disciplinas tales como la corografía, la cartografía y la geografía.

La palabra *región* es un término polisémico con una larga historia, principalmente en el campo de la ciencia geográfica, pero que se ha enriquecido, y complejizado, con las aportaciones de otras ciencias que han observado los condicionamientos del espacio sobre sus objetos de estudio. Para definir lo que es *región* se han utilizado criterios geográficos, económicos, administrativos, políticos, históricos, funcionales o sistémicos y culturales; de acuerdo con Molina (1986, citado en Espejo, 2003), según los criterios que se apliquen, una región puede constituir tanto un espacio homogéneo, conformado por realidades afines, como uno heterogéneo, que si bien presenta diferencias cuenta con una cierta unidad.

Los diferentes criterios que se utilizan para definir el concepto de región ocasionan la ambigüedad del término; resulta, así, un concepto equívoco que no puede hacer referencia a un tipo ideal o a una “teoría general de la región”. En este mismo sentido, *región* remite a múltiples esferas de la realidad, que pueden ser físicas, del conocimiento o de la praxis humana; por lo tanto, no hay uniformidad metodológica de análisis y las orientaciones teóricas obedecen al campo de cada especialista.

A pesar de su imprecisión, el término *región* se ha perfilado como modelo de análisis y de actuación en distintos paradigmas. De manera sintética, y de acuerdo con Espejo Marín (2003), puede enunciarse que el positivismo decimonónico se basó en una idea esencialmente fisiográfica e identificaba la individualidad del espacio con las cuencas hidrográficas a través de las cuales estudiaba los distintos modos de vida. El historicismo, por su parte, se basó en la idea de regiones naturales sobre las cuales analizaba las acciones humanas, atendiendo a la mayor o menor

transformación del medio natural. En cuanto al neopositivismo, se basó en la noción de región definida por criterios funcionales, con lo cual desembocaba en la concepción regional basada en la teoría general de sistemas. Los humanistas, en cambio, hablan del espacio vivido por el hombre y de una mejor individualización del territorio a través del análisis de lo subjetivo.

En las diferentes perspectivas, la región es asociada con una parte de un área mayor, con un territorio. Esta asociación implica la idea de diferenciación, de homogeneidad y uniformidad espacial; así mismo, esa diferenciación conlleva relaciones de semejanza hacia el interior y de diferencia hacia el exterior y el análisis de varios pares dicotómicos, tales como inclusión/exclusión o identidad/alteridad (Espejo Marín, 2003). La idea de región no puede dissociarse de la noción de *territorio*; incluso en algunos enfoques este último término se constituye como una mejor categoría analítica, pues resulta más aglutinadora y de mayor interés. Algunos autores, como Haesbaert (2004), por ejemplo, han señalado que *territorio* en la geografía contemporánea parece desplazar el lugar que *región* tuvo en la geografía clásica.

Sea como sea, tanto región como territorio son categorías que implican procesos de identificación, delimitación y singularización de ámbitos geográficos. La distinción operativa entre ambas nociones sería, de acuerdo con Benedetti (2009), la siguiente: mientras en la regionalización el interés se centra en la diferenciación geográfica, en la territorialización el foco de interés es el control del espacio. En este sentido, y de manera más amplia, puede afirmarse que un territorio se construye mediante una determinada relación social como estrategia para controlar recursos y personas en un área identificada, delimitada y apropiada; es decir, el territorio es un ámbito geográfico definido a partir de relaciones de poder que presuponen la existencia de un agente social activo que controla un área.

Durante el siglo XX la noción de región fue profusamente utilizada, observándose dos usos básicos: uno descriptivo y otro analítico. El uso descriptivo de región supone el reconocimiento de una o más partes dentro de un todo, a partir de la utilización de un criterio específico que dé cuenta de una determinada organización geográfica y permita establecer alguna clase de diferenciación espacial (Benedetti, 2009). Este es el sentido más genérico de región y se aplica cuando se identifica, delimita y describe un espacio, incluso en forma imprecisa. En este caso, la delimitación no supone siempre el trazado de una línea separando dos realidades contrapuestas, ya que muchas veces no se puede reconocer otra cosa que una zona de transición donde los matices de un espacio y el otro se superponen y se hacen difíciles de reconocer. De acuerdo con estas ideas, las nociones de región urbana, región montañosa, región agrícola, entre otras, responden a esta acepción descriptiva.

En su utilización con fines analíticos, Benedetti (2009) señala que región, en los diferentes discursos geográficos, resulta una reflexión o práctica orientada a reconocer/intervenir en el espacio. En este contexto el concepto de región adquiere, al menos, tres sentidos, los cuales remiten a tres prácticas interrelacionadas entre sí: región como división territorial e instrumento de gestión, región como construcción política e identitaria y región como instrumento conceptual. En todos estos casos el ejercicio de la delimitación, de una u otra manera, siempre está presente en las regionalizaciones. De acuerdo con Renard (2002), el límite geográfico define la periferia de un conjunto espacial coherente, construido a partir de un centro o de un poder, o de la apropiación identitaria de ese espacio, o por una finalidad epistemológica tendiente a recortar espacios a estudiar.

En la práctica del estudio regional que entiende la región como división territorial e instrumento de gestión, las regiones se derivan de un ejercicio de ordenamiento territorial y diferenciación por áreas dentro de un territorio

determinado por parte de un agente social. Según el agente y sus propósitos, así como las relaciones de poder que se establezcan, pueden resultar distintos tipos de región: regiones autónomas, regiones-plan para inversiones, zonificaciones para la mejor distribución de recursos, la identificación de lugares centrales para propagar una acción territorial, entre otros. De acuerdo con Benedetti (2009), en esta práctica las regiones son partes de un todo y tienen una función territorial, de ejercicio del poder —sea este económico, simbólico o institucional—; constituyen áreas menores, delimitadas, subordinadas a un centro de comando. Esta forma de regionalización, que se aplica principalmente en el sistema de Estados nacionales, es un procedimiento de formación “desde arriba”, incluso cuando su consecución presuponga procesos de negociación con las identidades locales.

La regionalización que resulta de esta práctica puede ser continua o discontinua (Benedetti, 2009). Es continua cuando se trata de una partición del territorio donde el conjunto de las partes lo cubren en su totalidad y están yuxtapuestas. Es discontinua cuando se identifican y delimitan espacios que cubren el territorio en forma dispersa, como un archipiélago; o, puede llevar al reconocimiento de sólo un lugar (como una isla) en el caso que se recorte únicamente una región dentro del territorio, por ser de un área que requiere de un tratamiento diferencial dada su singularidad.

En cuanto a la práctica del estudio regional en la que se entiende la región como construcción política e identitaria, la idea de región se asocia con los regionalismos, localismos y nacionalismos. Según Benedetti (2009), se trata de movimientos de base territorial, de ideologías territoriales, que se definen por argumentos geográficos que perfilan una determinada identidad y que construyen o reconstruyen la otredad. La idea de región en esta práctica se deriva de los sentimientos de pertenencia de un grupo a un determinado ámbito sub o trasnacional y de las acciones que ese colectivo efectuará tendientes a ejercer relaciones de territorialidad, sea con otros

grupos regionalizados o con la sociedad en su totalidad (Benedetti, 2009). Las regiones eventualmente cobran autonomía y, en situaciones extremas, se separan. En esta forma de regionalización, al contrario de la expuesta arriba, se trata de una acción “desde abajo”, de confrontación de un poder subordinado a otro hegemónico.

La región, en esta práctica de estudio, se transforma en lo que Anderson (1991) denomina *comunidad imaginada*, es decir, una comunidad políticamente movilizada, limitada geográficamente, donde se define un nosotros regional. En esta forma de regionalización la reivindicación de la identidad singular tiene diversos orígenes: el reconocimiento étnico y la legalización de la tenencia de la tierra, la autonomía económica o la protección del patrimonio natural. Por otra parte, en esta regionalización entran en juego diferentes criterios que suponen un principio de defensa del interés comunitario: culturales, religiosos, lingüísticos, económicos, etcétera. Sobre esta forma de regionalizar, Benedetti (2009) señala que, a pesar de la aparente homogeneidad regional determinada por una etnia, una lengua o una religión, las comunidades regionales suelen ser internamente fragmentadas y diferenciadas, y muchas veces el interés regional responde más claramente a los de un determinado grupo social.

La tercera práctica del estudio regional se basa en la idea de región como instrumento conceptual. Esta concepción metodológica de la región es necesaria para describir y analizar la realidad y responde al interés por *liberar* a la disciplina geográfica del problema ontológico de la región y de sus límites, así como de extender el abanico de temas y ámbitos de estudios, según los problemas relevantes actuales (García, 2006). Las elaboraciones conceptuales que se han inscrito en esta práctica de estudio han permitido imaginar nuevos modelos de escritura regional y entender la geografía regional como un método, una perspectiva específica, válida por encima de la obsolescencia del concepto clásico de región. Según los presupuestos teóricos de esta regionalización, el analista no necesita estudiar

regiones predeterminadas o delimitadas claramente, sino problemas significativos social y territorialmente en espacios concretos. Esos problemas regionales pueden estudiarse según el método de la geografía regional pero implicando una mirada comparativa, dialéctica e integradora.

Como puede observarse, *región* es uno de los conceptos clave de la tradición geográfica. La región ha sido objeto de estudio, instrumento metodológico y categoría empleada para reconocer tanto diferencias existentes en la superficie terrestre como las ideas formadas socialmente sobre esas diferencias (García, 2006). De manera general, son dos posturas las que predominan: la primera se relaciona con la idea de que la región es un espacio con propiedades específicas; la segunda considera que la región es una forma de individualizar el espacio. En otras palabras, mientras por un lado se admite la existencia de la región como ente real, por el otro se argumenta que se trata de una construcción mental, intelectual.

En su análisis del largo proceso de formación del campo disciplinar de la geografía, Benedetti (2009) reconoce seis perspectivas regionales, las cuales implican la elaboración de herramientas heurísticas destinadas a identificar, delimitar y describir ámbitos geográficos discretos, que no necesariamente reciben la denominación de región. Cada una de las perspectivas reseñadas por Benedetti (2009) responde a un momento epistemológico diferente de la disciplina y a un diálogo e interacción singular con otros campos disciplinares. En la tabla 1 puede observarse una síntesis del trabajo de este autor.

Tabla 1. Perspectivas sobre la región

Perspectiva	Conceptualización de la región	Contexto	Centro de interés
Fisiográfica	Región natural Área donde el conjunto de los elementos del medio físico alcanza cierto equilibrio.	Formación del campo de la geología, mediados del siglo XIX.	Medio natural
Humana	Región geográfica De la relación hombre-naturaleza surge un paisaje y modo de vida, singular y delimitado. Se presta atención a la homogeneidad y uniformidad humana.	Formación del campo de la geografía, geografía regional francesa, principios del siglo XX.	Relación hombre-naturaleza, paisaje
Funcionalista	Región polarizada, lugar central, <i>hinterland</i> Ciertas localizaciones ejercen influencia en su entorno. Se enfatiza en la dinámica funcional del espacio.	Revolución cuantitativa, geografía analítica, mediados del siglo XX.	Localizaciones y relaciones espaciales
Fenomenológica	Espacio de vida, territorialidad La región se define a partir de la percepción subjetiva del individuo, por lo que se constituye como ámbito de identificación y refugio del individuo.	Geografía humanista, vinculación entre geografía y psicología, desde la década de 1960.	Subjetividad
Económico-política	Región económico-política, región-lugar, espacios emergentes, medio de innovación, región-red, entre otras Proceso de diferenciación espacial por la división del trabajo. Se atienden las diferencias espaciales propias del modo de producción capitalista.	Geografías radicales y marxistas, desde la década de 1970.	Relaciones sociales de producción
Político-cultural	Región, entidad geohistórica, territorio Las regiones son un proceso histórico, abierto, en permanente transformación por las prácticas materiales y culturales de la sociedad. Se habla de entidades contingentes, imaginadas.	Revitalización de las geografías: política, histórica y regional, giro cultural en geografía, desde mediados de 1980.	Dimensiones política y cultural

Sean unos u otros criterios los que se utilicen como base, la región ha sido definida de diversas maneras. Maurel (1982, p. 66), por ejemplo, la define como un “sistema en el que la combinación de los diferentes elementos que lo componen puede partir de unas pautas similares, de unos principios comunes y generales que permitan una explicación válida para cada región”. Para Claval (1993, p. 67) una región es “la expresión en el espacio de las relaciones que los hombres establecen, de los grupos a los que éstas dan lugar y de las solidaridades que resultan de ellas, y de las que los protagonistas tienen una conciencia más o menos clara”.

Otros autores, como Richardson (1977), opinan que la única afirmación válida es que no existe una definición única de región y que podemos definirla de diferentes maneras, según los objetivos que nos propongamos realizar. Perpiñá (1971), por su parte, opina que no existe un concepto ubicuo de región, dada su contingencia. Trias Fargas (1960), finalmente, señala que la definición de región depende en cada caso de la hipótesis teórica que se ha de sustentar empíricamente y el criterio teórico dependerá del propósito especial que tengamos en mente al delimitar una región.

1.2. La *región*: de la geografía regional a los estudios regionales

La región ha sido una de las categorías fundamentales en las ciencias geográficas; prácticamente desde la consolidación de la geografía como disciplina científica se le ha considerado tanto objeto de conocimiento como recurso metodológico. Esto se debe a que, como categoría, la región permite dar cuenta de las diferencias espaciales, la particularidad de los lugares y las relaciones recíprocas entre la naturaleza y la sociedad en determinados territorios. Por otra parte, el concepto de región ha sido la base para el establecimiento del método regional como un enfoque en el que la diferenciación de las áreas es considerada como la integración de

fenómenos heterogéneos en una porción dada de la superficie terrestre (Correa, 1986).

De acuerdo con Lopes de Sousa (2013), la categoría de región tiene una función cognitiva, la cual consiste en establecer la singularidad de los individuos en la superficie del globo terráqueo. Según el autor, el valor del conocimiento obtenido sobre las regiones viene dado por varias posibilidades de utilización: a) es útil para la comprensión de los procesos de territorialización y de territorialidad de los seres humanos; b) permite establecer las articulaciones y especificidades socioespaciales y socioambientales; c) se puede aplicar en las cuestiones relacionadas con la identidad, la percepción y la pertenencia simbólica y cultural; d) es útil en el diseño de las escalas de acciones y de intervención de las instituciones; e) puede aplicarse en la puesta en práctica de la organización espacial y de las hegemonías; finalmente, f) puede ayudar en el esclarecimiento de los fenómenos de regionalización de los procesos naturales, sociales y económicos para incidir en el desarrollo social.

El enfoque regional se ha establecido como una de las directrices distintivas de la geografía desde su surgimiento. Sin embargo, en la compleja evolución de esta ciencia se han formado diversas corrientes de pensamiento y las distintas aristas de la utilidad cognitiva y práctica de la idea de región han demandado la atención de diversas áreas de interés; así, se han formado varias trayectorias con énfasis en aspectos diferenciados de la noción de región. Pero independientemente de las concepciones científicas o filosóficas y de las visiones sobre la aplicabilidad de la idea de región, lo que resulta fundamental de este concepto es que permite obtener un tipo particular de conocimiento: el conocimiento regional.

La búsqueda y la construcción del conocimiento regional es, por otra parte, el fundamento de los estudios regionales, los cuales se conciben como un campo inter o transdisciplinar al integrar nociones científicas y concepciones filosóficas, así como metodologías diversas, provenientes de distintas ciencias, con el propósito de

construir un conocimiento integral de los fenómenos que constituyen sus objetos de estudio. Los estudios regionales han sido abordados desde diferentes ámbitos disciplinarios: geografía regional, urbanismo y planificación regional, economía regional, ecología regional, ecología de paisajes, historia, antropología, literatura, estudios culturales, entre otros. Desde cada uno de los campos disciplinares e interdisciplinares se han elaborado aportes teóricos y metodológicos que deben ser considerados para la descripción, comprensión y explicación de los diferentes procesos y fenómenos presentes en una región.

Los estudios regionales, tal como la geografía, han evolucionado y puesto su interés, primero, en las nociones de región natural, región político-administrativa, región funcional, y después en nociones más abiertas y holísticas; han pasado de las regiones *existentes* a las regiones imaginadas, construidas, pensadas, lo que ha implicado prestar atención a los factores culturales. De acuerdo con Rózga-Luter y Hernández-Diego (2010), los estudios regionales contemporáneos muestran que es mucho más fácil explicar las disparidades regionales analizando los factores culturales y no sólo utilizando parámetros cuantitativos o disciplinares puros. En esta concepción de los estudios regionales la cultura, lejos de ser una variable aislada en la transformación de los espacios, se convierte en una constante que atraviesa el espectro de la experiencia social en cualquiera de sus expresiones. Por lo anterior, además de ser históricamente reconocida como una categoría económica y social, ahora la región también se destaca por las cualidades culturales que la definen.

La incorporación de factores culturales implica una nueva condición en los estudios regionales, lo cual invita a redefinir y explorar conceptos, métodos y perspectivas teóricas en torno a la idea de región. Entre los legados de esta idea aparecen de manera recurrente categorías homogeneizantes y totalizadoras. Sin embargo, con el paso del tiempo se han empezado a reconocer los procesos difusos que se dan en el espacio social y, por ende, en los espacios regionalizados. Así, el

debate se ha replegado y expandido en un vaivén de construcciones argumentativas exacerbantes. Los intentos de síntesis se desdibujan ante el entramado conceptual y metodológico que rebasa los estudios territoriales que se han hecho hasta ahora. En este sentido, abundan las percepciones interdisciplinarias que analizan la naturaleza, dimensión y alcance de la región y la forma de aprehenderlas ante la transformación del espacio (Rózga-Luter y Hernández-Diego, 2010).

Los estudios regionales contemporáneos no buscan sólo describir las peculiaridades y distinciones regionales; además, tratan de interpretar las características del ambiente cultural local en relación con los retos que en la actualidad representan los procesos globales. De acuerdo con Rózga-Luter y Hernández-Diego (2010), esta nueva condición de los estudios regionales implica un análisis, desde la filosofía y la ciencia actuales, de las relaciones entre los casos particulares y las leyes universales; conlleva, además, el debate sobre la pertinencia de los métodos cuantitativos y cualitativos que definen la praxis de actores individuales y colectivos en un ámbito regional. Asimismo, la nueva condición de los estudios regionales implica el reconocimiento de la región como un referente que se ha moldeado y enriquecido con los desarrollos, miradas heterogéneas e intereses diversos de actores de diferentes especialidades.

Tal como sostienen Rózga-Luter y Hernández-Diego (2010), la diversidad de intereses que convergen en los estudios regionales ha desbordado las fronteras epistemológicas en las cuales se ha analizado la idea de las escalas, procesos y dinámicas como elementos inherentes a la noción de región. Al no ser entendida como algo estático, la región se desdobra y se abre a transiciones cuantitativas y cualitativas de distinto orden: epistemológico, teórico y metodológico. Hoy, los estudios regionales entienden la región como el ámbito medular de referencia para abordar los cambios suscitados en el territorio y cada vez aumenta el interés por entender los rasgos distintivos internos de aquellos espacios que son

homogeneizados a partir de referentes sociales, administrativos, económicos, geográficos, tecnológicos o culturales.

Es necesario mencionar, también, que en los estudios regionales contemporáneos se puede observar un interés creciente por los tipos de interacciones, configuraciones y vínculos que se establecen a partir de una definición y difuminación permanente de actores, intermediarios y agentes. De este modo, la lectura del espacio ya no sólo se da como un elemento cartesiano subyacente, sino como verdadero constructo y cuerpo de investigación. Por tanto, el análisis de la situación de los procesos, transiciones y configuraciones relacionales aparece como la tríada que introduce los primeros cambios en la apreciación de las transformaciones espaciales. Es entonces cuando el territorio surge como el punto de contacto entre los discursos, percepciones, lenguajes, trayectorias, rutinas, representaciones y las vivencias, acontecimientos o estados relacionales de diferentes entidades que accionan lo social (Rózga-Luter y Hernández-Diego, 2010).

Esta nueva configuración de los estudios regionales está emparentada con las perspectivas humanista y político-cultural de la nueva geografía regional, las cuales han incidido en la faceta narrativa, retórica o discursiva de la región. Ciertamente, como señalan Bhabha (1990), Tuan (1991) y Ortega (2005), las regiones son, en parte, relatos, narraciones, en la medida en que se “cosifican”, se hacen visibles y se comunican a la comunidad a través de determinados discursos. Los enfoques político-culturales y la perspectiva humanista han realizado un importante esfuerzo por clarificar el contenido territorial de algunas de estas reglas o estrategias retóricas: la naturalización, la territorialización, el presentismo, la utilización de referentes de alteridad, etc. Además, han contribuido en el estudio de los discursos de los agentes e instituciones que modelan más poderosamente la conciencia y el imaginario territorial de los ciudadanos (Quintero, 2004). Han desvelado los sesgos culturales, ideológicos y políticos que entrañan determinados esquemas de división regional

ampliamente asumidos desde el pasado, empezando por las contraposiciones entre Norte y Sur, Oriente y Occidente, etcétera. Por último, es destacable también las contribuciones que han hecho para analizar los símbolos territoriales que contribuyen a hacer tangible la identidad nacional y regional: nombres de lugar, paisajes, monumentos, entre otros.

Dada la relevancia y el giro cultural que las perspectivas humanista y político-cultural suponen en la geografía regional, consideramos que sus contribuciones para una nueva ontología de la región y sus presupuestos teórico-metodológicos son pertinentes para entender las concepciones de región que para nuestros objetivos hemos planteado. Por lo anterior, en el siguiente apartado se expone la idea de región en la geografía humanista como preámbulo para comprender la propuesta teórico-metodológica que se expondrá en los últimos apartados.

1.3. La idea de región desde la geografía humanista

Este trabajo ha sido orientado por la pregunta que interroga por las dinámicas de producción sociodiscursiva de juventudes en contextos rurales de Chiapas y sus implicaciones en la construcción de las identidades y la acción social. Este cuestionamiento presupone, por una parte, pensar en los jóvenes que habitan en comunidades rurales como esos *otros jóvenes*, sujetos invisibilizados tanto por las políticas gubernamentales como por la falta de investigación académica; por otra parte, la pregunta de investigación nos obliga a pensar en el territorio, en el contexto rural como una región sociocultural cuyas particularidades permiten comprender la producción y reproducción de los discursos sobre la juventud.

Dada la importancia del territorio como soporte de la acción humana, es indispensable ubicarnos en una porción geográfica específica, que para nuestro caso es la región Sierra Mariscal, en la cual, por características que se enumerarán,

podemos delimitar la región rural compuesta por cuatro municipios: Bella Vista, El Porvenir, La Grandeza y Bejucal de Ocampo. La región rural en la que nos ubicamos consiste en un sistema de relaciones donde predominan los lugares de memoria como geosímbolos no intervenidos por el hombre. Aunque esos lugares constituyen manifestaciones de la naturaleza, a lo largo de los años han ido adquiriendo valor simbólico por su carácter referencial.

Estos últimos rasgos nos obligan a pensar en el territorio como algo más que una porción geográfica y avanzar hacia la concepción de la región rural como *región sociocultural*. En este sentido, de acuerdo con Giménez (2009), la región es entendida como soporte de la memoria colectiva y como espacio de inscripción del pasado de un grupo, espacio geosimbólico cargado de afectividad y de significados. Entender un territorio como región sociocultural implica marcar distancia de las concepciones positivistas de la geografía e incorporar aquellos aportes que nos permitan expresar la concepción de la región como algo más que un instrumento de la planeación económica y desarrollista. Dicho lo anterior, consideramos relevante anotar los fundamentos de la geografía cultural como tendencia reciente en los estudios regionales para recuperar aquellos que nos permitan entender la región como algo más que la porción geográfica.

En sus inicios, la geografía cultural constituyó un intento por abolir la disociación entre la geografía física y la geografía humana. En este contexto, el espacio se ha retomado como objeto de reflexión que reclama una visión integral del mundo, dividida varios siglos atrás por la ciencia positivista. Con este propósito, el espacio se hace patente como fundamento de la acción misma del ser humano y evidencia una necesidad de integración plena. La geografía cultural es una rama de la geografía humana que tiene, entre sus rasgos básicos, los siguientes: a) se enfoca en el estudio del lugar desde los signos, el significado, los valores y los lazos

afectivos; b) presta gran atención al lenguaje y c) considera que el paisaje está lleno de significados.

La geografía cultural fue desarrollada y dominada durante muchos años por la Escuela de Berkeley, especialmente por quien es considerado su máximo exponente, Carl Sauer. Este autor fue también el responsable de introducir el término *geografía cultural* al léxico común de la geografía. La obra de Sauer estuvo influida por los clásicos alemanes (Ritter, Humboldt, Ratzel y Hahn), principalmente en sus ideas sobre la cultura y el paisaje. A pesar de dicha influencia Sauer rechazó el determinismo ambiental y buscó otras explicaciones para entender la influencia del ser humano en el paisaje. Esta nueva búsqueda le permitió acercarse a los románticos alemanes, particularmente a Goethe, a quien admiraba por su rechazo a la especialización creciente de la ciencia moderna.

La Escuela de Berkeley, aunque ha sido muy valorada por sus aportes a las nuevas concepciones de la geografía, también ha sido atacada desde diversos puntos. Por ejemplo, desde el punto de vista teórico, se le crítica su carácter ateorico, que deriva del escepticismo que mostraba Sauer hacia la teoría en las ciencias sociales y naturales. En cuanto a su metodología, por su acercamiento mayor a la geología y a las ciencias de la tierra, el trabajo de campo consistía únicamente en la observación, complementada con investigación documental. Al no realizar entrevistas ni intentar la observación participativa se le considera como alejada de la historia y las humanidades. Desde el punto de vista político, las investigaciones realizadas en esta escuela han sido juzgadas como apolíticas.

Después de la consolidación de la Escuela de Berkeley, y seguramente por las críticas expuestas, se fue conformando otro grupo de geógrafos con intereses diferentes. Este nuevo grupo estaba más interesado en realizar estudios culturales, sin embargo, por la diferencia entre sus métodos y el carácter de sus investigaciones y las de la Escuela de Berkeley no se adscribieron a lo que se denominaba geografía

cultural, sino que fueron clasificados como geógrafos humanistas. Este grupo retomó ideas de la psicología y de la filosofía, específicamente de la fenomenología y del existencialismo. A partir de estos nuevos fundamentos se desarrolló la geografía de la percepción, desde la cual se analizaba el punto de vista y el comportamiento de la población con respecto a temas de índole geográfica, tales como los desastres, el medio ambiente y el espacio cotidiano (López, 2003).

A principios de los años ochenta, algunos autores como Cosgrove, Ley y Jackson, en busca de una nueva manera de hacer geografía cultural, retomaron la tradición humanista por encima del enfoque ambiental que caracterizaba a la obra de Sauer. Del trabajo de estos autores se derivó una nueva geografía cultural, que ha surgido como uno de los principales campos de estudio dentro de la geografía, con nuevas nociones teóricas y aplicaciones metodológicas. De acuerdo con López (2003), el acercamiento a la geografía desde esta perspectiva implica una apertura por parte de la geografía humana al ámbito interdisciplinario de los estudios culturales. Las investigaciones surgidas en estos años se ocuparon de la producción y reproducción de la cultura a través de las prácticas sociales que se llevan a cabo en contextos histórico-geográficos particulares.

Las nuevas nociones y los enfoques metodológicos implicaron una transformación de la disciplina, como resultado del diálogo entre la geografía humana y los estudios culturales. Por tanto, el campo de estudio trascendió los límites de lo histórico, lo rural, lo folclórico, y actualmente se está experimentando con una nueva serie de aproximaciones y enfoques. Autores como Bird, Putnam, Curtis, Robertson y Tickner (Bird, 1993, citado en López, 2003) tratan de acercar la geografía a los estudios culturales a través de la observación del espacio y el lugar en el contexto de un cambio global en ámbitos como el político, económico, social y tecnológico. En palabras de Gottdiener (1995, citado en López, 2003), los geógrafos

culturales se interesan también por procesos culturales como la desaparición de lo real y su sustitución por simulaciones, hiperrealidad y modelos.

Los aportes de la geografía cultural nos permiten comprender la región como algo más que espacio y situarnos en un nuevo campo con respecto al estudio regional. Como señalan Söderbaum y Shaw (2003, citados en Cabezas, 2007):

Los enfoques del nuevo regionalismo se hacen eco de la imposibilidad de aprehender desde una sola teoría la multiplicidad de los regionalismos contemporáneos, y amplían el campo de estudio de los procesos de regionalización y del regionalismo al cuestionar los marcos tradicionales de las disciplinas académicas establecidas y explorar nuevos campos interdisciplinarios (p. 232).

La idea de región sociocultural se inserta precisamente en esos nuevos campos interdisciplinarios, ya que, de acuerdo con Rózga-Luter y Hernández-Diego (2010), se intenta poner de relieve la idea de que la región es una figura que se va moldeando según los cánones del tiempo, la conjugación de acciones individuales y colectivas y las experiencias de significación y apego que se dan en un determinado lugar. En este contexto la región sociocultural “se da por la experiencia del *hacer*, de la *significación* y *afección* con el medio físico y social, más que por la experiencia de un decreto conceptual, ordenador o normativo en cualquiera de sus formas” (Rózga-Luter y Hernández-Diego, 2010, p. 598).

La región rural, entendida como región sociocultural, es ilustrada con la figura 1. En ella podemos observar la existencia de un espacio como emplazamiento físico-territorial (representado con el mapa), que es al mismo tiempo el lugar donde adquieren sentido las relaciones que se establecen entre las instituciones y los diferentes actores. La red compleja de relaciones entre instituciones y sujetos se ilustra con las flechas uni o bidireccionales, significando con ello que lo social,

representado por las instituciones, depende de la acción de los sujetos y, al mismo tiempo, la acción individual o colectiva está influida por las prescripciones, restricciones y posibilidades socioculturales del espacio. Lo que es visible en nuestra región rural es que la vida social se rige por la permanencia de los lugares de memoria, lugares no antropogénicos, como manifestaciones de la naturaleza pero que han sido cargados de un contenido simbólico y que propician la construcción de una identidad regional basada en el patrimonio natural de la región.

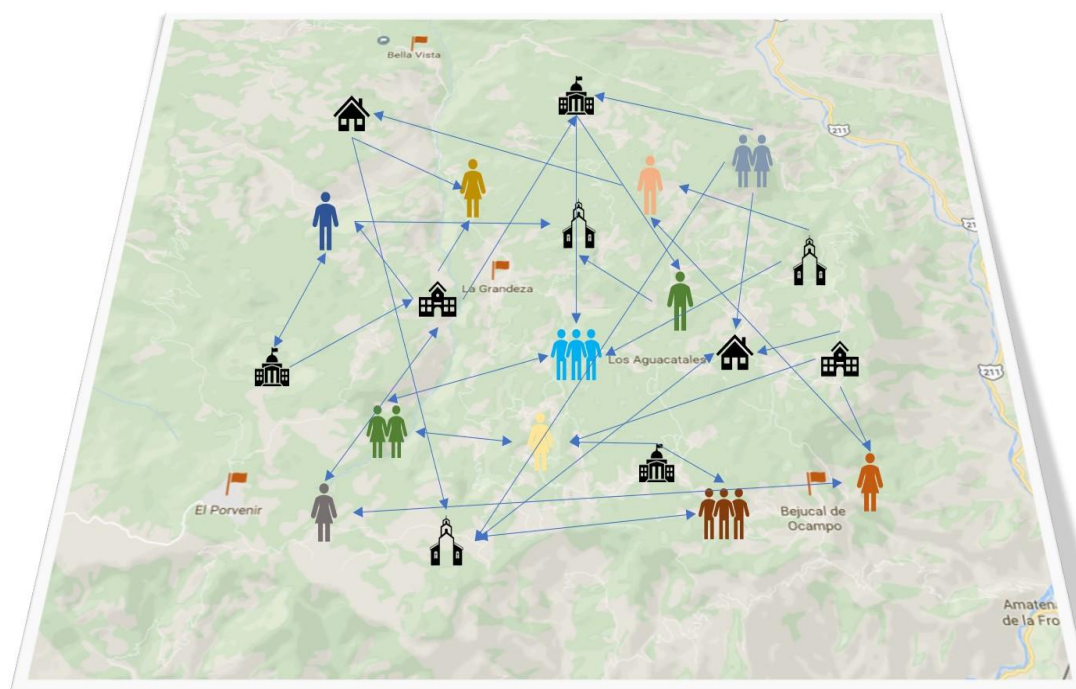


Figura 1. Configuración de la región rural como región sociocultural

Como muchas entidades, el espacio suele definirse por lo que no es. Los lugares de poder se autoconstruyen por su oposición y su superioridad frente a aquello a lo que pretenden sobreponerse. Así, lo rural ha sido considerado como lo opuesto a lo urbano, por lo que su definición, más que constituirse por atributos intrínsecos, se define por lo que es en relación con lo externo: si lo urbano es lo desarrollado, lo rural es lo atrasado; si lo urbano es lo moderno, lo rural es lo tradicional; si lo urbano

es lo racional, lo rural es lo imaginativo. Estas representaciones tienen efectos en las prácticas sociales de los habitantes de la región rural, pues a pesar de la incipiente introducción de las tecnologías de comunicación el imaginario que se reproduce cotidianamente es el de campesinos, pobres, necesitados o atrasados.

De acuerdo con Giménez (2007), los territorios culturales, frecuentemente superpuestos a los geográficos, económicos y geopolíticos, resultan de la apropiación simbólico-expresiva del espacio. La forma en que los sujetos se apropian del espacio rural determina los discursos que pueden producirse ahí, fija los objetos a partir de la sedimentación sociohistórica de las representaciones y está limitada por las relaciones que se establecen entre actores e instituciones. En nuestro caso, la región rural se caracteriza por la predominancia de discursos cerrados, es decir, con referencia a su propia historia y características. Este tipo de discursos es el producido principalmente por las instituciones sociales, y aunque son las entidades con mayor interacción con los centros urbanos, reproducen el imaginario de la sociedad tradicional rural, produciendo así personas jóvenes como preponderantemente subordinadas a la disciplina familiar patriarcal, como los responsables *del cuidado del terreno* y con la obligación de *realizarse* a través del matrimonio.

La apropiación simbólica del espacio rural se observa en tanto que los discursos que la expresan fijan las identidades juveniles en un presente ahistórico. Esos discursos, producidos principalmente desde la institución familiar y religiosa, se fundamentan en un saber tradicional que concibe a las personas jóvenes “como sanas” siempre que mantengan el vínculo con la tierra y los lugares de memoria que constituyen la identidad regional. Cualquier violación a ese saber, por medio de otras expresiones lingüísticas, de vestuario, de gusto musical o de apariencia física, constituye un desarraigo y expresa “la falta de amor a la tierra”.

La región sociocultural que acaba de describirse es el emplazamiento físico-simbólico donde tienen lugar la producción y la reproducción de los discursos que

interesan en este trabajo. Sin embargo, dada la naturaleza de la investigación, esta región sociocultural sirve únicamente de marco para entender cómo puede regionalizarse a partir de la producción sociodiscursiva sobre las juventudes rurales. Esta regionalización implica, por tanto, elaborar una propuesta teórica de región según los intereses y los propósitos de la investigación, para después realizar el abordaje analítico y exponer su funcionamiento a partir del trabajo de campo realizado. Por lo anterior, en los siguientes apartados se presenta la región discursiva como propuesta teórica, tomando como base epistemológica el construccionismo social y conjugando distintos conceptos tomados del análisis del discurso, de la antropología y de la psicología discursiva. El último apartado es la exposición de la metodología que siguió el estudio a partir de los legados de la investigación cualitativa.

Capítulo II. La región discursiva como propuesta teórica

Introducción

La invisibilización de las juventudes rurales es un fenómeno social problemático que implica la producción socioinstitucional y tiene una dimensión discursiva; en tal sentido, resulta pertinente realizar el abordaje desde un enfoque sociodiscursivo que parta de la recuperación de los discursos y articule, en su análisis, las prácticas sociales que, en una definición amplia del discurso, constituyen también prácticas discursivas. El análisis de las dinámicas de producción de las juventudes y la construcción identitaria de los jóvenes rurales exige una articulación epistemo-teórico-metodológica adecuada, de tal forma que su comprensión resulte posible desde un enfoque regional y aporte a la construcción de conocimiento sobre la diversidad de las juventudes rurales y sus proyectos de constitución como sujetos con potencial de acción.

Por lo anterior, en este apartado se expone la región discursiva como propuesta teórica. La concreción de esta propuesta exige el planteamiento de una base epistemológica que oriente el análisis de la realidad social en su dimensión discursiva y permita comprender el funcionamiento del lenguaje y el conocimiento en tanto que entidades dinámicas, en constante construcción y reinterpretación. En este sentido, en primer lugar, se contextualiza el paradigma denominado construccionismo social; en segundo lugar, se exponen los presupuestos teóricos que permiten arribar a la construcción de una propuesta de la idea de región para

analizar las dinámicas de producción sociodiscursiva y la construcción de las identidades de las juventudes rurales.

2.1. Construccinismo social como marco epistemológico

El construccionismo social surgió en medio de un complejo conjunto de propuestas teóricas de las ciencias humanas y ha crecido considerablemente en los últimos años, tanto en el ámbito de la psicología social como en el de la sociología. La primera vez que se mencionó de manera explícita la noción de *construcción social* fue en la obra *La construcción social de la realidad*, de Berger y Luckmann. De acuerdo con Cromby y Nightingale (1999), el construccionismo social tiene cuatro características generales:

- a) La primera tiene que ver con la primacía de los procesos sociales: se considera que las experiencias de los sujetos en el mundo son, antes que cualquier cosa, procesos sociales; se concibe la interacción en la vida cotidiana como la determinante de los conocimientos incorporados por los sujetos.
- b) La segunda se relaciona con la especificidad histórica y cultural: todo lo que los sujetos conocen son productos social y culturalmente específicos.
- c) La tercera destaca la idea de la interdependencia entre conocimiento y acción: cada modo de conocimiento trae incorporadas formas de acción diferenciadas, lo cual implica, a su vez, consecuencias también diferenciadas.
- d) La cuarta tiene que ver con la postura crítica que el construccionismo social toma con respecto al positivismo y al empirismo: el construccionismo asume que todo conocimiento es histórica y socialmente específico y desafía el esencialismo, el individualismo y el mentalismo.

Para el construccionismo social, por lo tanto, el mundo social está conformado por conversaciones, concebidas como patrones de actividades conjuntas, similares a los juegos. De este modo, desde que las personas nacen, están incluidas en determinadas pautas de interacción social y, como en el caso de muchos juegos, estas pautas no son iniciadas por las personas; sin embargo, a medida que pasa el tiempo, las personas se encuentran cada vez más involucradas en ellas. Esas pautas son las que permiten aprehender y construir los significados de nuestro entorno.

De acuerdo con Berger y Luckmann (1993), la vida cotidiana implica un mundo ordenado mediante significados compartidos por la comunidad. La propuesta fenomenológica de estos autores tiene como objetivo principal restablecer las construcciones sociales de la realidad. De hecho, el núcleo de su obra, *La construcción social de la realidad*, se encuentra en la afirmación de que los sujetos crean la sociedad y ésta se convierte en una realidad objetiva que, a su vez, crea a los sujetos: “La sociedad es un producto humano. La sociedad es una realidad objetiva, el hombre es un producto social” (Berger y Luckmann, 1993, p. 61).

Las propuestas sociofenomenológicas de Berger y Luckmann conllevan el tránsito de lo individual a lo social, de lo natural a lo histórico y de lo originario a lo cotidiano. En *La construcción social de la realidad* estos autores parten de dos tesis: 1) la realidad se construye socialmente; 2) la tarea de la sociología del conocimiento es analizar los procesos mediante los cuales se construye socialmente la realidad. En este contexto, la realidad se define como una cualidad propia de los fenómenos que reconocemos como independientes de nuestra propia volición y el conocimiento es entendido como la certidumbre de que los fenómenos son reales y que poseen características particulares.

Para Berger y Luckmann (1993), los actores sociales perciben que la realidad social es independiente de sus propias aprehensiones. La realidad, por tanto, aparece ya objetivada, como algo impuesto a los sujetos. Para la objetivación de la

realidad es fundamental tomar en cuenta el lenguaje, que para estos autores se erige como el medio básico para proveer a los sujetos de las objetivaciones indispensables y que dispone el orden dentro del cual la realidad de la vida cotidiana adquiere sentido para las personas.

En su artículo Nueva sociología del conocimiento, Luckmann (1996) sostiene que el análisis de las realidades sociales debe empezar por la interpretación y continuar con la explicación de las realidades sociales construidas, conectándolas con las condiciones anteriores y las consecuencias. Este marco de análisis se fundamenta en la idea de que “la mayoría de los procedimientos mediante los cuales se construyen las realidades sociales son procedimientos comunicativos” (Luckmann, 1996, p. 166). Por lo anterior, los procedimientos que, en todos los casos sí son comunicativos, son para el autor aquellos a través de los cuales se reconstruyen las realidades sociales. Estas reconstrucciones no se dan únicamente en el campo de la ciencia, también existen en las reconstrucciones populares, cotidianas, sin fines teóricos.

En el construccionismo social el lenguaje se considera el medio principal para la construcción de la realidad; al mismo tiempo, constituye la mediación de la realidad construida socialmente por el otro. Es, además, el portador del acervo de conocimiento social y un sistema de acción que se actualiza en situaciones de interacción concretas y en procesos contingentes. Luckmann (1996) señala que por medio del lenguaje los seres humanos pueden superar los límites de la experiencia en el mundo de la vida: “el lenguaje produce una conexión significativa entre los ámbitos extraordinarios de la realidad y la vida cotidiana de los sujetos” (Luckmann, 1996, p. 167).

En el campo de la psicología, el construccionismo social se constituye como un movimiento de crítica a la psicología social “modernista” y se fundamenta principalmente en los trabajos de Kenneth Gergen. De acuerdo con este autor, el

pensamiento posmoderno y las ideas construccionistas sociales se aplican a las prácticas terapéuticas, psicosociales, en la enseñanza, en el consultorio y en la organización (Gergen, 1996; Gergen y Gergen, 2010). La postura posmoderna que acompaña los cambios paradigmáticos en los fines del siglo XX se caracteriza por ser generadora y creadora de una nueva comprensión y direccionalidad. La principal cuestión que señalan varios teóricos (Anderson, 2010; Gergen, 1996, 2006; Grandesso, 2000; Rasera & Japur, 2005; Shotter, 1993; White & Epston, 1993; White, 2002) es la metáfora del aprender hablando la lengua de quienes están siendo escuchados. La máxima de esa postura es “escuchar para comprender”. De esta manera, se postula una posición de construcción mutua de un conocimiento significativo para los involucrados en la acción, en donde el sentido de autoría y la importancia de las formas especiales introducidas en los diálogos y los procesos son más significativo que los resultados.

Para el construccionismo social el lenguaje y el conocimiento son entidades dinámicas, en constante construcción y reinterpretación. De acuerdo con Magnabosco (2014) el énfasis está puesto en la trilogía: hermenéutica contemporánea, construcción social y teoría narrativa. Estas ofrecen subsidios para la organización de las experiencias vividas y la evolución del sistema terapéutico, destacando los sistemas lingüísticos, las narrativas, la conversación, el diálogo, las historias, el significado y la cultura. De esta forma, se construyen no sólo los cambios, sino también el individuo y su contexto, así como un discurso de potencialidades y de construcción de realidades futuras (Magnabosco, 2014).

Los sistemas lingüísticos, organizados entre transacciones de protagonistas y negociados entre las redes conceptuales de las personas, confirman distintas formas de estar en el mundo, mientras rechazan o evitan otras. Asimismo, estos sistemas posibilitan que determinadas descripciones del sí mismo se modelen, creando un camino de reflexión hacia un conocimiento especialmente activo, construido en vez

de ser descubierto. De acuerdo con Magnabosco (2014) ese sendero epistémico se considera una práctica crítica de lo social y de lo sociocultural, ordinario y cotidiano; y se constituye como una micropolítica, que opera, negocia y regula un poder constitutivo que busca el no ejercicio opresivo de un grupo privilegiado sobre los demás. Asimismo, esta práctica es una experiencia sociocultural positiva, formadora y no restrictiva o represiva. Es una construcción de sentidos con propuestas de nuevas metáforas y discursos alternativos para la descripción de lo vivido (Magnabosco, 2014).

El construccionismo social nació y se estableció en el campo académico norteamericano, comenzando en la década de 1970, cuando el conductismo y sus presupuestos ontológicos y metodológicos se veían cuestionados. Gergen, en 1973, fue uno de los cuestionadores con su crítica historicista a la psicología social en sus obras *Social Psychology as History* (1973) y *The Social Constructionist Movement in Modern Psychology* (1985), las cuales se han constituido como los marcos iniciales del construccionismo social. El autor considera que el esfuerzo para construir leyes generales para el comportamiento social es equivocado y adopta una postura relativista. De esta forma, define al construccionismo social como un movimiento, un intento de disolver el objeto tradicional de la psicología, sustituyendo la realidad de la mente y del comportamiento, por convenciones y recursos lingüísticos con una reflexión histórica y contextual como centro de la actividad en la psicología. Para Gergen (1985, p. 266) “el construccionismo social concibe el discurso sobre el mundo no como un reflejo o un mapa del mundo, sino como un producto de la interacción social”.

Al referirse a las principales características epistemológicas y ontológicas del construccionismo social, Gergen (2006) apunta cuatro cuestiones esenciales: 1) conocer el mundo por la historia y por la cultura; 2) tener en cuenta la interacción entre las personas; 3) la relación entre conocimiento y acción; y 4) el realce de una

postura crítica y reflexiva como producción del conocimiento. Se percibe entonces que este abordaje cuestiona realidades y valores de la vida cotidiana e implica descubrir la estructura interna de los significados, construyendo significados compartidos. No hay verdades para verificar, sino significados relevantes para cada persona, lo que confirma que la búsqueda de la verdad se basa en la diversidad de sus manifestaciones y nunca se revela en su totalidad. Por lo tanto, es necesario que se problematice el fenómeno revelado para que sea mejor comprendido (Magnabosco, 2014).

De acuerdo con Knoblauch et al. (2008), en el marco del construccionismo social, Luckmann propone una nueva teoría social de la acción humana, la cual tiene como guía las siguientes preguntas:

¿Cómo construye la sociedad la realidad?, ¿cómo determinan formas y modelos producidos por la sociedad, la experiencia y la acción cotidiana de cada uno?, ¿cómo generan, divulgan y reproducen las sociedades aquello que creen saber, aquello en donde viven y lo que definen como real?, ¿cómo es posible que el orden histórico y social de las cosas así generado se le presente al actor como un orden que se puede experimentar objetivamente y que produce sentido e identidad? Y, finalmente: ¿qué efecto tienen las construcciones sociales sobre sus constructores? (pp. 10-11).

En estas preguntas subyace el papel que Luckmann otorga al lenguaje: el lenguaje es el principal medio tanto para la construcción social de la realidad como para la mediación de la realidad construida socialmente. También encontramos aquí la idea de Gergen (2006), según la cual los sistemas lingüísticos, organizados entre transacciones de protagonistas y negociados entre las redes conceptuales de las personas, confirman distintas formas de estar en el mundo, mientras rechazan o evitan otras. Por lo tanto, si interesa analizar las juventudes rurales en tanto que construcciones sociales, resulta pertinente asumir un enfoque sociodiscursivo para,

finalmente, explicar las dinámicas de producción a través de la regionalización discursiva.

2.2. Discurso y formaciones discursivas

El objeto de estudio de esta investigación está constituido por el discurso social que sobre la juventud se produce tanto en los campos institucionales como a través de los propios jóvenes. Al tener como foco de atención el discurso social sobre la juventud y sus implicaciones en la construcción identitaria, el abordaje sociodiscursivo se constituye con base en una articulación interdisciplinaria que permite, a partir del análisis lingüísticamente orientado, comprender las relaciones entre las prácticas discursivas, en tanto que prácticas sociales que comportan diversos posicionamientos, y las estructuras más amplias del sistema social que posibilitan la existencia de formaciones discursivas particulares sobre la juventud en los contextos rurales.

El enfoque sociodiscursivo propuesto para esta investigación articula nociones teóricas del análisis del discurso, de la sociología, la antropología y la psicología discursiva. Del análisis del discurso se retoman las concepciones sobre discurso y formaciones discursivas. La sociología y la antropología conforman el marco para entender tanto las identidades como las juventudes rurales. Finalmente, de la psicología discursiva se retoma el concepto de posicionamiento que mantiene relación directa con el discurso en tanto que entidad que permite la construcción de identidades y relaciones sociales.

En el campo de la teoría del discurso este término es entendido como toda práctica enunciativa considerada en función de sus condiciones sociales de producción, que son fundamentalmente condiciones institucionales, ideológico-culturales e histórico-coyunturales (Giménez, 1981). Por su parte, el discurso social,

de acuerdo con Angenot (2010), es todo aquello que se dice y se escribe en un estado de sociedad, todo lo que se habla y se representa en los medios de comunicación; todo lo que se narra y se argumenta, considerando que narrar y argumentar son los dos grandes modos de puesta en discurso.

En otras palabras, discurso social se refiere a los sistemas cognitivos, las distribuciones discursivas, los repertorios tópicos que en una sociedad dada organizan lo narrable y argumentable y aseguran una división del trabajo discursivo, según jerarquías de distinción y de funciones ideológicas para producir y reproducir la estructura social (Angenot, 2010). El discurso social debe verse entonces como “una yuxtaposición de campos discursivos” (Angenot, 2010, p. 73), los cuales van a estar constituidos desde las instancias de socialización y en relación con los cuales las personas pueden posicionarse. Por tanto, analizar el discurso social implica aislar, de los hechos sociales, aquel conjunto de prácticas discursivas mediante las cuales la sociedad se objetiva y que permanecen ligadas a otras prácticas e instituciones.

En esta investigación consideramos que el mejor enfoque para abordar nuestro objeto es el análisis crítico del discurso (ACD), ya que éste se esfuerza por hacer explícitas las relaciones de poder que con frecuencia se hallan ocultas y, por consiguiente, se afana en extraer resultados que tengan alguna relevancia práctica (Meyer, 2003). Por otra parte, y para justificar la pertinencia de este enfoque, podemos afirmar que el ACD analiza las relaciones dialécticas entre la semiosis y otros elementos de las prácticas sociales; en este sentido, se entiende que las relaciones sociales, los valores culturales, la conciencia, entre muchos otros elementos, son en parte semióticos, por lo que el análisis del discurso no puede realizarse sin atender todas las prácticas sociales que se le relacionan, ya sea por su carácter de condición de producción o por su carácter de resultado de la práctica discursiva.

La importancia del discurso en los procesos sociales y en las relaciones de poder se comprende al reconocer que el discurso constituye a la sociedad, así como es constituido por ella (Fairclough y Wodak, 2000); es decir, que existe una relación dialéctica entre discurso y sociedad. Esto implica que toda práctica discursiva hace su propia contribución a la reproducción o a la transformación de la sociedad. En este sentido, pueden distinguirse tres ámbitos de la vida social que pueden constituirse en el discurso y que podemos denominar representaciones, relaciones e identidades: representaciones del mundo, relaciones sociales interpersonales e identidades sociales y personales (Fairclough, 1993).

De acuerdo con Wodak (2003), en la situación actual del ACD es claramente identificable y aceptable que este enfoque teórico-metodológico se encuentra articulado con varias estrategias epistémicas de largo alcance. Entre todas destacan, por ejemplo: a) el abordaje de problemas sociales; b) la comprensión de relaciones de poder; c) el reconocimiento del discurso como constitutivo de la sociedad y la cultura; d) la aceptación de la labor ideológica del discurso; e) el reconocimiento de la historicidad del discurso; f) la comprensión de que entre el texto y la sociedad existe un vínculo mediato; g) la consideración de que el análisis del discurso es interpretativo y explicativo; h) la aceptación de que el discurso es una forma de acción social.

Lo que sugieren estas estrategias es que los discursos son constitutivos y constituyentes del mundo social, de las prácticas, órdenes y representaciones que tienen lugar allí. De hecho, tal como señala Fairclough (2003), el discurso no es otra cosa que una “forma de representación de la vida social por parte de distintos actores sociales, cuya posición y prácticas sociales se hallan intrínsecamente determinadas por la manera como ven y significan la vida social” (p.182).

La lógica del discurso como constitutivo de lo social, es decir, de las situaciones, la identidad social de las personas, los escenarios de disputa política, las

relaciones cotidianas de los individuos, las estrategias ocultas y públicas del ejercicio de la dominación y las prácticas de resistencia subalternas, es enfatizado desde diversos ámbitos disciplinares. Observamos, por ejemplo, los trabajos de Foucault (2009), Van Dijk (2000), Fairclough y Wodak (2000), Fairclough (2003), Scott (2000), Laclau (2006), Butler (2007) y Reguillo (2000), para quienes el discurso contribuye a sustentar y reproducir órdenes sociales, pero también es un dispositivo potencialmente significativo para ayudar a transformarlo y subvertirlo radicalmente, en situaciones sociales que tienen un correlato local y global. A través del discurso, como afirma Van Dijk (2000), los usuarios del lenguaje pueden realizar, confirmar o desafiar estructuras e instituciones sociales y políticas más amplias.

La obra de Foucault hace una importante contribución para una teoría social del discurso, particularmente para entender la relación entre discurso y poder, la construcción discursiva de sujetos sociales y el funcionamiento del discurso en el cambio social. Entre todas las valiosas contribuciones de Foucault aquí resulta útil la noción de *formación discursiva*, la cual consiste en una serie de reglas de formación para el conjunto particular de enunciados producidos en una práctica discursiva; esas reglas contribuyen a la formación de modalidades enunciativas y posiciones de sujeto, reglas para la formación de conceptos y reglas para la formación de estrategias. Estas reglas de formación “son constituidas por combinaciones de elementos discursivos y no discursivos y el proceso de articular estos elementos hacen del discurso una práctica social” (Fairclough, 1993, p. 37).

2.3. Juventudes, identidad y posicionamiento

En relación con los discursos que son objeto de estudio, se les entiende como prácticas sociales enmarcadas en campos discursivos institucionalizados y permeados por los cambios sociales de la época globalizada. En estos campos

discursivos es donde se sitúan las nociones de *juventud* e *identidad* como producciones sociodiscursivas configuradas culturalmente y con efectos en la vida cotidiana de los jóvenes rurales. En lo que respecta a la noción de *juventud*, esta es ubicada en el campo de la sociología y la antropología. En cada uno de estos campos se entiende que la juventud no debe ser una categoría homogeneizante, sino que debe interpretarse en función de las diferentes dimensiones que la componen y condicionan, ya que está permeada por una multiplicidad de variables tanto biológicas y psicológicas como sociales y culturales. Es decir, aunque puede afirmarse que la juventud corresponde a una etapa biopsicológica de la vida de las personas, es necesario reconocer también que se constituye como una posición socialmente construida que se va reconfigurando según los patrones culturales (Bourdieu, 1990).

A lo largo de la historia, las sociedades han construido nociones, categorías o conceptos —tales como *etnia*, *género*, *juventud*, entre otras— que definen y agrupan a las personas y las ubican en distintos lugares sociales. La ubicación en un lugar determinado implica, para los individuos, una diferenciación en el acceso a la autonomía, a los procesos de toma de decisiones y a las posibilidades de desarrollo personal. Esas nociones o conceptos han sido hechas parecer “naturales”, tomando en cuenta principalmente su proceso biológico o psicológico, sin considerar las condiciones sociales, culturales, económicas o históricas que las circunscriben. La *naturalización* remite a una universalización de las nociones, a su carácter fijo y, por lo tanto, concibe a las personas como carentes de posibilidad de transformación, sean cuales sean las condiciones en que éstas convivan. La consideración de las condiciones contextuales se orienta a lo que se ha denominado *construcción social de la realidad* y permite que las nociones remitan a individuos activos, con la capacidad para cuestionar y transformar las categorizaciones que pesan sobre ellos.

El concepto de juventud no ha escapado de este debate. En tanto que categoría social, la juventud ha sido entendida y explicada como condición natural y como construcción sociocultural. Cada una de estas concepciones implica tanto discursos como prácticas, que son producidos y reproducidos por las distintas instancias sociales, desde la familia, la iglesia y el Estado hasta los medios de comunicación y la academia. El imaginario tradicional sobre la juventud se basa en la consideración de los jóvenes como menores, con lo que se hace referencia no sólo a la falta de capacidad para asumir responsabilidades legales, sino, y sobre todo, a su incapacidad para pensar y actuar en tanto que sujetos autónomos. Al ser entendida como etapa de transición, la juventud es considerada irrelevante para el presente y redituable sólo como inversión futura.

De acuerdo con Urteaga y Sáenz (2012), la predominancia de la mirada biológico-médico psicologista ha sido fundamental en la construcción de una serie de representaciones sociales juveniles, que han sido ofertadas a las instituciones y a la sociedad en general como definiciones científicas sobre lo juvenil a lo largo del siglo XX. Ahora, teniendo en cuenta que las nociones y los conceptos tienen eficacia social y que deben formar parte de lo que hay que investigar, resulta necesario revelar algunas conceptualizaciones sobre lo joven en distintos contextos teóricos del siglo XX para identificar sus bases no científicas, las cuales están más enraizadas en el pensamiento común, y que han contribuido a la naturalización de la categoría *juventud*.

La utilización de la categoría *juventud*, en singular, generalmente emplaza a los jóvenes como naturalmente incontrolables y justifica su moldeamiento social, a través de las convenciones y el sistema escolar, para que puedan llegar a “ser respetables” (Wyn y White, 1997). Según sostienen Urteaga y Sáenz (2012), esta categorización y sus implicaciones, que han constituido un *continuum* entre las miradas sociales y científicas sobre los jóvenes, gestado desde fines del siglo XVIII,

llegó a su límite explicativo en las sociedades modernas occidentales entre las décadas de 1960 y 1970 con las profundas transformaciones sociales, culturales y políticas producidas y protagonizadas por los jóvenes.

Las transformaciones que se suscitaron a partir de los años 60 contribuyeron, en gran medida, a desnaturalizar la categoría de juventud. Este hecho mostró una realidad hasta entonces negada: no existe una única juventud. En las sociedades actuales las formas de vivir la juventud son múltiples; varían en relación con distintos factores: género, características de clase, el lugar donde viven, la generación a que pertenecen, entre otros. Por otra parte, la diversidad, el pluralismo y el estallido cultural de los últimos años se manifiestan privilegiadamente entre los jóvenes que ofrecen un panorama variado y móvil que abarca sus comportamientos, referencias identitarias, lenguajes y formas de sociabilidad (Margulis y Urresti, 1996).

El reconocimiento de la diversidad de formas que asume la condición juvenil va emparejado con la concepción de la juventud en tanto que construcción social. En este sentido, Guillén (1985) considera que esta etapa de la vida debe ser entendida como un producto social, el cual se encuentra determinado por el lugar que los jóvenes ocupan dentro de la estructura jerárquica de la sociedad y por el tipo de relaciones que establecen con las demás instancias sociales. Por su parte, Feixa (citado en González, 2003), considera que para que esta categoría esté presente en una comunidad debe existir:

Una serie de condiciones sociales (es decir, normas, comportamientos e instituciones que distingan a los jóvenes de otros grupos de edad) y, por otra parte, una serie de imágenes culturales (es decir, valores, atributos y ritos asociados específicamente a los jóvenes). La existencia de estas condiciones dependerá de la estructura social, es decir de las formas de subsistencia, las

instituciones políticas y las cosmovisiones ideológicas que predominan en cada tipo de sociedad (p. 162).

La consideración de la juventud en tanto que construcción social ha permitido que en la literatura académica reciente se observe un uso cada vez más generalizado del término *juventudes*, en plural. Más que una moda terminológica o un acuerdo simple, este hecho acusa la consolidación del campo de estudios sobre juventudes en cuyo seno se encuentra la necesidad de explicar la diversidad de formas de *ser joven* o *vivir la juventud*. Este campo, que puede denominarse *sociología de las juventudes*, se constituye frente a las perspectivas biologicistas y psicologicistas, desde las cuales se explica la condición juvenil a partir de atributos universales y fijos. La perspectiva de este nuevo campo, por su parte, reconoce la imposibilidad de definir la juventud según un criterio único y de manera permanente.

El cambio semántico que se opera al pasar de *juventud* a *juventudes* puede considerarse insignificante; sin embargo, implica una lucha por instaurar en el lenguaje —ese espacio en disputa y de constitución de realidades— la complejidad y los matices de una etapa del desarrollo de las personas, que se diferencian y multiplican en cada contexto de acuerdo con variables sociales, económicas, políticas, culturales, entre otras. Como sostiene Duarte (2000), el término *juventudes* permite asumir una episteme integradora, amplia y comprensiva de lo juvenil, a diferencia de *juventud*, que resulta un concepto rígido que simplifica el complejo entramado social de las juventudes. Este enfoque, que parte del cambio semántico, debe tener como prioridades reconocer diferencias, aceptar diversidades, construir aceptaciones y, así, construir miradas potenciadoras de lo juvenil (Duarte, 2000).

La literatura sobre el tema de las juventudes en el país acusa, cada vez con mayor frecuencia, la pertinencia de configurar el significado del término siempre en relación con elementos particulares del contexto de estudio, tales como el género,

la clase, la etnia, la generación, entre otros. En este sentido, esta investigación partió de la idea de pensar las juventudes en plural. Este punto de partida se constituye por dos razones: la primera, porque la condición juvenil se define no sólo por la edad, sino, y sobre todo, por relación con otras personas, grupos e instituciones que le confieren propiedades que no se limitan a descripciones homogeneizantes; la segunda, porque el proceso de producción social de las juventudes es heterogéneo: está relacionado con los contextos, los actores y las relaciones de poder. Por otra parte, este punto de partida implica un proceso de desnaturalización de “la juventud”, lo que conlleva dejar de tratarla como una categoría de percepción del mundo social y evidenciar las diferentes producciones, así como las dinámicas, instituciones y actores que resultan involucrados en la producción simbólica de esta categoría social.

Dado lo anterior, de acuerdo con Rodríguez (2002) las juventudes entonces serían aquellos sectores sociales que presentan experiencias de vida heterogéneas, con capacidades y potencialidades; como grupos sociales que buscan resolver una tensión existencial entre las ofertas y los requerimientos del mundo adulto para insertarse en dichos ofrecimientos, aquello que desde sus propios sueños y expectativas decide realizar y una situación socioeconómica que condiciona las posibilidades de tales proyectos.

Medina, Urteaga y Bonilla (2013) sostienen que la función referencial del término juventud no puede ser determinada por adelantado, sino que debe construirse a partir de contextos relacionales específicos en los que toma significación concreta, mientras simultáneamente hace referencia y conforma entramados múltiples con referentes como los de clase, género, etnia, lugar de residencia (urbano, rural), migración, política, moda, gustos musicales y otros a través de los cuales la categoría es creada y ella misma es creadora de entramados culturales. Dado lo anterior, en esta investigación, y siguiendo los trabajos más

recientes en el campo tanto de la sociología como de la antropología, preferimos el uso del término *juventudes*, por considerar que revela con mayor claridad los múltiples referentes con los que se construyen los jóvenes actuales (Medina, Urteaga y Bonilla, 2013).

Ahora, en relación con las identidades, es necesario aclarar que en esta investigación el abordaje se realiza desde una conjunción entre sociología, antropología y psicología discursiva. En este sentido, puede afirmarse que las identidades no se producen en un espacio vacío, sino en la estructura de relaciones objetivas entre posiciones en los diferentes campos sociales. Esta estructura determina las formas que pueden revestir las interacciones simbólicas entre agentes y la representación que estos pueden tener de la misma. Se puede decir, desde esta perspectiva, que la identidad “no es más que la representación que tienen los agentes de su posición en el espacio social y de su relación con otros agentes que ocupan la misma posición o posiciones diferenciadas en el mismo espacio” (Giménez, 2009, p. 47).

De acuerdo con Giménez (2009), la identidad, en cuanto representación de un *sí mismo* socialmente situado, es esencialmente distintiva, relativamente duradera y tiene que ser socialmente reconocida. La identidad es distintiva en la medida en que la posición que representa en el espacio social también se define por su distinción en relación con las demás posiciones, es decir, respecto a los otros agentes sociales. Cuando se afirma que la identidad es relativamente duradera se apunta su carácter transitorio y se reconocen sus continuas variaciones y su permanente adaptación al entorno. Por último, la necesidad del reconocimiento social de la identidad está determinada por el hecho de que una identidad no reconocida por los “otros” carece de existencia social (Giménez, 2009).

Otro apunte relevante para comprender la dinámica de constitución de la identidad es el relacionado con las funciones básicas que suelen atribuírsele. De

acuerdo con Sciolla (1983), la identidad tiene tres funciones: locativa, selectiva e integradora. La función locativa significa que a través de la identidad el individuo se sitúa dentro de un campo o, en sentido más amplio, define el campo donde situarse. Es decir, el individuo asume un sistema de relevancia, define la situación en que se encuentra y traza las fronteras que delimitan el territorio de su mismidad. Al respecto, Giménez (2009) señala que esta función significa que la identidad permite a las personas ubicarse y orientarse por referencia a las coordenadas del espacio social; en este sentido, la identidad es aquello que permite a los agentes sociales “ser lo que son”.

En relación con la función selectiva, Giménez (2009) señala que esta se deriva del carácter operativo de las representaciones sociales y significa que la identidad selecciona, en función de los valores que le son inherentes, el sistema de preferencias de los agentes sociales y sus opciones prácticas dentro de los márgenes de posibilidad delimitados por la posición que ocupan. Finalmente, la función integradora de la identidad implica la posibilidad de integrar las experiencias del pasado y las del presente en la unidad de una biografía. Esta integración es la que permite a las personas percibir su continuidad en el tiempo, aun cuando se tengan que ir adaptando a las diferentes condiciones de sus contextos.

En este plano de la construcción social de las identidades resulta relevante anotar un principio teórico fundamental para la investigación: las identidades son discursivamente constituidas. Como cualquier otro ámbito de la experiencia, de las prácticas, las relaciones y los procesos de subjetivación y en tanto realidad social e histórica, las identidades son producidas, disputadas y transformadas en formaciones discursivas concretas. Como sostiene Restrepo (2007) “las identidades están en el discurso; son realidades sociales con una ‘dimensión discursiva’ constituyente que no sólo establece las condiciones de posibilidad de percepciones

y pensamientos, sino también de las experiencias, las prácticas, las relaciones” (p. 27).

La afirmación de que las identidades son constituidas discursivamente no quiere decir que las identidades son “puro discurso” ni que los discursos son simples narraciones que están más allá de la realidad material social (Restrepo, 2007). Al utilizar el concepto de formaciones discursivas, en el sentido ya anotado, se enfatiza en el hecho de que los discursos son tan reales que tienen efectos poderosos sobre cuerpos, espacios, objetos y sujetos como cualquier otra práctica social.

Para el análisis de la producción de la identidad en el discurso, en esta investigación se siguen los presupuestos de Brownyn y Harré (2007), quienes proponen el análisis de la identidad desde la psicología discursiva con el término *posicionamiento* o *posición de sujeto*. De acuerdo con estos autores “el posicionamiento es el proceso donde las identidades se localizan en discursos en los que participantes, observable y subjetivamente coherentes, producen argumentos” (p. 246). Estos autores plantean que el sujeto y su identidad son una “serie o conglomerado de posiciones, de posiciones de sujeto, provisionales (explícitas o implícitas), y no necesariamente indesarmables, en que una persona es momentáneamente puesta por los discursos y el mundo donde habita” (Brownyn y Harré, 2007, p. 246).

La dimensión discursiva y el carácter relacional e intersubjetivo de la identidad son aspectos fundamentales para el desarrollo de la investigación, ya que permiten articular el problema de la construcción identitaria, implícita toda referencia conceptual y contextual, con la consideración del discurso como práctica social. Así mismo, estos aspectos permiten entender la relevancia de atender los modos en que se posicionan los sujetos en el discurso y la conformación de las formaciones discursivas para comprender, finalmente, cómo construyen sus identidades los

jóvenes rurales en relación con las instancias de socialización que constituyen campos discursivos particulares.

2.4. Región discursiva como propuesta teórica

Después de exponer los fundamentos epistemológicos y teóricos de la propuesta, es necesario mencionar que en el campo de los estudios regionales es común establecer modelos tipológicos, de acuerdo con una utilidad científica específica, para poder realizar el abordaje de los distintos objetos de estudio. En este sentido, es también común que una caracterización primera se base en la distinción entre la región como una construcción intelectual, la inventada con un fin concreto, y la región como ente real, objetivo, con vida propia, que existe en el espacio y se distingue por particularidades que el investigador debe descubrir.

En nuestro caso, partimos de la idea de región sociocultural como emplazamiento físico-simbólico para caracterizar el contexto de producción y reproducción de los discursos sobre las juventudes rurales; ahora, como propuesta, planteamos la idea de región discursiva como un instrumento teórico-metodológico para pensar y analizar las dinámicas de producción socioinstitucional de las juventudes rurales y la construcción identitaria de los jóvenes. Nuestra idea de región discursiva, como puede inferirse ya, parte de la consideración de la existencia de una dinámica espacial de los discursos, inmersos en distintas relaciones y con efectos en la vida cotidiana de los sujetos.

Analizar el discurso social implica aislar, de los hechos sociales, aquel conjunto de prácticas discursivas mediante las cuales la sociedad se objetiva y que permanecen ligadas a otras prácticas e instituciones en referencia con un macrotema común, que en nuestro caso es *la juventud*. Al recuperar los discursos producidos por las instituciones sociales —familia, escuela, iglesia y Estado (gobierno

municipal)— y analizarlos a partir de sus posibilidades de producción de sujetos, puede configurarse un esquema (véase figura 2) en el que el discurso social sobre la juventud aparece como fuertemente atravesado por relaciones de poder, las cuales muestran la disputa de las instituciones por el estatus de legitimidad en la producción de las personas jóvenes y su *facultad* para intervenir sobre sus subjetividades a través de estrategias y técnicas de normalización. En este esquema el discurso se configura como el espacio donde se constituye *al* sujeto a través de las representaciones sedimentadas históricamente pero también como el lugar donde las personas jóvenes tratan de instituir su identidad, aprovechando los intersticios que deja el ejercicio del poder adultocéntrico.

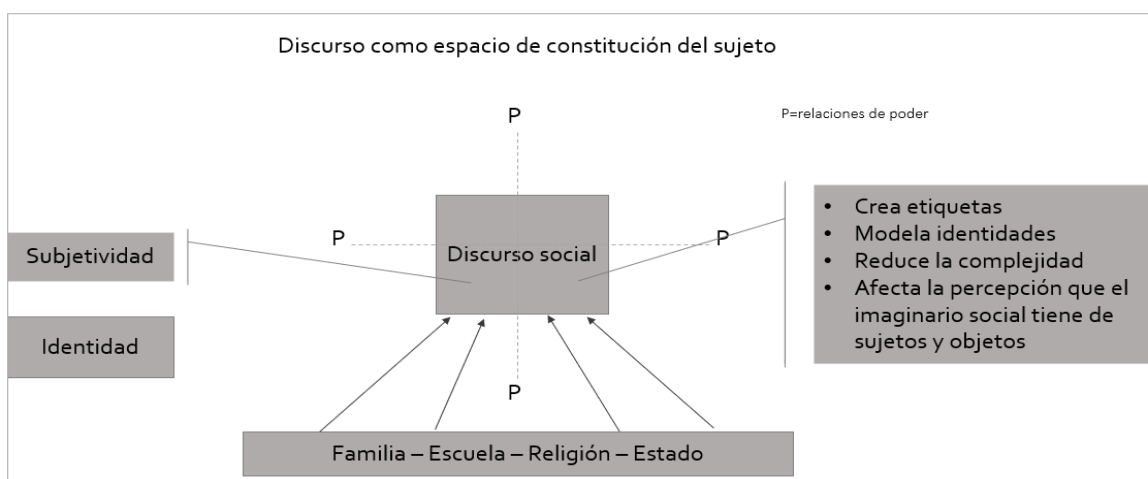


Figura 2. Dinámica de la producción sociodiscursiva

Cada una de las instituciones produce/reproduce determinadas imágenes o representaciones de la juventud y a partir de ellas implementa estrategias que resumen su papel sobre las personas jóvenes. Los discursos institucionales conforman campos discursivos (CD) que interactúan en la red compleja de relaciones y conforman una malla de significados que orientan las acciones de la vida cotidiana. Para explicar mejor el concepto de *campos discursivos* nos basamos en algunas ideas extrapoladas de la obra de Bourdieu (1990), por tanto, el campo

discursivo alude a un espacio determinado en el que las relaciones o sistemas de posiciones sociales se definen de acuerdo con un tipo especial de poder detentado por los agentes que entran en lucha o en competencia en ese espacio.

A partir del esquema anterior podemos diseñar lo que llamamos *región discursiva*. Esta región es definida como un sistema de relaciones entre las formaciones discursivas que los campos producen, los posicionamientos de los participantes, las identidades constituidas y los significados atribuidos a la acción social de los actores (véase figura 3). Cada campo discursivo es propietario de un repertorio conceptual, un vocabulario y unas metáforas ampliamente compartidas para fundamentar sus discursos sobre la juventud. En ese sentido, más que hablar de discursos como mero proceso de enunciación, hablamos de prácticas discursivas, es decir, acciones que las personas utilizan para producir realidades sociales y psicológicas de manera activa. En este contexto, el análisis de las prácticas discursivas permite observar cómo los jóvenes son posicionados y se posicionan y la manera en que la subjetividad se genera a través del aprendizaje y uso de las prácticas discursivas.

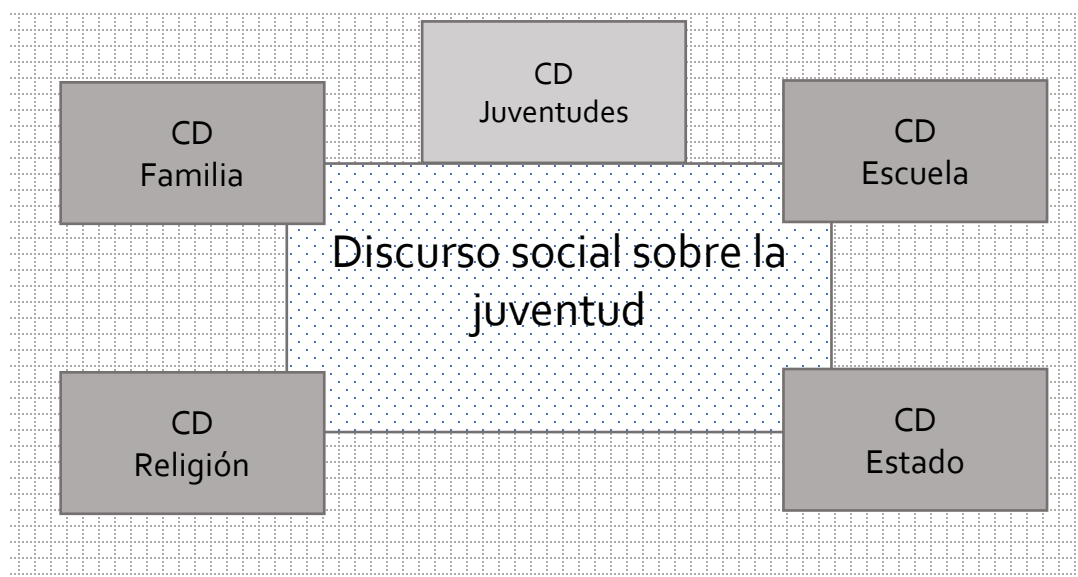


Figura 3. Región discursiva

A partir de esta idea de región, y considerando los efectos constitutivos del discurso, explicamos cómo son producidas las juventudes en la región rural:

a) El discurso social contribuye a la construcción de los sistemas de creencias.

El análisis de la producción discursiva de los distintos campos permite identificar la predominancia de una lógica de dominación a partir de lo que hemos denominado *adultocentrismo*. Éste funciona como un sistema de creencias que instituye y reproduce la imagen del adulto como ser realizado, acabado, y como el modelo de persona. Todo lo que no se ajuste a este orden es producido como incompleto, *lo que está en proceso de ser* y necesita ser intervenido y moldeado para que no desborde el límite de lo aceptable.

b) El discurso contribuye a la construcción de identidades sociales y posiciones subjetivas para los sujetos sociales.

Como el discurso adultocéntrico se instituye como régimen de verdad, las identidades sociales no son más que ajustes de las diferencias al orden impuesto por las instituciones sociales. Ese orden es interiorizado a partir del reconocimiento de las formaciones discursivas que los campos producen. Las personas jóvenes, por un lado, se posicionan en los lugares asignados validando la eficacia de las estrategias y técnicas de normalización; por otro, *crean* posiciones nuevas en el espacio sociodiscursivo y lo que se observa es que cualquier *desubicación* es fuertemente cuestionada.

c) El discurso ayuda a construir las relaciones sociales.

El análisis de los discursos institucionales acusa la existencia de normatividades implícitas en las tradiciones de la región sociocultural. Estas tradiciones tienen que ver con cómo es pensado, visto y juzgado el sujeto joven a partir de lo que el saber adultocéntrico considera lo mejor para mantener la seguridad del sistema social. Las relaciones sociales, entonces, son construidas a

partir de una lógica que impone las dicotomías entre adulto y joven: racional/irracional; maduro/inmaduro, sano/enfermo, etcétera.

Capítulo III. La regionalización discursiva como propuesta metodológica

Introducción

El concepto de *regionalización* surgió en el campo de la geografía como una herramienta conceptual para atender las necesidades de organización del territorio para diferentes actividades; por tanto, puede interpretarse como solución o herramienta para llegar a diferentes fines. Como proceso, la regionalización es una manera de hacer manejables los conceptos de geografía; de modo fundamental, para que el acercamiento de partes o elementos resulte más eficazmente utilizado con determinados fines. La regionalización también puede entenderse desde un punto de vista político, pero no deja de atender a caracteres de la geografía, entre los cuales destacan las identidades regionales, zonas marcadas por accidentes geográficos, tipos de producción, mismos tipos de atractivos naturales o turísticos, vías de comunicación comunes, entre otros.

Sea cual sea el criterio, la idea base o la intención final que dirija el proceso de regionalización, no debe interpretarse como signo de separación, escisión o segregación; al contrario, debe ser una herramienta que permita el manejo circunstancial de un territorio, para que lo más acotado de este permita aplicar mejor un tipo de programa o proyecto. En el campo de la geografía regional las regionalizaciones constituyen herramientas útiles para el conocimiento del Estado y las tendencias territoriales en múltiples aspectos (ambiental, social y económico) y escalas espaciales. La regionalización utiliza los datos disponibles generando

conocimiento derivado nuevo, que posee valor añadido y numerosas aplicaciones prácticas; se realiza para propósitos determinados y, por tanto, puede ser diseñada para servir bien a un fin general o bien a requerimientos específicos.

De acuerdo con el *Diccionario de geografía aplicada y profesional* (DGAP) (2015), la utilización de la regionalización está sistematizada, de forma que constituye una tecnología que se encuentra disponible para su aplicación inmediata. Las regionalizaciones territoriales son útiles para servir como un marco de análisis y asesoramiento que captura la distribución y patrones intrínsecos de la realidad social y revelar importantes patrones relacionados con la distribución espacial de sus principales componentes. Su producto, la región, constituye un marco holístico que integra las características significativas de los territorios; la región es, asimismo, un marco espacial multipropósito que permite un amplio rango de utilidades, que van desde el inventario hasta la evaluación, seguimiento y gestión, en el ámbito de la planeación político-administrativa o de intervención sociopolítica, o desde el reconocimiento de comportamientos diferenciados hasta las expresiones culturales semejantes, en el ámbito de la geografía cultural (DGAP, 2015).

Ya sea como forma de reconocer realidades objetivas, como estrategia metodológica o como una combinación de ambas posibilidades, la regionalización es una clasificación, un reconocimiento de diferencias —algunas veces naturales, otras sociales, culturales, simbólicas—, mediante la identificación, delimitación y estudio de una o más áreas, con mayor o menor grado de precisión de sus límites (Benedetti, 2009). De acuerdo con este autor, las regiones que surgen de esas diferenciaciones pueden operarse a partir de elementos naturales, de los resultados materiales a través de los cuales las sociedades transformaron la naturaleza, del funcionamiento de un sistema económico, de la desigual distribución de la riqueza, de la circulación del poder o por la forma en que los grupos sociales imaginan y practican las diferencias espaciales. Los estudios regionales, asimismo, pueden

pensarse como estrategias de construcción de identidades/alteridades, de diferenciación entre un “nosotros” (semejantes) y un “otro” (diferente), a partir de ciertas diferencias espaciales.

Esta última idea nos conecta con la propuesta de región que hemos descrito y con el proceso de regionalización que nos llevó a concebirla como tal. Si bien el proceso lógico inicia con el proceso de regionalización para culminar con el producto, que es la región, en este caso, para fines expositivos, hemos descrito primero la idea de región discursiva como sustento teórico y ahora exponemos la propuesta de regionalización a partir del análisis de los discursos recopilados durante el trabajo de campo.

3.1. Sobre la tradición interpretativa

De acuerdo con Hobsbawm (1983), la idea de *tradición* se refiere a la persistencia en el tiempo de “un sistema de ideas y prácticas organizadas por reglas y rituales de naturaleza simbólica, tácitas o explícitas, orientadas a inculcar ciertos valores y normas de conducta producidos en determinados grupos o en las sociedades” (p. 1). En el caso de lo que Tarrés (2001) denomina *tradición científica*, lo que se transmite son conocimientos, supuestos, discursos, lenguajes, valores y convenciones creados en torno a las prácticas de las comunidades científicas.

La distinción más común en las tradiciones científicas es aquella que opone la tradición positivista a la tradición interpretativa. La primera encuentra su campo de aplicación en las ciencias naturales; aspira a un conocimiento universal donde el investigador tiene una posición objetiva frente al objeto de conocimiento y se basa en el planteamiento de hipótesis y la realización de experimentos para comprobarlas. La tradición interpretativa, de acuerdo con Tarrés (2001), se orienta a comprender los significados de la acción y de las relaciones sociales y conduce a la

comprensión de la experiencia vivida por los seres humanos quienes, pese a la influencia de las estructuras, poseen espacios de libertad y son sujetos portadores y productores de significados sociales.

De acuerdo con la definición de Tarrés (2001), en la tradición interpretativa se atiende principalmente al significado de la acción y a la experiencia vivida por las personas. La atención prestada al significado obliga a reflexionar sobre el lenguaje, el cual resulta el medio tanto para la construcción del significado como para su transmisión y comprensión. Por lo anterior, dado que el objeto de estudio en esta investigación es el discurso social, el trabajo se enmarca en lo que Tarrés (2001) denomina tradición interpretativa, la cual, a su vez, incluye distintas teorías, escuelas, discursos, lenguajes, métodos y técnicas de investigación (hermenéutica, interaccionismo simbólico, fenomenología, accionalismo, construccionismo social, entre otros).

3.2. Marco epistemológico

La concreción de la investigación exigió el planteamiento de una base epistemológica que orientara el análisis de la realidad social en su dimensión discursiva y permitiera comprender el funcionamiento del lenguaje y el conocimiento en tanto que entidades dinámicas, en constante construcción y reinterpretación. La atención prestada en la tradición interpretativa a los significados, los cuales se construyen y circulan en el seno de la vida social, permite la adscripción a la epistemología del construccionismo social, donde se sostienen, entre otros, los siguientes principios: a) la realidad social se construye a través del lenguaje; b) vivimos en un mundo de significados procesuales; y c) el discurso asume una dimensión constructiva, social e intersubjetiva.

El construccionismo social surge en medio de un conjunto complejo de propuestas teóricas de las ciencias humanas y ha crecido considerablemente en las últimas décadas, tanto en el ámbito de la psicología social como en el de la sociología. La primera vez que se mencionó de manera explícita la noción de *construcción social* fue en la obra *La construcción social de la realidad*, de Berger y Luckmann. De acuerdo con Cromby y Nightingale (1999), el construccionismo social tiene cuatro características generales:

- a) La primera tiene que ver con la primacía de los procesos sociales: se considera que las experiencias de los sujetos en el mundo son, antes que cualquier cosa, procesos sociales; se concibe la interacción en la vida cotidiana como la determinante de los conocimientos incorporados por los sujetos.
- b) La segunda se relaciona con la especificidad histórica y cultural: todo lo que los sujetos conocen son productos social y culturalmente específicos.
- c) La tercera destaca la idea de la interdependencia entre conocimiento y acción: cada modo de conocimiento trae incorporadas formas de acción diferenciadas, lo cual implica, a su vez, consecuencias también diferenciadas.
- d) La cuarta tiene que ver con la postura crítica que el construccionismo social toma con respecto al positivismo y al empirismo: el construccionismo asume que todo conocimiento es histórica y socialmente específico y desafía el esencialismo, el individualismo y el mentalismo.

En el construccionismo social el lenguaje se considera el medio principal para la construcción de la realidad; al mismo tiempo, constituye la mediación de la realidad construida socialmente por el otro. Es, además, el portador del acervo de conocimiento social y un sistema de acción que se actualiza en situaciones de

interacción concretas y en procesos contingentes. Luckmann (1996) señala que por medio del lenguaje los seres humanos pueden superar los límites de la experiencia en el mundo de la vida: “el lenguaje produce una conexión significativa entre los ámbitos extraordinarios de la realidad y la vida cotidiana de los sujetos” (Luckmann, 1996, p. 167).

Dadas las concepciones sobre el lenguaje y el discurso en el construccionismo social, en esta investigación se analizan las dinámicas de producción sociodiscursiva de las juventudes y sus implicaciones en la construcción identitaria de jóvenes rurales. La decisión de trabajar desde un enfoque sociodiscursivo está determinada por la interacción de los conceptos clave de la investigación: discurso, juventud e identidad. Estos conceptos se imbrican principalmente por dos razones: la primera, son construcciones sociales e históricas relacionales, y la segunda, suponen una relación dialéctica entre agente y estructura.

Por lo anterior, el propósito se alcanza a partir de la recuperación y análisis de los discursos sobre la juventud que producen tanto los actores institucionales como los propios jóvenes y el análisis de las prácticas sociales relacionadas con la producción, construcción y vivencia de lo juvenil. El objeto de estudio, como se ha mencionado, está constituido por los discursos, por lo que su abordaje se realiza, de manera general, desde la teoría del discurso. Esta perspectiva teórica entiende los usos del lenguaje como prácticas sociales discursivas y analiza los discursos como hechos significativos que contribuyen a la constitución de realidades sociales. Los análisis que se realizan desde esta perspectiva implican, además, reconocer los procesos de conocimiento y las formas en que los grupos sociales apropian, construyen o reproducen diferentes discursos. La tarea del investigador, por tanto, consiste en estudiar cómo las prácticas discursivas actúan manteniendo o transformando determinadas realidades y relaciones sociales.

3.3. Análisis crítico del discurso como perspectiva teórico-metodológica

De manera particular, la investigación se apoya en la perspectiva teórico-metodológica del análisis crítico del discurso (ACD). De acuerdo con Van Dijk (2003), el ACD es una perspectiva crítica sobre la realización del saber; es un análisis del discurso realizado con una actitud: se centra en los problemas sociales, en especial en la función del discurso en la producción y reproducción del abuso del poder o de la dominación. Por otra parte, y para justificar la pertinencia de este enfoque, podemos afirmar que el ACD analiza las relaciones dialécticas entre la semiosis y otros elementos de las prácticas sociales; en este sentido, se entiende que las relaciones sociales, los valores culturales, la conciencia, la construcción de la identidad, entre muchos otros elementos, son en parte semióticos, por lo que el análisis del discurso no puede realizarse sin atender todas las prácticas sociales que se le relacionan, ya sea por su carácter de condición de producción o por su carácter de resultado de la práctica discursiva.

3.4. Estrategia metodológica

La estrategia metodológica de esta investigación constó de tres fases: investigación documental, trabajo de campo y análisis de los discursos. Con la investigación documental se obtuvo un mapeo del discurso sobre las juventudes, principalmente a partir de la revisión de la producción académica en América Latina, México y el sureste del país; además, en esta fase se pudo constituir el campo discursivo de la institución Gobierno en su escala macro, es decir, en el nivel de las políticas públicas que se orientan a los jóvenes en México. La segunda fase de la investigación tuvo un corte etnográfico. La elección de una metodología con este corte estuvo motivada por dos necesidades: recuperar los discursos que se construyen sobre la juventud y

contar con la contextualización necesaria para estudiar los significados que se construyen en las prácticas discursivas sobre la juventud en espacios rurales.

De acuerdo con Pérez (2008) la metodología etnográfica consiste en reunir evidencia empírica directamente a través de un trabajo de campo, mediante la observación, la entrevista y los grupos de discusión. Con la observación se trata, por un lado, de conocer los significados y sentidos que otorgan los sujetos a sus acciones y prácticas; por otro, de describir los fenómenos sociales que se generan en los escenarios donde se sitúa la investigación. Con esta técnica se trató, sobre todo, de recopilar datos, de acumular información descriptiva sobre las prácticas sociales significativas; se aplicó en comunidades rurales de cuatro municipios de la región sierra del estado tratando de acceder a las prácticas de las instituciones de socialización (familia, escuela, iglesia, gobierno), en el periodo diciembre 2016-septiembre de 2017 y se utilizó como instrumento el diario de campo.

Los municipios que conforman la región sociocultural en que nos situamos para recopilar los discursos son Bella Vista, Bejucal de Ocampo, La Grandeza y El Porvenir. Los criterios para la selección de estos municipios fueron los siguientes: su población total no supera los 20 mil habitantes, por lo que son preponderantemente rurales; de la población total el 25%, aproximadamente, se encuentra entre los 15 y 29 años; no cuentan con institutos municipales de la juventud; hay por lo menos un centro de educación media superior en cada uno; son municipios con un alto porcentaje de población joven que deja su lugar de origen por razones laborales; son lugares que empiezan a experimentar la introducción de la telefonía celular y la conexión a Internet; las actividades productivas son preponderantemente agrícolas por lo que hay una relación fuerte con la tierra y un sentido de pertenencia ampliamente compartido.

La entrevista, por su parte, es considerada una técnica indispensable en la generación de conocimiento sistemático sobre el mundo social. Según afirma Vela

(2001), la entrevista cualitativa proporciona una lectura de lo social a través de la reconstrucción del lenguaje, en el cual los entrevistados expresan los pensamientos y deseos; por tanto, esta técnica es invaluable para el conocimiento de los hechos sociales. Entre los distintos tipos de entrevista que suelen reconocerse, para esta investigación se utilizó la entrevista semiestructurada y la entrevista a profundidad. En la primera, según Bernard (1988, citado en Vela, 2001), el entrevistador mantiene la conversación enfocada sobre un tema particular y proporciona al informante el espacio y la libertad suficientes para definir el contenido de la discusión. La entrevista a profundidad, por su parte, es entendida como una técnica de investigación cualitativa consistente en encuentros repetidos, cara a cara, entre el investigador y sus informantes, los cuales se orientan a entender las perspectivas del entrevistado sobre su vida, experiencia o situaciones personales tal y como son expresadas por sus propias palabras (Vela, 2001).

La entrevista semiestructurada se utilizó principalmente para recuperar los discursos que los actores institucionales construyen sobre la juventud. En este caso se indagó sobre las nociones de juventud; las representaciones de la juventud desde la institución que cada actor representa; los valores, responsabilidades y derechos atribuidos a los jóvenes en su entorno inmediato, etc. La entrevista a profundidad se utilizó, en casos excepcionales, para recuperar los discursos de los jóvenes en relación con la construcción de su identidad en cuanto que jóvenes rurales. En este caso se recuperó la experiencia de los participantes en relación con sus vivencias en tanto que jóvenes rurales y los significados que moldean o son producidos por sus relaciones con su familia y otras instituciones sociales. En ambos casos se utilizó como instrumento el guion de entrevista y como herramientas grabadora, bloc de notas y bolígrafo.

En cuanto al grupo de discusión, se considera que con la implementación de esta técnica la imagen y valor social de los participantes se construye

fundamentalmente a partir de las opiniones que vierte en el proceso de diálogo, a partir del discurso que produce simultáneamente. En una situación social, como la que constituye el grupo de discusión, una crítica, una discrepancia es un atentado contra la imagen social: un atentado que va a producir una mayor implicación emocional, no sólo porque está en juego la propia imagen, sino también porque las opiniones expresadas son una marca de pertenencia al grupo: la refutación de un enunciado es una valoración negativa del grupo social al que se pertenece y, con ella, de las bases de la identidad (Martín, 1997). Durante la realización de los grupos de discusión se produce una inversión emocional en las propias opiniones —en los esquemas y estereotipos a partir de los cuales se da sentido a la experiencia— que es, a la vez, una inversión en la propia identidad social y en los presupuestos sobre los que se conforma la visión del mundo.

De acuerdo con Martín (1997), una de las ventajas del grupo de discusión respecto a la entrevista en profundidad es la posibilidad de recoger los juegos de censuras estructurales, cambios de marcos, enfrentamientos con los próximos sociales en torno a las prácticas y discursos más «sensatos» o «razonables». El grupo de discusión, según abunda el autor:

Nos proporciona un discurso —un material para el análisis— mucho más rico, tanto cuantitativa como cualitativamente. Cuantitativamente: al tener que negociar el sentido de las prácticas no sólo con el preceptor —al inicio de la sesión—, sino también con los próximos sociales que generan sentidos distintos, los cambios de marco de sentido son más numerosos y las descripciones-legitimaciones de las propias prácticas han de elaborarse más. Cualitativamente: el sentido no se negocia únicamente con un entrevistador-preceptor que, generalmente procedente de otras posiciones sociales, puede imponer una fuerte censura estructural; también —y principalmente— se negocia con los próximos sociales (Martín, 1997, p. 102).

La mayor potencia que se atribuye al grupo de discusión en relación con la entrevista en profundidad suele explicarse como un asunto de homología entre las situaciones sociales de producción del sentido y la situación de interacción de la técnica: como el sentido se elabora grupalmente la técnica adecuada es el grupo de discusión, mientras que la entrevista sólo es pertinente para asuntos más individuales. Canales y Peinado, por ejemplo, afirman que la entrevista abierta es “pertinente cuando la investigación no pretende reconstruir el sentido social de un asunto determinado” (1994, p. 296).

Los grupos de discusión se utilizaron como técnica para involucrar a la mayor cantidad posible de participantes. Esta técnica se implementó principalmente en escuelas de nivel medio superior, con una participación promedio de 10 estudiantes por grupo, entre hombres y mujeres, de entre 16 y 24 años. Al utilizar el grupo de discusión como técnica para recopilar los discursos socialmente distribuidos sobre la juventud, el interés se centró en los siguientes aspectos:

- a) Las opiniones, argumentos, evaluaciones, explicaciones y juicios, tanto de cada uno de los participantes como del grupo como unidad.
- b) Las opiniones, argumentos, evaluaciones, explicaciones y juicios de origen institucional y aquellos que constituyen disrupciones.
- c) Las interacciones entre los participantes y la distribución de roles.
- d) Las secuencias conversacionales que permiten indagar tanto en la forma en que se construyen los contenidos como en el papel que jugaron las interacciones en su producción.

Los primeros dos aspectos responden al plano del contenido y ofrecen información para realizar la categorización, la evaluación, la atribución y el empleo de determinados esquemas, así como la tematización y el posicionamiento de los participantes en relación con las identidades personales y sociales. Estos aspectos se construyeron en el contexto grupal de producción discursiva. Los aspectos c) y d)

ofrecen información relevante para el estudio de los mecanismos conversacionales en relación con las posiciones que los sujetos asumen o promueven, tomando en cuenta los discursos institucionalizados.

Los participantes en todo el proceso de investigación se clasifican del siguiente modo:

- a) Actores institucionales:
 - Padres de familia
 - Maestros de educación media superior
 - Representantes de iglesia
 - Representantes del gobierno municipal
- b) Jóvenes:
 - Hombres y mujeres
 - Escolarizados y no escolarizados

En la siguiente tabla se sistematiza la información sobre los participantes de acuerdo con los municipios en los que se realizó la investigación y en función de las técnicas utilizadas para recopilar los discursos:

Tabla 2. Información sobre los participantes

Municipios	Bella Vista	La Grandeza	Bejucal de O.	El Porvenir
Técnica	Número de participantes (distribución por género)			
Grupo de discusión	G1: 12 (7-H, 5-M) G2: 10 (4-H, 6-M)	G1: 11 (5-H, 6-M) G2: 10 (5-H, 5-M)	G1: 11 (6-H, 5-M) G2: 9 (7-H, 2-M)	G1: 9 (5-H, 4-M) G2: 8 (5-H, 3-M)
Entrevista semiestructurada	PdeFamilia: 12 Escuela: 2 Iglesia: 2 Municipio: 3	PdeFamilia: 10 Escuela: 1 Iglesia: 2 Municipio: 2	PdeFamilia: 8 Escuela: 1 Iglesia: 2 Municipio: 2	PdeFamilia: 8 Escuela: 1 Iglesia: 2 Municipio: 2
Entrevista a profundidad	2 (seleccionados de G1 y G2)	1 (seleccionado de G2)	1 (seleccionado de G2)	1 (seleccionado de G1)
Total	41	36	33	30
				Total de participantes: 140

Sobre la selección de informantes es necesario señalar que cualquier tipo de entrevista debe ser precedida por un trabajo de exploración de los escenarios en el cual se establece la credibilidad y seriedad de la investigación, al tiempo que se diagnostican las facilidades o complejidades para obtener las entrevistas. A diferencia de los procedimientos seguidos en una entrevista de encuesta con muestreos estadísticos, en la entrevista cualitativa se efectúa un muestro de tipo teórico o intencionado, siguiendo un proceso de acumulación de entrevistas adicionales hasta lograr un “punto de saturación” en el cual se considere que se ha captado todas las dimensiones de interés de manera tal que los resultados provenientes de una nueva entrevista no aportan información de relevancia a la investigación. Lo anterior justifica que no haya habido un número establecido de informantes de antemano. Por otra parte, hubo que considerar que los informantes dispusieran del tiempo mínimo para efectuar las entrevistas, ya que el tiempo es un factor decisivo para que la recogida de información pueda realizarse satisfactoriamente.

Para garantizar la confiabilidad de las entrevistas se utilizó lo que Denzin (2009) denomina triangulación: la comparación de los resultados de la propia entrevista con los obtenidos con otras técnicas, con la confrontación de los resultados de otras entrevistas, o bien proporcionando la lectura de estos a los propios informantes para que sean ellos quienes validen los análisis obtenidos. La elección de los participantes que aquí hemos llamado *jóvenes* se realizó a partir del trabajo de campo preliminar y de las entrevistas a los actores institucionales. Con este trabajo previo se consiguió que fueran los propios discursos que circulan en la vida cotidiana los que construyeran lo que la comunidad en estudio considera como *jóvenes*. Con este criterio se trató de no caer en categorizaciones apriorísticas basadas únicamente en la edad, tal como ha sucedido en varias investigaciones y lo que es fuertemente criticado por investigadores de las juventudes.

El hecho de considerar el género y la escolarización obedece a la necesidad de cruzar el discurso sobre la juventud con variables sociales que permitan una mejor explicación de los posicionamientos discursivos de los jóvenes en relación con factores que no están totalmente en el ámbito de sus elecciones. En este caso es necesario mencionar que tanto *juventud* como *identidad* son términos relacionales; es decir, que su significación está determinada por los referentes con los cuales se conjugan: no es lo mismo la juventud urbana que la juventud rural; ser joven y hombre que ser joven y mujer; ser joven de clase alta que joven de clase media, etcétera.

Una vez que se recopiló toda la información necesaria se sistematizó la información obtenida a través de la observación y se realizó la transcripción de las entrevistas y los fragmentos más relevantes de los grupos de discusión con tal de contar con un soporte digital para facilitar el manejo de los datos. Al terminar estas actividades se pasó a la siguiente etapa, que corresponde al análisis de los discursos, para lo cual fue necesario determinar las regularidades discursivas y las ausencias significativas; es decir, se analizó el discurso dentro de, y en comparación con, un campo de acontecimientos discursivos.

Como se mencionó, el análisis crítico del discurso sustenta metodológicamente esta investigación, fundamentalmente por su orientación y su objetivo general. En esta etapa las categorías y unidades de análisis se fueron construyendo a la par del proceso de investigación y del registro de los datos. La aplicación de la regionalización discursiva se realizó a través de las siguientes acciones específicas:

- a) Clasificar los discursos según el marco institucional.
- b) Hacer una breve caracterización de los campos discursivos.
- c) Realizar el análisis del corpus para identificar y exponer las estrategias discursivas.

- d) Reconocer las formaciones discursivas en función del análisis previo.
- e) Identificar los posicionamientos discursivos de los participantes jóvenes en relación con los discursos institucionales.
- f) Evidenciar, a través de una representación gráfica, el funcionamiento de una región discursiva constituida a partir de las nociones de campo discursivo, posicionamiento y posiciones de sujeto.
- g) Enunciar las dinámicas de producción sociodiscursiva de las juventudes e ilustrar sus implicaciones en la construcción identitaria de los jóvenes rurales.

El análisis del discurso de los actores institucionales se realizó en tres niveles:

- Enunciativo. En este nivel se formularon las siguientes preguntas: ¿De qué modos se nombra a las juventudes en el discurso producido por los actores institucionales? ¿Cómo se hace referencia a ellas? ¿Qué rasgos, características y particularidades se les atribuyen a las juventudes? ¿Cómo puede explicarse la aparición de determinados enunciados y no de otros?
- Temático. Las preguntas de este nivel fueron: ¿Cuáles son los temas relacionados con las juventudes más frecuentes en los discursos? ¿Cuáles son las omisiones, los vacíos, los silencios? ¿Qué temáticas permanecen y cuáles desaparecen en los discursos de los diferentes campos discursivos?
- Argumentativo. En este nivel se interrogó ¿a través de qué argumentos y de qué esquemas argumentativos se trata a las juventudes?

3.5. Categorías para el cribaje de los discursos

Las interrogantes planteadas nos remiten a las categorías de análisis útiles para comprender la producción sociodiscursiva de las juventudes desde los campos institucionales. Esas categorías de análisis se concretan en cinco estrategias discursivas básicas, las cuales, desde la propuesta de Wodak (2003), son las

siguientes: referencia, predicación, argumentación, puesta en perspectiva e intensificación/atenuación. En la siguiente tabla puede observarse el cruce entre estas estrategias y los objetivos y los instrumentos que dan cuenta de ellas en los discursos:

Tabla 3. Estrategias discursivas

Estrategia	Objetivos	Instrumentos
Referencia, o modo de nombrar	Construcción de grupos	Categorización de la pertenencia Metáforas y metonimias biológicas, naturalizadoras y despersonalizantes Sinécdoques
Predicación	Etiquetado de los actores sociales (positiva/negativa, desaprobadora/apreciativa)	Atribuciones estereotípicas y valorativas de los rasgos negativos o positivos Predicados implícitos y explícitos
Argumentación	Justificación de las atribuciones positivas o negativas	<i>Topoi</i> utilizados para justificar la inclusión o la exclusión, la invisibilización o el trato diferente
Puesta en perspectiva, enmarcado o representación del discurso	Expresión de la implicación Ubicación del punto de vista del que habla	Comunicación, descripción, narración o cita de acontecimientos y de afirmaciones
Intensificación, atenuación	Modificación de la posición epistémica de una proposición	Intensificación o atenuación de la fuerza ilocucionaria de las afirmaciones

Como puede notarse, las preguntas y las categorías no sólo remiten a saberes que provienen de la lingüística; implican recuperar otros aportes que permitan describir las condiciones de producción de los textos, así como también las de circulación que puedan preverse. Por otra parte, las interrogantes permitieron no sólo cuestionar los discursos y establecer diálogos entre ellos, sino también aplicar distintos marcos interpretativos para lograr una mejor comprensión de las

dinámicas de producción de las juventudes rurales y la construcción de sus identidades.

3.6. Categorías para el análisis del discurso institucional

Este proceso de análisis sigue una línea foucaultiana, particularmente para entender la relación entre discurso y poder, la construcción discursiva de sujetos sociales y el funcionamiento del discurso en el cambio social. Entre todas las valiosas contribuciones de Foucault aquí resulta útil la noción de *formación discursiva*, la cual consiste en una serie de reglas de formación para el conjunto particular de enunciados producidos en una práctica discursiva; esas reglas contribuyen a la formación de modalidades enunciativas y posiciones de sujeto, reglas para la formación de conceptos y reglas para la formación de estrategias. Estas reglas de formación “son constituidas por combinaciones de elementos discursivos y no discursivos y el proceso de articular estos elementos hacen del discurso una práctica social” (Fairclough, 1993, p. 37).

Para identificar las formaciones discursivas sobre la juventud se analizaron los discursos obtenidos a través de las entrevistas a distintos actores institucionales de los cuatro municipios que conforman la región sociocultural. Los participantes se han agrupado de acuerdo con la institución social que representan:

Tabla 4. Actores institucionales

Familia	Escuela	Iglesia	Gobierno
Padres y madres	Profesores de escuelas de nivel medio superior	Pastores y sacerdotes	Presidentes municipales, regidores y encargados de las comisiones municipales de atención a la juventud

Para la formulación de las formaciones discursivas el análisis de los discursos obtenidos siguió un proceso como el que se ilustra:

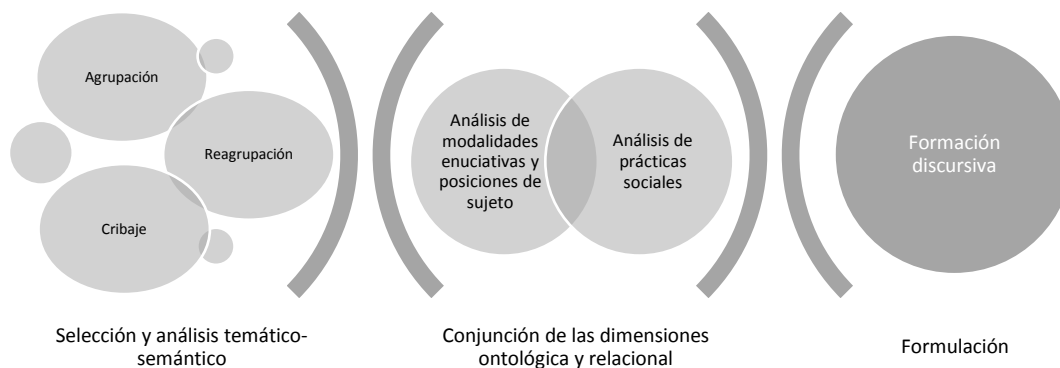


Figura 4. Proceso para formulación de formaciones discursivas

El análisis partió de la agrupación de los discursos en función de su adscripción institucional. Enseguida se realizó un procedimiento de cribaje que consiste en separar los enunciados en función de sus configuraciones temáticas. Luego se reagruparon por campo y por tema para proceder al análisis. La segunda fase consistió en analizar las modalidades enunciativas (cómo se crea el objeto o concepto y cómo se habla de él) y los posicionamientos o posiciones de sujeto que se establecen en cada campo. Esta fase también implicó analizar las prácticas sociales para observar el funcionamiento del discurso en el ámbito de las relaciones sociales.

En nuestro análisis las formaciones discursivas aparecen como expresiones que engloban una dimensión ontológica, es decir, que *crea* los objetos y conceptos del discurso, y otra relacional, que establece la modalidad de relación entre el sujeto enunciator o productor de discurso y los objetos y conceptos que se crean en el discurso. Las formaciones discursivas también implican la existencia de modalidades de enunciación y elecciones temáticas, por lo que su expresión implica la utilización de formas adjetivas sufijadas con *-ismo* o *-ista* (como en *adultocentrismo*

y *culturalista*), lo que indica la inclinación de la producción de objetos o conceptos a un macrotema dominante (*lo adulto* o *lo cultural*, para continuar el ejemplo).

Si bien las formaciones discursivas son entendidas como series de reglas, nosotros consideramos que en tanto series pueden enunciarse, lexicalmente, a través de formas adjetivas sufijadas, de tal modo que sintetizan, al mismo tiempo, la formación de conceptos y el posicionamiento de los sujetos y expresen la condensación del carácter ideológico de los discursos. Como resultado del análisis, se establecieron las siguientes formaciones discursivas: sociopatologismo, psicologismo, culturalismo, naturalismo y sociologismo.

3.7. Categorías para el análisis del discurso juvenil

El concepto de posicionamiento es utilizado en el análisis de los discursos para poder identificar las identidades que se producen en ellos. A partir de presupuestos obtenidos de la sociología, la antropología y la psicología discursiva sostenemos que las identidades no se producen en un espacio vacío, sino en la estructura de relaciones objetivas entre posiciones en los diferentes campos sociales. Esta estructura determina las formas que pueden revestir las interacciones simbólicas entre agentes y la representación que estos pueden tener de la misma. Se puede decir, desde esta perspectiva, que la identidad “no es más que la representación que tienen los agentes de su posición en el espacio social y de su relación con otros agentes que ocupan la misma posición o posiciones diferenciadas en el mismo espacio” (Giménez, 2009, p. 47).

La dimensión discursiva y el carácter relacional e intersubjetivo de la identidad son aspectos fundamentales para el desarrollo de la investigación, ya que permiten articular el problema de la construcción identitaria, implícita toda referencia conceptual y contextual, con la consideración del discurso como práctica social. Así

mismo, estos aspectos permiten entender la relevancia de atender los modos en que se posicionan los sujetos en el discurso y la conformación de las formaciones discursivas para comprender, finalmente, cómo construyen sus identidades los jóvenes rurales en relación con las instancias de socialización que constituyen campos discursivos particulares.

El análisis de los posicionamientos implica hacer la distinción entre asumir una posición y posicionarse. Lo primero hace referencia a la determinación sociocultural del sujeto, a su contingencia, al lugar que se le asigna en la cadena significativa producida por otros enunciadores y que él asume como su deber ser; lo segundo se refiere al despliegue de sus recursos y a la constitución de su posición como agente (que tiene capacidad de obrar y que, de hecho, lo hace, en diferenciación o, incluso, oposición al discurso que lo nombra) o como actor (que siendo él mismo representa un papel) en un discurso que, aunque producido por él mismo, es interdiscursivo (que adquiere sentido por su referencia/relación con otros discursos).

Para identificar cómo las personas jóvenes se posicionan (qué posiciones de sujeto asumen y promueven) en su discurso, se analizó la información obtenida a través de los grupos de discusión. Los posicionamientos que pudieron identificarse son los siguientes: para las posiciones impuestas: ser inseguro, ser incompleto, ser desviado/desorientado, ser rebelde y ser sin tiempo. Las posiciones promovidas son: ser independiente y ser diferente.

SEGUNDA PARTE

PRODUCCIÓN SOCIODISCURSIVA Y CONSTRUCCIÓN IDENTITARIA DE LAS JUVENTUDES RURALES

Capítulo IV. Antecedentes de la investigación sobre juventudes rurales

Introducción

El campo de los estudios sobre juventud ha experimentado un gran crecimiento, particularmente en los últimos cuarenta años, y en su desarrollo pueden observarse temáticas y perspectivas diversas. Al hacer una revisión de la extensa bibliografía que se ha producido en este campo, puede constatar que gran parte de las primeras obras sociológicas tuvieron antecedentes en estudios con enfoque psicológico, los cuales se desarrollaron en centros de estudios ingleses, alemanes y norteamericanos, y con énfasis en el concepto de *adolescencia*. Con el paso de los años empezaron a surgir otros enfoques de análisis en los cuales la categoría *juventud* dejó de definirse a partir de un carácter individual y empezó a adquirir matices de fenómeno social.

Al recorrer la trayectoria de las investigaciones sobre juventud enmarcadas en las perspectivas sociológica y antropológica durante la segunda mitad del siglo XX y lo que va del XXI, se pueden observar distintas tradiciones de investigación, las cuales muchas veces se desarrollan sin referencias mutuas pero que han contribuido con el fortalecimiento del campo de estudios sobre la juventud. Estas tradiciones se han desarrollado en diferentes contextos culturales y políticos. Particularmente en América Latina, sobre todo a partir de los años 80, la producción de trabajos en este campo experimentó una gran riqueza y diversificación, por lo que ahora pueden distinguirse diversos enfoques, escuelas, perspectivas, visiones teóricas y

metodologías, lo cual, en su conjunto, es necesario reconocer para poder ubicar este trabajo de investigación.

En este capítulo se realiza un recorrido tanto histórico como temático de la investigación sobre juventud. La revisión de la producción en este campo de estudio no es exhaustiva: pretende, únicamente, delinear los periodos históricos y esbozar las líneas generales que los trabajos de investigación han seguido. En primer lugar, se expone la información recuperada de la revisión bibliográfica sobre la investigación en América Latina. Después, algunos datos relevantes sobre la investigación en México y, posteriormente, sobre la región sureste. Al final, se expone la información sobre la inclusión de la juventud rural como objeto de estudio en el más extenso campo de la sociología de la juventud.

4.1. La investigación sobre juventud en América Latina

A partir de 1985, aproximadamente, la confluencia de diversos factores, como la crisis de los paradigmas teóricos aplicados a los problemas sociales en Latinoamérica, la declaración del “Año Internacional de la Juventud” por la Organización de Naciones Unidas y el reconocimiento de nuevas fuentes de financiamiento supracontinentales, con un interés muy evidente en el tema de la juventud, permitió el surgimiento de nuevas aproximaciones que abrieron el campo a una investigación particular sobre la condición juvenil. En este contexto comenzaron a formularse, cada vez con mayor fuerza, varias cuestiones vinculadas con la participación de los jóvenes en la sociedad.

La investigación sobre juventud en América Latina está muy poco documentada. Los trabajos más relevantes son el de Braslavsky, *Estudios e investigaciones sobre juventud en América Latina: balance y perspectivas* (1989), que es un capítulo de la obra *Mitos, certezas y esperanzas. Tendencias de las*

investigaciones sobre juventud en América Latina, de Rodríguez y Ottone; y el de Rodríguez y Dabezies, *Primer Informe sobre la Juventud de América Latina, 1990* (1991). El de Braslavsky es uno de los más relevantes, pues su proyecto buscó articular la primera Red Latinoamericana de Expertos sobre la Juventud. El informe de esta autora destaca tres etapas: la ensayística, el predominio de la sociología y la etapa del Año Internacional de la Juventud. El trabajo de Rodríguez y Dabezies, por su parte, cobra importancia porque constituye una síntesis de muchos de los avances en investigación en la región.

De acuerdo con Braslavsky (1989), la etapa ensayística abarcaría el periodo 1930-1960 y en ella destacan dos grupos: los pioneros de la teoría generacional y el histórico-crítico. El primer grupo tiene un origen positivista y asume, siguiendo a Ortega y Gasset, que las generaciones actúan como el agente principal en la dinámica social. En este grupo destaca el español Julián Marías, quien desde Argentina desarrolló ese carácter generacional como forma de vida determinada histórica y no biológicamente. El grupo histórico-crítico incluye a José Martí, Vicente Lombardo Toledano y Aníbal Ponce. Estos autores pusieron en evidencia, a través de conferencias y cursos, su conocimiento y preocupación por los jóvenes de sus naciones.

La segunda etapa, caracterizada por el predominio de la sociología, abarca el periodo de 1960 a 1980. En esta etapa ya pueden reconocerse trabajos de investigación propiamente y, del mismo modo que en la etapa anterior, pueden distinguirse en ella dos grupos: uno, que se ocupa de los jóvenes universitarios, y otro de los jóvenes en general, aunque ambos mantienen cierta vinculación con el Instituto Latinoamericano de Planificación Económica y Social (Ilpes). Durante esta etapa surge lo que podemos llamar el primer estado del arte de la investigación en juventud; se trata del trabajo *La juventud latinoamericana como campo de investigación social*, que fue desarrollado por José Medina en 1967. Los autores que

destacan en esta etapa son Aldo Solari, quien propone el abordaje de los jóvenes como categoría estratificacional y como ciudadanos; y Gurrieri, Torres-Rivas, González y Vega, con uno de los textos clásicos en este campo: *Estudios sobre la juventud marginal latinoamericana* (1971). En esta obra los autores se proponen explorar algunos aspectos de los problemas de la juventud latinoamericana y su objetivo no es la juventud universitaria, sobre la que se ha concentrado casi toda la investigación realizada en la región sobre el tema, sino los olvidados o postergados socialmente.

Braslavsky llama *contemporánea* a la tercera etapa, que comprende los años 1982 a 1986. Durante este periodo la investigación sobre juventud se multiplica en comparación con lo que se había producido en las etapas anteriores. El aumento del interés, de acuerdo con la autora, se debe a cuatro factores: las transformaciones de la juventud, el festejo del Año Internacional de la Juventud, las crisis de las sociedades latinoamericanas y el renacimiento de las democracias en el continente (Braslavsky, 1989). En esta etapa también destaca el apoyo que los investigadores recibieron por parte de instituciones, como la ONU y la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (Cepal).

Durante esta tercera etapa muchos estudios se basaron en fuentes secundarias y no propiamente sobre jóvenes, sino sobre “menores”. Por otra parte, es en este periodo donde se empiezan a observar los estudios sectoriales: jóvenes y empleo; salud reproductiva; participación ciudadana, entre otros. De menor representatividad, pero de mayor valor, son los estudios que se basan en trabajo de campo, con entrevistas y encuestas, principalmente sobre jóvenes de espacios urbano-marginales, estudiantes universitarios y proyectos de trabajo juvenil (Braslavsky, 1989).

De acuerdo con Braslavsky (1989), los estudios de juventud en América Latina en los años 80 constituyeron intentos de descripción y análisis de aspectos

particulares del desarrollo y la incorporación social de los jóvenes; sin embargo, muy pocos trabajos constituyeron intentos teóricos más amplios. Una excepción en esta tendencia son los trabajos *Juventud estudiantil-juventud popular: relación difícil, relación posible*, de Zermeño (1987), y *Juventud popular y bandas en la ciudad de México*, de Castillo, Zermeño y Ziccardi (1988). Estos autores, ubicados en el contexto mexicano, a partir del paradigma de la acción social y del análisis de Touraine sobre el modelo de desarrollo latinoamericano, llevaron a cabo una serie de aproximaciones de mucha importancia para la comprensión del joven como actor social en su lucha por la integración o por la supervivencia en el marco de la exclusión (Braslavsky, 1989).

El trabajo de Rodríguez y Dabezies (1991) hace otra revisión del estado de las investigaciones sobre juventud en el continente. El estudio es encargado por la III Conferencia Iberoamericana de Juventud (celebrada en 1989) y se publica con el título *Primer Informe sobre la Juventud de América Latina, 1990*. De acuerdo con los autores, el propósito de la publicación es constituir “la columna vertebral sobre la cual la conferencia articulará el proceso investigativo en los años sucesivos” (citados en Pérez, 2006, p. 149). Este *Primer Informe* contiene los resultados y los principales hallazgos encontrados en la población juvenil; no se preocupa por el tipo o caracterización, metodología o presupuestos conceptuales de las investigaciones revisadas.

Como lo señalan sus autores, el *Primer Informe* conjunta y sistematiza todo el material que existía sobre la juventud y se hallaba disperso hasta el momento (Rodríguez y Dabezies, 1990). En su estructura pueden diferenciarse cinco apartados: el primero trata el contexto de modernización y crisis de América Latina, así como el desarrollo del concepto de juventud y una caracterización demográfica de la población joven; el segundo apartado se refiere a las áreas sectoriales relacionadas con los jóvenes: salud, empleo y educación; en el tercer apartado se exponen cuatro sectores juveniles, con énfasis en los estudios: universitarios,

juventud popular urbana, rural y mujeres jóvenes; en el cuarto apartado se refieren tres aspectos particulares de los comportamientos juveniles: la cultura y el deporte, la violencia y las formas participativas en las democracias reinstauradas. Finalmente, en el último apartado, los autores plantean los desafíos de las futuras investigaciones en América Latina.

La importancia de la obra de Rodríguez y Dabezies, además de su intento bien logrado por sintetizar muchos de los avances en la investigación sobre juventud en América Latina, radica en los retos que plantea para los trabajos posteriores. Esos desafíos son formulados del siguiente modo: desarrollar una estadística básica de primera mano; diversificar los análisis de sectores juveniles específicos; apoyar los procesos de indagación en los países con poca actividad; ampliar la cantidad de disciplinas involucradas en la investigación de juventud para generar trabajos interdisciplinarios; establecer fuertes relaciones con el campo de las políticas de juventud; generar espacios institucionales para que los equipos de investigación tengan un espacio más estable de desarrollo y consolidar los avances teóricos en la materia (Rodríguez y Dabezies, 1990, citados en Pérez, 2006).

Para hacer frente a estos desafíos, los mismos autores propusieron un programa de investigaciones básicas sobre juventud con dos ejes: el primero se refiere a la exclusión, la cual, aunque afecta a amplios sectores de la población en nuestro continente, es más grave en el caso de los jóvenes, pues son quienes enfrentan mayores limitaciones en sus expectativas de vida y de participación; el segundo eje se refiere a las dimensiones estructurales de la inserción social de los jóvenes. Este segundo eje considera tres prioridades: relación educación-empleo; actitudes juveniles en relación con las instituciones de socialización y la profundización en sectores específicos. Por último, los autores señalan que es necesario conjuntar metodologías y técnicas cuantitativas y cualitativas para obtener

conocimientos más enriquecedores y facilitar así la difusión de los resultados y conseguir fuentes de financiamiento.

El trabajo de Rodríguez y Dabezies resulta de interés, además, porque plantea ya la necesidad de abordajes interdisciplinarios para poder comprender las diversas situaciones de los jóvenes en el continente. Si bien señalan la necesidad de articular metodologías cuantitativas y cualitativas, su trabajo constituye un primer paso en el proceso de alejamiento de las investigaciones sobre juventud de un interés meramente estadístico y demográfico, con el propósito de recuperar las voces de los jóvenes e incorporarlas en nuevos proyectos de trabajo a partir del reconocimiento de sus necesidades particulares.

Después de los trabajos de Braslavsky y Rodríguez y Dabezies han aparecido otros textos relevantes que buscan realizar un diagnóstico de las condiciones de los jóvenes en América Latina y analizar la incidencia de las políticas públicas en este sector. Entre esos trabajos destacan tres: el primero, *Proyecto de investigación: Políticas de Juventud en América Latina: evaluación y reformulación*, estuvo centrado en analizar las políticas de juventud; sin embargo, durante su desarrollo propició también muchos avances en el conocimiento de los jóvenes. Este trabajo estuvo coordinado por Ernesto Rodríguez y contó con el apoyo de la Organización Iberoamericana de Juventud y del Centro Internacional de Investigaciones para el Desarrollo (CIID) de Canadá.

El segundo de estos trabajos, *Juventud, población y desarrollo en América Latina y el Caribe. Problemas, oportunidades y desafíos*, se publica en el año 2000 con apoyo de la ONU y retoma muchos de los resultados del trabajo anterior. Se centra en la información estadística que proporcionan otras fuentes y su estructura refleja las tradicionales clasificaciones sectoriales: empleo, educación y salud. A pesar de lo anterior, este trabajo permite el surgimiento de nuevas temáticas, como la migración, la apropiación del rock y las nuevas formas de expresión y representación juvenil.

Finalmente, el tercer trabajo, *La juventud en Iberoamérica. Tendencias y urgencias*, aparece en 2004; fue coordinado por Martín Hopenhayn y producido desde la Cepal. La relevancia de este trabajo radica en que incorpora varios aspectos importantes para el campo de la investigación sobre juventud: compila información de Latinoamérica, de España y Portugal; contiene un apartado donde se analizan las relaciones de los jóvenes con sus familias; abre el tema de la pobreza en relación con la población juvenil; incluye un capítulo sobre los consumos culturales y las sensibilidades juveniles; termina con una propuesta de indicadores para dar seguimiento a la situación de los jóvenes iberoamericanos e incorpora las encuestas nacionales de juventud a sus fuentes de información.

Además de los documentos reseñados, se han producido en Latinoamérica otros trabajos que han contribuido a la conformación del campo de estudio de la juventud. Sin embargo, a diferencia de los anteriores, que abarcan una diversidad de temas y perspectivas, la mayoría de los trabajos producidos en los últimos años se refieren a las áreas de sexualidad y salud reproductiva, al trabajo y a la educación, siempre financiados por organismos internacionales o locales especializados. Como señala Pérez (2006), “por desgracia, en otros ámbitos como la cultura, la participación, etc. no existen este tipo de instituciones ni de proyectos” (p. 151).

Otros campos en los que surgen estudios vinculados con los problemas de la juventud son la sociología educacional y la sociología del trabajo. Los estudios que se ubican en estos campos se enfocan en la relación entre educación y trabajo y en particular en el problema de la transición al mercado laboral de los jóvenes más vulnerables. De acuerdo con Jacinto (1996) y Filmus y Miranda (1999), al ubicar sus análisis en el contexto argentino, sostienen que el aumento del desempleo juvenil y de la exclusión de los jóvenes conduce al análisis de la polarización creciente y diferenciación de las condiciones de vida de los grupos juveniles existentes:

estudiantes, juventud popular urbana, mujeres jóvenes, jóvenes del medio rural, jóvenes obreros, etc.

Los estudios sobre la condición juvenil en Latinoamérica reciben otro fuerte impulso con la constitución de la Organización Iberoamericana de Juventud (denominada actualmente Organismo Internacional de Juventud para Iberoamérica) en 1992. Con la fundación de este organismo se logró la cooperación internacional, lo que propició la realización de estudios nacionales, subregionales, temáticos y particularmente un estudio regional sobre juventud y políticas de juventud en América Latina. La consolidación de este organismo ha permitido y, en cierto sentido, obligado a los países miembros a realizar informes o encuestas nacionales de juventud; al mismo tiempo, la atención a este grupo etario se ha ampliado por los estudios promovidos por el propio organismo y por la Cepal (Hopenhayn, 2004).

Desde mediados de la década de los 90 puede observarse que, al mismo tiempo que los estudios impulsados o realizados por instancias gubernamentales de los países de América Latina y de organismos supranacionales (Cepal, ONU, OIJ), se va conformando otro cuerpo de investigaciones sobre la condición juvenil en el ámbito académico. Es en este periodo donde puede observarse una transición en las formas de abordar el tema de la juventud. Si en la década anterior la investigación se caracterizó por la homologación del joven con la condición de estudiante, por la centralidad de la idea de moratoria y por la abundancia de estudios por encuesta, a partir de la década de los 90 los enfoques de investigación configuraron una “nueva condición” para la juventud. Es en este contexto donde se configura una mirada de mayor profundidad teórica y analítica en función de las particularidades de la región (Krauskopf, 2010).

Los estudios sobre juventud en América Latina también se han visto influidos por la teoría de investigadores del sur de Europa, principalmente en temas como transición educación-trabajo (Casal, 2000); culturas juveniles (Feixa, 1998) y

juventud y tiempo (Leccardi y Feixa, 2011). Toda la producción académica de los últimos años ha sido muy significativa, por lo que resulta difícil establecer la preponderancia de un enfoque, ya que su apertura conceptual y metodológica ha permitido incorporar otras nociones, como las de trayectorias, transiciones y situaciones sociales de la juventud. Como resumen, puede señalarse, de acuerdo con Feixa y González (2006), que la investigación sobre juventud en el continente ha seguido una ruta que va de la visión estatal de una “juventud a educar y disciplinar”, en los años cincuenta, a una “juventud a controlar y sancionar” en los años sesenta. A partir de los años ochenta la ruta se acerca más a la toma de consciencia de la crítica situación de los jóvenes, de sus problemas más recurrentes y de sus necesidades particulares.

4.2. La investigación sobre juventud en México

La investigación sobre juventud en México, así como en América Latina, ha seguido diferentes rutas, con distintas bases teóricas, metodologías y temáticas, que van desde las más simplistas y limitadas hasta las más completas e innovadoras. Al hacer un recorrido por los diversos estudios que se han realizado sobre la juventud en México puede observarse, tal como sostiene Reguillo (1998), que los primeros investigadores mexicanos encargados de estudiar a la juventud enfocaron sus esfuerzos desde perspectivas descriptivo-prescriptivas y de carácter analítico-interpretativas. De acuerdo con la autora, las primeras analizaron la juventud desde la noción de desviación con énfasis en las prácticas juveniles de sectores marginales; las segundas se centraron en la comprensión de distintas configuraciones identitarias y prácticas juveniles de ciertos grupos de jóvenes.

Uno de los primeros trabajos, ubicado en la línea de producción de teoría sobre la condición juvenil, es el de Luz María Guillén (1985), “Idea, concepto y significado

de la juventud". Esta autora planteó una discusión teórica en torno al significado de juventud y consideraba que esta etapa de la vida debe entenderse como un producto social, determinado por el lugar que los jóvenes ocupan en la estructura jerárquica de la sociedad y por el tipo de relaciones que establecen con las otras instancias sociales. Otro de los aportes importantes de la obra de Guillén es el hecho de considerar la juventud como producto de las relaciones de poder; en este sentido, la autora considera que la diferencia de edades, o la jerarquización de la sociedad por edades, propicia el establecimiento de relaciones de dominación entre generaciones, donde la preocupación de los adultos sobre los jóvenes se centra en la formación y el control que se pueda ejercer sobre ellos.

Al revisar la bibliografía existente sobre el estudio de la juventud en México pueden identificarse otros antecedentes, además de las aportaciones teóricas descritas en los párrafos anteriores. El conjunto de estudios revisados puede organizarse en dos grandes ejes: trabajos sobre identidades juveniles y trabajos de análisis global de la juventud. Los primeros tienen un carácter etnográfico y están más relacionados con grupos juveniles específicos, como los chavos banda, cholos, fresas, rockeros, darks, punks, entre otros. Los trabajos del segundo eje abordan temas educativos, de salud, demográficos, laborales, de participación política y género, principalmente, y en muchos casos constituyen grandes bases de datos a nivel nacional, ya que son impulsados o desarrollados por instancias de gobierno, como el Inegi y el Imjuve.

En relación con el primer eje, y para comprender el surgimiento de las culturas juveniles en México, es necesario tomar en cuenta el contexto imperante en los años ochenta del siglo pasado. Ese periodo estuvo marcado por la crisis económica, política y social a nivel nacional, lo cual tuvo múltiples efectos en todos los ámbitos de la vida. En cuanto a la juventud, los estudios revisados permiten observar que el sistema social en general no contaba con espacios suficientes para garantizar la

inserción de los jóvenes en la sociedad. Esta situación se evidencia, de acuerdo con Urteaga (2000), con el agotamiento del “estereotipo construido por la sociedad mexicana sobre el ser joven” (p. 405). Por otro lado, en este contexto se puso de manifiesto la emergencia de nuevos actores: los jóvenes urbano-populares y de los barrios marginales, es decir, los chavos banda y los cholos, en Ciudad de México y el norte del país, respectivamente.

Las diversas investigaciones que se han realizado sobre la juventud en México en el eje de análisis global pueden agruparse según los temas centrales; así, puede observarse que existen estudios demográficos, sobre problemáticas educativas, laborales y migratorias, sobre adicciones y sobre sexualidad. Los estudios demográficos sobre los jóvenes inician con los Censos de Población y Vivienda realizados por el Inegi y aportan datos relacionados con la edad, el género, la distribución geográfica y la ocupación. Sin embargo, este tipo de estudios homogeneiza la diversidad de la condición juvenil, por lo que en los últimos años se han realizado las encuestas nacionales de juventud (2000, 2005, 2010) y un Censo de Valores de la Juventud (2012), que pretenden superar esa homogeneización al dar cuenta de las realidades específicas de los jóvenes mexicanos.

Existen también otras investigaciones centradas en la educación de los jóvenes en México. Estos estudios pueden organizarse según los propósitos que persiguen; así, pueden reconocerse aquellos que buscan analizar los rasgos sociodemográficos de los estudiantes y sus prácticas escolares (Sosa, 2002; Silva, 1996; Taborga, 2003); otros (Rendón y Salas, 2000; Miranda, 2003; Izquierdo, 1998), se han enfocado en el análisis de la formación que se le otorga a la juventud y su relación con los empleos que obtienen. Otros trabajos se centran en proponer una reestructuración de los planes y programas de estudio para ajustar la formación de los jóvenes al proceso de reestructuración económica (Guzmán, 1994). Finalmente, hay otra línea de investigación que se enfoca en el análisis de la transición de la juventud del mundo

de la escuela al mundo del trabajo. Estas investigaciones, de manera general, muestran los cambios en la situación laboral de los jóvenes en los últimos años (Brunet, 2004).

Otro de los temas que ha ido ganando terreno en el campo de la investigación sobre juventudes es la migración. La relevancia de este fenómeno es porque constituye una consecuencia de la explosión demográfica y de la crisis económica que sufre el país y porque afecta en una proporción mayor a los jóvenes. De acuerdo con García (2006) el problema de la migración se ha incrementado durante los últimos años y la población juvenil representa alrededor del 70% del total de emigrantes hacia Estados Unidos. En esta línea de investigación destacan los trabajos realizados sobre la migración de jóvenes indígenas, la vulnerabilidad de los migrantes y la discriminación que enfrentan en el país de destino (Reyes, 2006).

Otro grupo de estudios se enfoca en temas de salud y en esta línea destacan trabajos sobre sexualidad y adicciones. Los estudios sobre salud, de manera general, se enfocan en el análisis de las situaciones patológicas que padecen y preocupan a la juventud; son impulsados o realizados por instancias gubernamentales, como el Inegi o el Imjuve, y parten del reconocimiento del acceso que tiene la población joven a las instituciones de salud. En cuanto al tema de la sexualidad, Rodríguez (2000) resalta cuatro aproximaciones: estudios antropológicos y psicosociales; estudios demográficos; estudios médicos y epidemiológicos y los demoantropológicos. Desde la primera se analiza la sexualidad juvenil de las regiones rural e indígena del país (González, 1995); a través de la vertiente psicosocial se estudia la psicología de las mujeres jóvenes que tienen vida sexual activa (Rodríguez, 2000).

La aproximación sociodemográfica se ha enfocado en el conocimiento de las pautas reproductivas de la juventud, uso de anticonceptivos, prácticas sexuales, enfermedades de transmisión sexual, edad de la primera relación sexual, entre otros (Stern, 1998; Pérez y Morales, 1996; Welti, 1998; Saavedra, et al., 2007). Desde esta

aproximación la población de mayor interés han sido los estudiantes y los temas recurrentes han sido las prácticas sexuales femeninas, aunque en los últimos años pueden observarse estudios sobre derechos reproductivos, homosexualidad, aborto y masculinidades (Vendrell, 2002; Montesinos, 2002). La aproximación de estudios médicos y epidemiológicos se ocupa de la salud de ciertos grupos de jóvenes.

En relación con el problema de las adicciones pueden distinguirse estudios tanto cuantitativos como cualitativos. En los primeros se encuentran trabajos descriptivos que se han enfocado en el conocimiento de la distribución y el consumo de sustancias; actitudes y creencias de los jóvenes y de los grupos con los que conviven (Mariño, et al., 2000; SEP, 1993). Por su parte, los estudios de corte cualitativo se caracterizan por el empleo de métodos etnográficos para estudiar grupos de población específicos reconocidos como marginales y de alto riesgo (Romero, 1997; Reyes, 1998).

Otra línea de investigación en los estudios sobre la juventud en México la constituyen aquellos trabajos que analizan la participación política. Los primeros estudios con esta temática se caracterizan por desarrollarse desde la visión de la política vinculada únicamente con lo partidario y el proceso electoral y por el análisis de la relación de la juventud con estas instancias y procesos (Crespo, 1989, 1990; Pacheco, 1991). Un aporte importante de este enfoque fue mostrar que la juventud de la década de los 90 participaba en la política con una tendencia más amplia hacia la pluralidad, en relación con la generación anterior.

Actualmente puede observarse que esta línea de investigación se ha reconfigurado, pues ahora muchos trabajos incorporan el análisis de las diversas prácticas políticas de los jóvenes y su aportación para la construcción de ciudadanía. Cisneros (1998), por ejemplo, al hablar de los estudios sobre juventud, señala una transición de minorías desviadas a minorías activas; estas últimas se caracterizan por mostrar una mayor conciencia de la situación de exclusión y marginación que

sufren. Otros trabajos que se sitúan en esta línea muestran que la poca participación de los jóvenes en los asuntos públicos puede explicarse por su débil o inexistente vinculación con las instituciones, lo que se traduce en su percepción de ser actores desconocidos que no son suficientemente representados en el engranaje político imperante (Calderón, 2008; Ramos, 2004).

Además de las líneas y aproximaciones descritas, en los últimos años puede observarse el surgimiento de otras que incorporan nuevas variables de análisis, como el género, la violencia y la juventud rural. Los estudios de género, si bien conservan temas como la sexualidad y la salud reproductiva, han incorporado el tema de la masculinidad (Montesinos, 2002; Vendrell, 2002) y han enfatizado el estudio de situaciones relacionadas con la desigualdad, marginalidad y violencia que viven las mujeres jóvenes (Ramos, 2002; Riquer y Tepichín, 2001; Silveira, 2001). Esto último ha permitido conocer los problemas y, sobre todo, ha propiciado que el discurso sobre la juventud actual no siga considerando a las mujeres jóvenes en términos secundarios. Los estudios que se agrupan en torno al tema de la juventud rural dan cuenta de aspectos tales como la conceptualización de la juventud rural y los problemas que enfrenta este grupo poblacional (invisibilización, aislamiento, pobreza, marginación, discriminación, falta de acceso a ciertos satisfactores, entre otros) (Bevilaqua, 2009; Bonfil, 2001; Durston, 1998). Aunque esta línea de investigación muestra la creciente preocupación por la juventud rural e indígena del país, lo cierto es que falta mucho trabajo que hacer en relación con las problemáticas de este sector que ha quedado tan marginado de la actual política juvenil.

Por su parte, en los estudios centrados en la violencia juvenil pueden distinguirse dos posturas. Por un lado, algunos trabajos, como el de Tenorio (1975), señalan que la violencia es un aspecto intrínseco de la propia condición juvenil; por otro, se ha tratado de desmitificar los estereotipos (Navarro, 2004) que el discurso dominante sobre la juventud generó al categorizar a ciertos grupos juveniles como

delincuentes. La primera postura acusa un manejo ideológico de la noción de juventud, lo que, de acuerdo con Salazar (1998), provocó la exclusión de un importante número de jóvenes de la sociedad, principalmente por su vinculación con el crimen organizado; la segunda postura, por su parte, ha obligado a repensar desde el imaginario social los espacios de inserción que la sociedad debe generar para su población joven.

Las aportaciones teóricas de Guillén (1985) siguen teniendo relevancia en los estudios sobre juventud en el campo de las ciencias sociales; sin embargo, es necesario que esas propuestas teóricas se reformulen a la luz de los cambios que la sociedad globalizada ha introducido en las dinámicas vitales de los jóvenes; como ejemplo, actualmente podemos observar que el auge y la mayor penetración de las tecnologías de información han transformado el rol de ciertos grupos de jóvenes en relación con los adultos, pasando de la subordinación a una mayor participación en sectores particulares.

Es necesario mencionar, también, que después de 1985 los aportes teóricos en materia de juventud fueron muy escasos; lo anterior, aunado a la falta de difusión y, sobre todo, al estancamiento de las producciones sobre el tema, propició que el número de investigadores en este campo se fuera reduciendo y el tema se empolvaba. Sin embargo, hacia finales de 1990 se pudo observar el resurgimiento del interés de la academia por discutir el concepto de juventud y atender las problemáticas que le aquejaban. Este hecho se tradujo en la multiplicación e importancia de nuevas investigaciones sobre el tema. En este nuevo periodo los estudios se caracterizaron por su orientación a los jóvenes integrados y a sectores juveniles excluidos (Hermo, 1998). Otra característica de estos estudios es que seguían una postura hermenéutico-interpretativa, la cual, de acuerdo con Reguillo (2000, p. 108) trata de "conciliar la oposición exterior-interior como parte de una tensión indisociable a la producción del conocimiento científico".

Del conjunto de investigaciones que se han venido realizando en México en torno a lo juvenil, destacan varias aportaciones teóricas en relación con la organización y las culturas juveniles. Con respecto al primer tema resaltan las contribuciones de García (1985) en su obra *¿Qué transa con las bandas?* donde analiza la “cultura del desmadre”, que pasó de ser un fenómeno pasajero a una provocación en el campo de la sociología. Reguillo (1998) propone, al respecto, que el concepto de organización juvenil debe observarse a partir de dos nociones: ámbitos de agregación, relacionado con el espacio-tiempo de acuerpamiento de los jóvenes, y ámbitos de interacción, que es el espacio-tiempo del contacto entre los jóvenes y su alteridad. En este sentido, para Reguillo (1998), el concepto de *organización juvenil* debe entenderse a partir de la articulación integración-interacción que caracteriza la relación de los jóvenes al formar parte de un grupo u organización particular.

La perspectiva de análisis de la organización juvenil permite entrever el carácter polisémico del concepto de juventud, al considerar la clase social a la que pertenece el joven como una marca fundamental de las características de sus expresiones. La relevancia de esta noción es que permite explicar, en cierta medida, el hecho de que los jóvenes, al formar estas organizaciones, busquen suplir las funciones tanto del Estado como de la sociedad, quienes las han dejado de lado; por otra parte, propicia la visibilización del agotamiento del paradigma tradicional que ubicaba a los jóvenes de manera funcional en la estructura formal de la sociedad. Dadas estas consideraciones, Reguillo (1998) sostiene que la agrupación de los jóvenes se produce con el fin de ser observados y atendidos por las políticas y los programas de gobierno, de los cuales se han visto excluidos.

Otra de las aportaciones teóricas que se deriva de los trabajos de García y Reguillo es la cuestión de la identidad, la cual está relacionada con los diferentes estilos que adoptan las agrupaciones juveniles. La identidad que los individuos se forjan en el seno del grupo social al que pertenecen les permite diferenciarse de otros

grupos sociales y constituye lo que se ha denominado una cultura juvenil. Esto puede observarse, por ejemplo, en grupos de jóvenes de comunidades populares, quienes construyen una forma de ver el mundo de manera subalterna, con lo que propician el surgimiento de referentes nuevos que se oponen a la cultura hegemónica y la concreción de estrategias para que su heterogeneidad sea reconocida.

Otro aporte de relevancia para el estudio de la juventud en México, en relación con las identidades juveniles, es el trabajo de Brito (2002), que en su artículo *Identidades juveniles y praxis divergentes: acerca de la conceptualización de la juventud*, sostiene que la construcción del sujeto juvenil se debe más a la divergencia que a la convergencia, debido a que el joven, como sujeto social, es heterogéneo, diverso, variable y múltiple. La aportación teórica de Brito (2002) radica en la riqueza del concepto *praxis divergente*, con el cual el autor reconceptualiza el proceso de construcción de las identidades juveniles con base en su desidentificación con los propósitos y valores culturales hegemónicos. Según el autor, por este proceso de desidentificación los jóvenes pueden adquirir relevancia social, pues sus conductas difieren de otros grupos de la sociedad de la que son parte (Brito, 2002).

En relación con el tema de las identidades sobresalen también las contribuciones de Reguillo (1991) y Valenzuela (1997). En su libro *En la calle otra vez. Las bandas, identidad urbana y usos de la comunicación*, Reguillo sostiene que la identidad de los jóvenes de barrios populares que se organizan en bandas se constituye a partir de tres elementos: el espacio, el grupo y la objetivación simbólica. De este modo, los factores de construcción identitaria de los jóvenes pertenecen al orden de lo simbólico en cuanto que son procesos intersubjetivos de conformación de límites de adscripción, dinámicos y no esencialistas.

En su artículo *Culturas juveniles, identidades transitorias*, Valenzuela (1997) reconoce algunos factores que inciden en la conformación de las identidades

juveniles: relaciones sociales históricas; relaciones situacionales y representadas; adscripción simbólica y relaciones de poder. Una contribución importante en el trabajo de este autor es el reconocimiento de que "las identificaciones juveniles establecen nexos más intensos de reconocimiento cuando existen mayores similitudes en las condiciones objetivas de vida, por lo que las clases sociales ejercen un papel importante en estos procesos de reconocimiento/exclusión" (Valenzuela, 2009, p. 39).

El recorrido por algunos estudios sobre la juventud en México permite observar que se ha enfatizado en aquellos aspectos espectaculares observados fácilmente por el conjunto social (Feixa, 1993). Esto permite entrever que el interés de los investigadores, tal como sostiene Reguillo (2000), se ha centrado en las formas de agregación, adscripción y organizaciones juveniles que transcurren fuera de las vías institucionales, lo que puede estar determinado por la necesidad de reconocimiento del sujeto juvenil; sin embargo, al utilizar esta categorización para los análisis se debe evitar generalizar a los jóvenes no integrados como fundamentalmente contestatarios o marginales, pues entonces se estaría homogeneizando lo diverso.

Por otra parte, la revisión de las investigaciones ha permitido reconocer cómo, a lo largo de las últimas décadas, se ha buscado la visibilización "del papel activo de los jóvenes, de su capacidad de negociación con sistemas e instituciones y de su ambigüedad en los modos de relación con los esquemas dominantes" (Reguillo, 2000, p. 109). En este sentido, las nuevas investigaciones no deben olvidar que el estudio de los jóvenes, en tanto que actores sociales, no debe realizarse al margen de los contextos en que se desarrollan, de tal forma que puedan develar su especificidad.

Finalmente, es necesario agregar que en México la investigación sobre la juventud ha sido muy enriquecedora, tanto por los aportes teóricos como por el

análisis de nuevos actores y la atención a la diversidad de escenarios y modos de vivir lo juvenil. Es indispensable continuar con los esfuerzos de investigación, de tal forma que pueda darse cuenta de la realidad de lo juvenil y vincular los resultados de las investigaciones con los tomadores de decisiones para lograr la gestación de una política integral de juventud, donde los jóvenes tengan un presente y un futuro que vivir.

4.3. La investigación sobre juventud en el sur-sureste de México

Como en los casos anteriores, este apartado no pretende ser exhaustivo con la revisión de toda la producción académica sobre la juventud en el sur-sureste de México. Se pretende, más bien, vislumbrar las líneas generales que ha seguido la investigación en este campo y entrever, así, los fundamentos de los cuales partir y las áreas de oportunidad para poder contribuir con la ampliación del campo de estudios sobre la juventud, principalmente en Chiapas.

La revisión de las investigaciones sobre juventud en el sur-sureste de México permite observar que los estudios se han realizado en contextos urbanos y rurales, con población mestiza, aunque pueden encontrarse algunos trabajos con población indígena, principalmente en la región de los altos de Chiapas (Cabral y Flores, 1999; Meneses, García y Pale, 2007; Reartes, 2008). De acuerdo con Evangelista, Tinoco y Tuñón (2009), en los estudios que se han realizado en el sur-sureste destacan los esfuerzos de recolección de información por parte de El Colegio de la Frontera Sur, que entre los años 1996-1999 realizó trabajos en la península de Yucatán, Tabasco y Chiapas con jóvenes de entre 12 y 19 años. Resulta también relevante el estudio que el mismo Ecosur realizó entre 1998 y 2000 en Tabasco y Chiapas, ya que al tratarse de una serie de entrevistas a jóvenes de entre 12 y 19 años de diferentes estatus sociales y de contextos tanto urbanos como rurales, permitió contar con información

cualitativa, desde la perspectiva de los propios jóvenes, para comprender mejor las diversas situaciones de estos actores.

Las investigaciones llevadas a cabo por instituciones de educación superior ilustran no sólo el interés por contar con información estadística sobre un cierto sector poblacional; muestran, también, que hay un interés por reconceptualizar ciertas realidades, como lo indica el hecho de trascender el concepto de adolescencia, más marcado por lo biopsicológico, y llegar al de juventud, que implica ya un reposicionamiento teórico al tomar en cuenta aspectos sociales en su comprensión. Por otra parte, se observa un desplazamiento en los intereses, ya que se pasa del interés puramente demográfico a un interés por comprender las condiciones en que las personas viven su juventud, que en la región de estudio son principalmente de vulnerabilidad e invisibilidad.

En este campo de investigación es importante el trabajo que se realiza desde El Colegio de la Frontera Sur, principalmente los estudios de Tania Cruz. De esta autora destacan los siguientes artículos: Lo etnojuvenil. Un análisis sobre el cambio sociocultural entre tsotsiles, tseltales y choles (2017); De Chiapas a California. Experiencia migratoria y cambio cultural en jóvenes indígenas (2016); y Experimentando California: cambio generacional entre tzeltales y choles de la selva chiapaneca (2015). El primero constituye un estudio sobre cómo lo juvenil indígena se reconfigura y opera en tanto nueva etnicidad generacional, de una forma alejada de “la costumbre” comunitaria. De acuerdo con la autora, las reflexiones se basan en relatos que ilustran las condiciones étnicas de los jóvenes en un tiempo nuevo, con una visión diferente a la de sus padres y abuelos, con búsquedas, valores, emociones y expectativas que indican nuevos rumbos. Los materiales obtenidos a través del método etnográfico, durante siete años en comunidades tsotsiles, tseltales y choles, le develaron a la autora contenidos transversales para construir la categoría analítica que propone: lo etnojuvenil.

En el segundo artículo la autora documenta, desde una perspectiva etnográfica, la experiencia migratoria internacional de jóvenes indígenas chiapanecos y sus adaptaciones culturales. En este artículo Cruz (2016) señala que la participación de la juventud indígena ha sido central para el desarrollo económico de Chiapas; por otra parte, la autora sostiene que para las actuales generaciones la migración internacional, aunque sigue siendo una estrategia económica, ya no es temporal como lo fue al inicio; la estadía de estos jóvenes en Estados Unidos les implica cambios a nivel subjetivo, comunitario y cultural.

En el tercer artículo Cruz (2015) analiza el cambio generacional en relación con el consumo cultural y el estilo juvenil que experimentan grupos de tzeltales y choles que viven en California. En este trabajo la migración indígena chiapaneca es enmarcada en las políticas neoliberales y se analiza la repercusión de estas en los ejidos de la región Selva-Norte a la que pertenecen los jóvenes; las experiencias de estos últimos son interpretadas desde la antropología de la juventud. Según sostiene la autora, los hallazgos indican continuidades, rupturas y adaptaciones culturales: la voluntad de pertenencia a los grupos étnicos, el interés de algunos por mejorar la economía de sus ejidos invirtiendo en negocios y potreros; el desinterés por dar continuidad a la vida campesina y tradicional, la postergación del matrimonio, el retraso de la procreación, así como la evasión de compromisos y la tendencia a la exogamia.

Otro trabajo de relevancia de Tania Cruz, en coordinación con Yanko González, es el libro *Juventudes en frontera: tránsito, procesos y emergencias juveniles en México, Chile, Nicaragua y Argentina* (2014). Esta obra es una invitación a repensar lo juvenil desde lo étnico, lo rural y lo migratorio y a ver en los jóvenes a actores fundamentales de las sociedades latinoamericanas contemporáneas. El conjunto de trabajos que conforman el libro evidencia los retos que implica el estudio de lo juvenil desde los espacios fronterizos que las perspectivas tradicionales no han

podido descifrar. El estudio de la condición juvenil es situado en territorialidades indígenas, rurales, transrurales, conurbadas o periferias metropolitanas que rebasan las dicotomías explicativas de los grupos etarios. De acuerdo con los coordinadores, el libro convoca a desarmar las previas construcciones teóricas y a dinamizar las miradas de los investigadores relacionados con el tema de la juventud (Cruz y González, 2014).

Otro trabajo que puede destacarse en la investigación sobre jóvenes en Chiapas es el artículo Diseño y evaluación de herramientas lúdicas de aprendizaje socioambiental para identificar actitudes, motivaciones y decisiones de la juventud rural campesina contemporánea, de Meza, García, Saldívar-Moreno y Vera (2016). La relevancia de este trabajo radica en su pretensión de proporcionar información para conocer la relación actual y potencial de la juventud rural contemporánea con el patrimonio agrícola y natural que heredarán. La propuesta metodológica de estos autores, que consiste básicamente en la exploración de discursos, les permitió identificar los discursos de los jóvenes sobre el uso de su patrimonio natural y revelarles a estos sus preferencias en cuanto al uso del suelo y otras dinámicas en su relación con su patrimonio natural.

Con una temática diferente, pero en el mismo campo de investigación sobre juventud, Ballinas-Urbina, Evangelista, Nazar y Salvatierra publicaron en 2015 el artículo Condiciones sociales y comportamientos sexuales de jóvenes en Chiapas. Este trabajo tiene una mayor amplitud, pues se llevó a cabo en 36 municipios del estado, con jóvenes de 15 a 24 años, y su metodología se basó en el análisis descriptivo de datos de la Encuesta para el diagnóstico sobre necesidades socioeconómicas en Chiapas. Este estudio es de relevancia porque permite conocer la situación de los jóvenes respecto a la ocurrencia de embarazos tempranos, asunción de paternidad y vida en pareja.

Otra de las investigaciones sobre juventud en el sur-sureste es la de Horbath, *Contrastes regionales de la discriminación laboral hacia los jóvenes en México* (2016). En este texto el autor señala que en situaciones de crisis económica, como la que vive México actualmente, y dadas sus incidencias en los mercados de trabajo, las condiciones de los jóvenes en México no son alentadoras, sobre todo cuando una de las primeras causales de despido es la poca experiencia laboral. Además, el trabajo expone las condiciones precarias a las que se enfrentan los jóvenes en los mercados de trabajo en México entre 2000 y 2010, comparando las diferentes regiones. Los resultados evidencian el bajo reconocimiento de los esfuerzos de los jóvenes por adquirir formación y capacidades, lo que se refleja en los precarios ingresos que obtienen.

Entre las publicaciones más recientes se destaca el libro *Género y juventudes*, coordinado por Evangelista, Cruz y Mena y publicado en 2017. En esta obra se presentan las reflexiones de los autores sobre la definición de juventudes a partir de parámetros culturales, sociales, políticos y económicos y desde distintas disciplinas, contextos e instituciones sociales. La importancia del libro está determinada por su pretensión de transformar las perspectivas tradicionales sobre la juventud, es decir, deconstruirlas y reconstruirlas a partir del conocimiento sobre las maneras en que las personas jóvenes se definen y viven su condición.

Particularmente en Chiapas, en los últimos años se han desarrollado algunos trabajos sobre juventud inscritos en el campo de los Estudios Culturales. Entre los más destacados se encuentran el de Castillo (2014), que aborda las experiencias y trayectorias de jóvenes en el centro de Intercambio Especializado para Adolescentes en Villa Crisol; el de Miranda (2014), que es un estudio sobre las identidades en crisis de jóvenes en prisión a partir del análisis de los cuerpos marcados y transformados; y el de Tassías (2015), que analiza el desencanto electoral en los jóvenes y la percepción política electoral en la región metropolitana de Chiapas.

Sobre juventud rural destacan trabajos como el de Mendoza (2016), Vázquez (2015) y Laparra (2015). En el primero se analizan las reconstrucciones identitarias de jóvenes rurales y la forma en que las nuevas dinámicas sociales y los procesos de globalización conllevan la emergencia de actores juveniles con otras formas de pensar, actuar y vivir; en el segundo, se analizan las reconfiguraciones socioculturales de jóvenes rurales a partir del uso y apropiación de las TIC; en el tercero, si bien no está explícita la perspectiva de análisis sobre la juventud rural, la evidencia de datos empíricos y los resultados permiten entrever la preocupación del investigador por analizar la realidad de los jóvenes rurales, en relación con los modelos culturales sobre la formación escolar, la vida y el sujeto mismo, a partir del estudio de las prescripciones y las restricciones socioculturales y económicas que evidencian los discursos recuperados.

La revisión de los estudios sobre la juventud en el sur-sureste de México permite identificar cuatro ejes temáticos que articulan la mayor parte de los trabajos.

a) Embarazo adolescente

Los trabajos que se agrupan en este eje se interesan por comprender los contextos particulares en los que sucede el embarazo adolescente. Se caracterizan por incorporar la perspectiva de género como condición para comprender mejor los comportamientos de los jóvenes frente a la obligatoriedad de cumplir con las normas dominantes en sus comunidades. Coadyuvan con el diseño de políticas públicas y programas de educación sexual y reproductiva.

b) Inicio sexual

En relación con este eje, los trabajos destacan que el inicio de la sexualidad entre adolescentes, mujeres y hombres, urbanos y rurales, está determinado por las representaciones sociales que circulan en sus comunidades. Así mismo, estos trabajos reconocen las dificultades de los jóvenes para identificarse como sujetos de deseo y para cumplir con el mandato de las normas hegemónicas.

c) Migración

Este eje permite articular los estudios que buscan analizar y comprender las dinámicas de reconfiguración identitaria y cultural de jóvenes migrantes, principalmente de la región Altos del estado de Chiapas.

d) Inserción laboral

Si bien este eje es el menos visible, permite comprender los problemas que tienen que enfrentar los jóvenes al pretender insertarse en el campo laboral. Por otra parte, los trabajos que se inscriben en este eje permiten visibilizar la precariedad de las condiciones de los jóvenes, la urgente necesidad de mejorar las políticas y programas de gobierno y ampliar el campo de investigación al respecto para proponer estrategias de acción pertinentes.

De acuerdo con Evangelista, Tinoco y Tuñón (2009), la investigación en el sureste de México ha permitido ciertos aprendizajes sobre las condiciones de los jóvenes, sobre todo de aquellos que habitan en comunidades rurales. Primero, que los jóvenes están sujetos a una continua vigilancia del cumplimiento de las prescripciones culturales de género y que los comportamientos no normalizados, específicamente en relación con el ejercicio sexual premarital, no es aceptado. Segundo, que la investigación y el conocimiento científico o académico que se produce sobre los jóvenes constituye uno de los escenarios para la construcción de la condición juvenil. La reflexión de los autores sobre esto último es que resulta necesario “reconsiderar nuestra posición epistémica dentro del quehacer regional en investigación sobre juventud [...] y revisar los textos y deconstruir su discurso desde nuestro quehacer académico pensándonos como sujetos sociales” (Evangelista, Tinoco y Tuñón, 2009, p. 78).

4.4. La construcción de la juventud desde la academia

De acuerdo con Bourdieu (2007) el Estado es uno de los principales productores de términos que construyen y clasifican grupos sociales. En este sentido, la edad, tal como otras categorías demográficas, es resultado de esa producción socioestatal y una de las categorías más naturalizadas. El mejor ejemplo de la producción estatal de la juventud puede reconocerse en el ámbito de las políticas públicas, en cuyo diseño se establece un conjunto de atributos para definir lo que es la juventud como categoría social. En el caso de las políticas públicas mexicanas pueden observarse diferentes significados por medio de los cuales es producida la categoría de juventud: transición, problema, actor estratégico del desarrollo, entre otros.

El Estado, sin embargo, no es la única entidad productora de categorías. En la sociedad existen múltiples actores, grupos e instituciones que contribuyen, en menor o mayor grado, a definir distintas categorías sociales; todas estas entidades llegan, incluso, a disputarse el estatus de mayor legitimidad en la construcción de categorías. Los trabajos de algunos autores, como Plesnicar (2011) y Krauskopf (2005), muestran las implicaciones que han tenido las definiciones producidas en las instituciones sociales en la construcción social de las juventudes. La producción de la categoría de juventud está relacionada también con el trabajo de expertos y profesionales, quienes, en el desarrollo de sus actividades de investigación, van construyendo distintas categorías sociales y promoviendo perspectivas que posteriormente son utilizadas como fundamentos en el diseño de políticas públicas.

En este sentido, la producción académica que conforma el campo de los estudios sobre juventud participa como un componente fuerte en la construcción de las juventudes. La expansión de los estudios sobre juventudes y su posicionamiento en la agenda académica ilustra también la participación de académicos en objetivaciones y producciones de las juventudes. En este sentido, puede entenderse

que la investigación académica y su conformación como campo de saber constituye también, de manera indirecta y en la mayoría de los casos, una forma de producción socioestatal de las juventudes, en tanto que los estudios se enmarcan en un contexto institucional con financiamiento del Estado (Vázquez, 2015).

La investigación sobre juventud de las últimas décadas se caracteriza por acusar una trama de relaciones de poder y dispositivos de control sobre los jóvenes. Para comprender cómo la investigación sobre juventud se ha configurado de este modo, es necesario ubicar las principales disciplinas y corrientes teóricas que han pretendido explicar la juventud y el papel que han jugado en la construcción de valores, significaciones y afirmaciones en el campo académico sobre la juventud. Por otra parte, tal como lo señala Vázquez (2015), es necesario advertir que, en tanto conocimiento autorizado, los estudios sobre la juventud, aunque han permitido la visibilización de la diversidad de condiciones en que se vive lo juvenil, también han contribuido a legitimar prácticas de control y disciplinamiento orientadas a los jóvenes.

Como toda teoría, las teorías sobre juventud se corresponden con las visiones predominantes sobre el ser humano y se relacionan con las condiciones sociales, económicas y políticas imperantes en el momento histórico en que cada una se desarrolla. La constitución de una teoría es un proceso complejo que no parte de la nada, sino que incorpora conceptos de posturas previas y los conjuga de tal forma que puedan responder a las condiciones vigentes en un momento histórico dado. En la historiografía de los estudios sobre la juventud se pueden distinguir ciertas construcciones que pueden organizarse en ejes temáticos; en las siguientes páginas se presenta un breve esquema de las teorías que han sobresalido en este campo, en distintas disciplinas, y que se han disputado la producción del saber y la construcción de imaginarios o representaciones sobre los jóvenes desde los espacios académicos.

a) La juventud es una etapa del desarrollo psicobiológico

Esta perspectiva teórica se basa en un imaginario social que consiste en ver a las personas jóvenes como problema, como sujetos en crisis y con la manifestación corriente de patologías. La juventud es sinónimo de adolescencia y es vista como momento de peligro, de riesgo, pues atenta contra la constitución de una personalidad adulta “sana”. Los estudios que se han realizado desde esta perspectiva se han enfocado en personas jóvenes en espacios clínicos. A partir de estos estudios se han desarrollado explicaciones sobre la adolescencia/juventud definiendo unas características que se hacen pasar como universales, naturales.

En esta corriente destacan, por ejemplo, las concepciones de Hall y Freud (citados en Alpízar y Bernal, 2003). El primero afirma que la adolescencia/juventud es la transición caracterizada por la angustia y estados anímicos cambiantes. En esta forma de concebir la juventud predomina el riesgo y el peligro asociados a la sexualidad, por lo que esta última se torna un espacio de control para la constitución del sujeto “sano”. Para Freud, el control que se ejerce sobre los impulsos sexuales de los adolescentes/jóvenes es muy importante, sobre todo cuando se trata de la masturbación, pues permite garantizar el orden y establecer la autodisciplina para que el joven llegue a ser un adulto con vida provechosa.

Los dos autores citados, con ligeras variaciones, coinciden al definir la juventud como un fenómeno universal que se caracteriza por una serie de cambios psicológicos y físicos, asociados con la rebelión y la diferenciación del joven en relación con su familia, que marcan el paso de la infancia a la vida adulta. En este caso, el adulto es concebido como el sujeto “normal”, con una conducta heterosexual, destinado a formar una familia e integrarse al mundo productivo (Bonder, 1999). En relación con esto, Aberásturi y Knobel (1985) afirman que la adolescencia es una etapa caracterizada por contradicciones, confusión, ambivalencia, dolor y fricciones en el entorno familiar y social.

Esta postura teórica ha recibido influencia de la psicología del desarrollo y los estudios sociológicos funcionalistas. Además, retoma en gran medida la concepción positivista del desarrollo humano, pues se centra en los cambios hormonales y fisiológicos de las personas. Los presupuestos teóricos de este enfoque son determinantes para establecer las características de lo que debe ser “normal” o “anormal” en los jóvenes. Asimismo, esos presupuestos presentan una marcada diferenciación de género, por lo que reproducen los roles tradicionales: la mujer joven “sana” debe mostrar pasividad sexual y orientarse a la maternidad, la formación de la familia y el cuidado de los demás.

Otro rasgo que caracteriza a esta postura teórica es que refuerza la dicotomía cultura-naturaleza, con lo que se enfatiza el determinismo biológico y la noción de la juventud como una categoría natural unívoca que se distingue de la adultez. El auge de esta teoría coincide con el surgimiento de problemáticas relacionadas con el desempleo juvenil, la aparición de nuevos comportamientos sexuales, retardo en la constitución de las parejas y en la edad para la reproducción, entre otras, que han empezado a cuestionar la construcción conceptual tradicional de la juventud como una etapa de transición al matrimonio, al mundo del trabajo y a la maternidad. Si bien esta perspectiva puede observarse aún en muchos estudios actuales, su conjunto de preceptos básicos se ha ido transformando, sobre todo por influencia de los estudios feministas, los cuales han hecho muchas aportaciones que permiten identificar los sesgos de género y desnaturalizar la idea de la «normalidad» en la juventud.

b) Juventud como etapa fundamental para la integración social

Esta perspectiva teórica se desarrolló a mediados del siglo XX; su principio es la noción de la juventud como la etapa en la que las personas jóvenes deben formarse y adquirir los valores y las habilidades necesarios para una vida adulta productiva y bien integrada socialmente; la juventud no es más que un proceso de transición. El

autor más destacado de esta corriente es Erikson, quien enfatiza la importancia de la adolescencia como espacio de aprendizaje para lograr el desarrollo y la integración social de los individuos. Este autor desarrolló la idea de moratoria, la cual es entendida como un signo distintivo de la juventud, y abundó en la descripción de los procesos emocionales y de aprendizaje social que coadyuvan a la constitución de la identidad juvenil.

En la década de los 90, Mørch (1996) elaboró una crítica a la teoría de Erikson y propuso que el término *juventud*, en tanto que concepto moderno, está relacionado con la existencia de «estructuras de actividad» en las que las personas deben ubicarse. De acuerdo con el autor, estas estructuras, constituidas, por ejemplo, por la escuela, el trabajo, el tiempo de ocio, están organizadas socialmente para dar respuesta a las necesidades de desarrollo de las personas en tanto que individuos (Mørch, 1996).

La juventud, en esta concepción, es entendida como el “estado” al que acceden las personas a través de su adecuación a determinadas actividades que son definidas socialmente. En este sentido, puede haber personas cronológicamente jóvenes pero que, no obstante, no desarrollan su juventud; o bien, adultos que desarrollan comportamientos típicamente juveniles (Mørch, 1996). Para Bonder (1999), esta es una propuesta de tipo estructuralista, pues considera que los actores deben ajustarse a las estructuras de actividad y resolver las contradicciones que emerjan entre las posibilidades y las restricciones contextuales.

Si bien esta perspectiva contiene algunas ideas básicas de la expuesta en el primer inciso, hay una diferencia que constituye un rasgo importante. En un estudio realizado por Park (citado en Feixa, 1995), se señala que lo que en la teoría anterior se codificaba socialmente como “desviación juvenil” no debe entenderse como un fenómeno patológico, sino el resultado de las configuraciones específicas del contexto social en que se ubican las personas. Esta noción reviste particular

importancia y será retomado como fundamento para el desarrollo de la perspectiva que se orienta a la construcción sociocultural de la juventud.

La mayor parte de los estudios que se inscriben en esta perspectiva teórica se centran en hombres jóvenes en espacios públicos; las mujeres son excluidas pero los resultados de las investigaciones les afectan también a ellas. Estos estudios han contribuido con la estigmatización de los jóvenes, pues los consideran como delincuentes, irresponsables, necesitados de control o de represión. Además, estos trabajos se han utilizado como fundamento de políticas de readaptación social de jóvenes, de prevención de la delincuencia, y de programas en los que se relacionan categorías tales como clase, raza y edad para legitimar acciones de discriminación.

c) Juventud como información demográfica

Los estudios sobre juventud en la segunda mitad del siglo XX estuvieron permeados por un enfoque desde el cual la juventud era vista en tanto que grupo de edad, es decir, desde una perspectiva poblacional. Por lo anterior, las investigaciones que se desarrollaron fueron principalmente sociodemográficas y proliferaron en situaciones de crisis poblacional. Los trabajos que siguen este enfoque parten de la generalización de comportamientos o características, por lo que invisibilizan la diversidad de realidades o condiciones de las personas jóvenes. Entre esas investigaciones destacan trabajos como los de Zepeda (1993) y Welti (1989), que abordan temas de empleo juvenil y fecundidad en adolescentes.

Según este enfoque, los jóvenes no son más que un sector homogéneo compuesto por todos aquellos individuos que se ubican en un rango etario específico, definido, generalmente, con propósitos de control de población; es decir, la juventud es un dato estadístico diseñado para la planeación de políticas o programas sectoriales. Esta caracterización de la juventud, como pasa en las perspectivas anteriores, no considera la condición de género, por lo que las necesidades o características de las mujeres jóvenes son subsumidas en la

generalización de la condición juvenil. Por ejemplo, en la formulación de programas de capacitación para el empleo sólo se toma en cuenta el rango etario de los participantes; no se consideran los roles tradicionales que las mujeres cumplen en las familias ni se toma en cuenta su disposición de tiempo o sus posibilidades de movilidad, que son diferentes a las de los hombres de la misma edad.

El punto de partida de las investigaciones que siguen este enfoque son las bases de datos de instituciones gubernamentales, como el Inegi. Cuando esas bases de datos carecen de información específica los trabajos adquieren claros sesgos de género. Por ejemplo, en estudios sobre mortalidad juvenil es común que las muertes por abortos clandestinos no estén registrados, por lo que los datos obtenidos de los casos de mortalidad en jóvenes hombres se generalicen a todo el grupo poblacional que cuenta con la misma edad. Los estudios sobre migración también constituyen un ejemplo de la homogeneización que se aplica al desarrollar las investigaciones; al no considerar la perspectiva de género los resultados se orientan a enfatizar que la migración es un fenómeno básicamente masculino. En los últimos años este tipo de trabajos ha empezado a incorporar información más diversa en sus abordajes, por lo que puede afirmarse que su postura empieza a moverse más allá de una visión estrictamente demográfica para ubicarse en una que trata de atender los contextos específicos de los fenómenos que estudia; es decir, se toman en cuenta otras dimensiones de las problemáticas por lo que se va más allá de los simples datos.

d) Juventud como agente de cambio

Esta perspectiva de investigación tiene una clara influencia del materialismo histórico. Los trabajos que se ubican en esta perspectiva, por lo general, se caracterizan por depositar en la juventud la esperanza del cambio, de tal modo que los jóvenes son concebidos como agentes, como motores de la *revolución*, y se les reconoce su contribución en los procesos de cambio social. Este enfoque constituye

una transformación en la concepción de la juventud, pues se le atribuyen rasgos más positivos y activos que en las perspectivas anteriores.

De acuerdo con Bonder (1999), en los años sesenta la juventud se constituyó como el centro del debate entre el conformismo y la rebeldía; las prácticas consumistas y la delincuencia situaron a los jóvenes, una vez más, como causantes del desorden y el caos. Al mismo tiempo empezaron a proliferar las teorías para explicar y comprender las expresiones juveniles y controlar esos fenómenos. El mayo francés, por ejemplo, fue un fenómeno juvenil que reconoció el papel de los jóvenes como impulsores de un cambio sociocultural necesario; los jóvenes pasaron de ser conformistas a ser contestatarios y cuestionadores de la realidad social imperante. Dadas las condiciones anteriores, las investigaciones de esta época presentan una clara tendencia política. Así, tal como señala Clarke (1975, citado en Bonder, 1999), la juventud se transformó en una metáfora de la crisis de la sociedad, en un indicador de los cambios de valores culturales, en la moral y en las relaciones de clase. En esa nueva concepción, la juventud es vista como la solución a los problemas, como el futuro de las sociedades.

En la década de 1990 ese optimismo por la juventud se mantiene y se observa en trabajos tales como los de Inglehart (1990, citado en Bonder, 1999). Este autor sostiene que en las sociedades con cierto grado de desarrollo y con capacidad para resolver los conflictos entre capital y trabajo, la juventud se constituye como la portadora de nuevos valores, que él denomina "postmaterialistas". Estos valores se caracterizan por la preocupación por la calidad de vida; por mejorar los servicios públicos y privados; por las demandas para aumentar la participación social; cuidar el medio ambiente y propiciar relaciones sociales menos jerárquicas.

e) Juventud como problema de desarrollo

Esta perspectiva está relacionada con el desarrollo de políticas públicas orientadas a la juventud en Latinoamérica. Las tasas altas de desempleo, el alto

índice de consumo de drogas y el aumento de embarazos adolescentes son los factores que determinan la definición de la juventud como problema de desarrollo (Ferraroti, 2008). Las investigaciones que se realizan desde esta perspectiva se enfocan en problemas de escala macro y en relación con el desarrollo socioeconómico de los países. Entre los temas de estudio destacan el crecimiento poblacional, desempleo, migración y nivel educativo, por lo que retoman muchos elementos de la perspectiva sociodemográfica, pero trascienden el interés estadístico para formular propuestas que permitan integrar socialmente a los jóvenes.

Estos estudios se enfocan en particularidades regionales e incluso nacionales relacionadas con los problemas que viven los jóvenes; son realizados desde, o con financiamiento de, instituciones públicas encargadas de programas de juventud. Entre los académicos que han hecho mayores aportaciones desde esta perspectiva destacan Durston (1998), que aborda temas sobre juventud rural y desarrollo, y Rodríguez (1995). Este último ha desarrollado diversos estudios para sustentar la formulación de políticas de juventud en América Latina; sus trabajos se han relacionado con conferencias sobre el desarrollo, como la Cumbre Mundial sobre Desarrollo Social, en la que los jóvenes son reconocidos como población vulnerable que debe ser integrada para lograr el desarrollo socioeconómico.

Los trabajos inscritos en esta perspectiva incorporan datos sobre la diversidad de condiciones de la población joven (nivel educativo, estado civil, cambios en la edad de matrimonio, acceso a satisfactores, entre otros); reconocen los cambios en los comportamientos de las personas jóvenes y los contextos sociales en que se desenvuelven para, finalmente, potenciar su participación en programas de desarrollo social.

f) Juventud como generación

En esta perspectiva la juventud es definida con base en sucesos históricos relevantes que constituyen referentes inmediatos; es decir, como una generación

que, por su reconocimiento, adscripción o cercanía con determinados hechos, puede distinguirse o compararse de/con otros grupos generacionales de jóvenes. Aquí el concepto central es el de *generación*, el cual ha servido para construir imágenes o estereotipos sobre los jóvenes al asociarse con los rasgos de una época específica; por ejemplo, Rosas (1993) habla de “generación perdida”; otros hablan de “generación X” o “generación red” (Feixa, 2006).

Así como la perspectiva sociodemográfica generaliza a partir de datos estadísticos, esta homogeneiza a los jóvenes a partir de características que comparten las personas que se ubican en la generación del momento. Por ejemplo, el término “generación X” se acuñó en Estados Unidos y produjo un conjunto de caracterizaciones sobre las personas que nacieron entre 1960 y 1980. Esas caracterizaciones se extendieron a varios países y con el mismo término se calificó a jóvenes de distintas condiciones sociales y de contextos diversos, sin relación alguna con los jóvenes que inspiraron el surgimiento de esa imagen (Coupland, 1993).

Los estudios que se han realizado desde esta perspectiva se caracterizan por resaltar las diferencias entre las distintas generaciones y visibilizar los conflictos entre una y otra. Además, este tipo de estudios atribuyen a los conflictos aparentes y a la división generacional los problemas que, al final, conciernen a toda la sociedad, independientemente de las características de una u otra generación.

g) Juventud como construcción sociocultural

Esta aproximación teórica es de las más recientes y su principio básico es que la juventud es una construcción sociocultural. Los trabajos que se han realizado desde esta perspectiva incorporan marcos interdisciplinarios, principalmente a partir de la antropología y la sociología. Desde estas disciplinas se han realizado contribuciones importantes, las cuales han permitido desmitificar los prejuicios de teorías psicológicas y sociológicas; desmedicalizar la juventud y ubicarla, para su comprensión, en sus entramados histórico-culturales particulares. De manera

general, los estudios realizados desde esta perspectiva visibilizan la diversidad de formas de expresión de la condición juvenil, lo que ha dado lugar a nociones tales como las de culturas juveniles e identidades juveniles.

Los estudios socioculturales de la juventud han sido diversos. Encontramos aquellos que se han enfocado en el análisis de las culturas juveniles a partir de elementos retomados del estructuralismo, de la semiótica, de la literatura, el marxismo o el interaccionismo simbólico. Uno de los autores que destaca en esta línea es Cohen (citado en Feixa, 1995), quien realizó trabajos sobre los grupos *skinheads* y *mods* y a quienes consideraba como soluciones ideológicas a las problemáticas que desató la crisis de la cultura parental al cumplir la función de elementos cohesionadores y signos para una nueva identidad juvenil.

Otra línea, desarrollada sobre todo en el campo de la psicología, está configurada por aquellos trabajos que rompieron con los esquemas de pensamiento trazados por Hall y Erikson. En esta línea destacan los estudios que distinguen las fases del desarrollo a partir de la conciencia que las personas jóvenes tienen de sí mismas y no con base en características físicas o psicológicas; y aquellos que surgieron principalmente a principios de los noventa (por ejemplo: Hollands y Lutte, citados en Alpízar y Bernal, 2003), que empiezan a trascender la frontera de la clase social como elemento estructurador de las actitudes juveniles y combinan el análisis de las relaciones de poder, dadas por la diferencia de edad, con el estudio de variables tales como el género, preferencias sexuales, nivel educativo, entre otras.

En Latinoamérica también se han desarrollado varios estudios sobre la juventud desde una perspectiva sociocultural. Encontramos, entre los trabajos más relevantes, los realizados por Valenzuela (1997), quien aborda la condición juvenil como categoría y conceptualiza la juventud como construcción sociocultural históricamente definida. De acuerdo con el autor, las identidades juveniles son históricamente construidas, referidas situacionalmente, es decir, ubicadas en

contextos sociales específicos, de carácter cambiante y transitorio. El trabajo de este autor también permite entender las identidades juveniles como el resultado de procesos de disputa y negociación entre las representaciones externas a los jóvenes y las que ellos mismos adoptan. En este sentido, las identidades incluyen las autopercepciones e implican la construcción de umbrales simbólicos de pertenencia, donde se delimita quién pertenece al grupo y quién está excluido (Valenzuela, 1997).

Otra de las nociones básicas en esta perspectiva teórica es la de las culturas juveniles. En esta línea destaca el trabajo de Feixa (1995), quien afirma que la idea de culturas juveniles se refiere al modo en que las experiencias sociales de los jóvenes son expresadas colectivamente mediante la construcción de estilos de vida distintivos, localizados fundamentalmente en el tiempo libre o en espacios de intersección de la vida institucional. De acuerdo con este autor, las culturas juveniles se relacionan con la aparición de “microsociedades juveniles”, que son grupos con grados significativos de autonomía en relación con las “instituciones adultas”, los cuales adoptan espacios y tiempos específicos y se configuran históricamente (Feixa, 1995).

Un rasgo esencial de los estudios de Feixa es la relación que establece entre las culturas juveniles y las culturas subalternas, entendidas estas últimas como culturas de los sectores dominados que se caracterizan por su precaria integración en la cultura hegemónica, más que por una voluntad de oposición explícita. Feixa (1995) analiza la articulación social de las culturas juveniles a partir de tres escenarios: el de la cultura hegemónica, la cultura parental y las culturas generacionales. Estos tres escenarios tienen como rasgo común el carácter transitorio de la juventud; este rasgo se ha utilizado como criterio para la descalificación y minusvaloración de los discursos y las expresiones de los jóvenes.

Feixa es uno de los investigadores cuyo trabajo ha tenido más impacto en los estudios sobre juventud, no sólo en Iberoamérica sino también en varios países de

América Latina. Si bien su mirada está permeada por sus referentes en la realidad europea, que no siempre tienen paralelo en la realidad de nuestro continente, lo cierto es que su perspectiva crítica ha permitido visibilizar las condiciones de la población joven según sus contextos de adscripción. Por ejemplo, uno de sus trabajos más recientes, en colaboración con Yanko González, *La construcción histórica de la juventud en América Latina: bohemios, rockeros & revolucionarios* (2013), se caracteriza por el rescate de elementos particulares de nuestra región que han incidido en la construcción de identidades juveniles.

En esta perspectiva de investigación destaca también el trabajo de Duarte, quien ha realizado varios trabajos con jóvenes urbanos de sectores populares de Chile. Duarte (2000) hace una revisión crítica del concepto juventud y señala que este concepto no logra abarcar el complejo entramado social del cual pretende dar cuenta. Además, señala que en las décadas recientes se puede observar un tránsito desde concepciones conservadoras y funcionalistas hacia unas más progresistas e integrales sobre la condición juvenil. Las primeras, como hemos visto en los incisos anteriores, han dominado tanto la producción académica en el campo de las ciencias sociales y médicas como los imaginarios que nutren a nuestras sociedades. Por su parte, las concepciones progresistas han surgido más recientemente, contraponiéndose a las primeras, y empiezan a ocupar cada vez un espacio más significativo no sólo en el ámbito académico sino también en el sentido común de las sociedades actuales.

En relación con el lugar de las mujeres en esta perspectiva de investigación, si bien es considerada como progresista e integral, lo cierto es que los estudios siguen presentando una fuerte invisibilización o sesgos de género muy marcados. De hecho, los mismos autores reseñados (Valenzuela, Feixa y Duarte), han planteado que en el estudio de las identidades juveniles o de las culturas juveniles se tiende a pensar estos fenómenos como exclusivamente masculinos. Feixa y González (2013),

por ejemplo, consideran que la juventud ha sido definida en muchas sociedades como un proceso complejo que articula la emancipación de la familia y la construcción de una identidad propia, lo cual se expresa principalmente en el ámbito público y con mayor legitimidad en el caso de los hombres. De manera general, estos autores reconocen que falta mucho por hacer en el análisis de la construcción identitaria de las mujeres y su participación en las culturas juveniles.

4.5. Los jóvenes rurales en la investigación sobre juventudes

En la región sur-sureste de México son escasas las investigaciones orientadas al análisis de la construcción social de la juventud rural. Algunos estudios desarrollados en Latinoamérica, y cuyos resultados se pueden extender a varias regiones, permiten observar que los jóvenes rurales no son tomados en cuenta por los planificadores, tomadores de decisiones y gobiernos en programas de desarrollo rural (Becerra, 2001); los jóvenes rurales no son considerados actores sociales, como sucede con varios sectores de la juventud urbana. Esta situación se refleja no sólo en la falta de participación en la toma de decisiones familiares y comunitarias, sino también en el diseño, aplicación y seguimiento de las políticas públicas y en el conjunto de la producción académica de las universidades y centros de investigación, donde los jóvenes rurales son prácticamente invisibilizados.

Para algunos autores, la falta de reconocimiento de los jóvenes rurales se explica, en cierta medida, porque la mayor parte de los trabajos que se realizan desde las ciencias sociales sobre la juventud está animada por concepciones occidentales, con un claro sesgo etnocéntrico en la conceptualización de la juventud (Durstun, 1998). De acuerdo con Feixa y González (2006) en la mayoría de los estudios se observa que tanto los trabajos “sobre las comunidades indígenas, como los centrados en sociedades campesinas y urbanas, tendieron a ver a sus sujetos de estudio como

indios, campesinos, colonos, hombres, mujeres, burgueses, obreros, pero no como niños y todavía menos como jóvenes” (p. 177).

A pesar de que en los estudios sobre juventud predomina la invisibilización de la juventud rural, pueden encontrarse algunas investigaciones de corte sociocultural en las que, si bien no explicitan una perspectiva generacional para el abordaje de los estudios, se observa de manera implícita la consideración de jóvenes (rurales) campesinos en la exposición de los resultados. Un ejemplo lo constituye el trabajo *Campesinos de los Andes*, de Fals Borda (1961), en el que el autor reconoce un *ethos* de pasividad en los jóvenes generado por las experiencias traumáticas de la comunidad rural donde llevó a cabo el trabajo (el proceso histórico que va de la Conquista a la República, pasando por la Colonia). El autor señala que el *ethos* de pasividad es un factor que empobrece mental y socialmente a los miembros de la comunidad y que se mantiene por la capacitación formativa de los jóvenes en los moldes de pasividad de los adultos (Fals Borda, 1961, p. 302).

Los estudios sobre la juventud rural iniciaron en la década de los noventa del siglo pasado como una aproximación a la incorporación de nuevos actores rurales al desarrollo. Los trabajos realizados por la Cepal para América Latina tendían a caracterizar a la juventud rural con la finalidad de incorporarlos a las políticas de desarrollo de las regiones latinoamericanas. El texto de John Durston (1998a), *Juventud rural y desarrollo en América Latina: marco conceptual y contextual*, reconoce el papel clave de la juventud rural para el combate a la pobreza, la carencia de un marco general conceptual sobre la juventud rural y la diversidad contextual en América Latina.

Conforme el campo de estudios sobre la juventud rural se ha ido ampliando, se pueden ir reconociendo las preocupaciones recurrentes y los tópicos comunes, así como los intereses tanto de las instituciones como de los propios investigadores. Pacheco, Román y Urteaga (2013), por ejemplo, identifican tres grandes áreas: la

primera engloba aquellos trabajos que se refieren a la educación y capacitación de los jóvenes rurales para el desarrollo; la segunda, aquellos que abordan el tema de la incorporación de la juventud rural al trabajo; la tercera incluye los estudios relacionados con la implementación de políticas específicas para la juventud rural.

En el área relacionada con la educación y la capacitación, las temáticas centrales se han referido a la calidad y pertinencia de la educación respecto a la diversidad de los contextos rurales. Los estudios generalmente coinciden en que la educación es de calidad inferior a la que se imparte a los jóvenes urbanos y en que no es pertinente para los ámbitos locales. Otra constante de estos estudios es la confirmación de una mayor cobertura educativa y, consecuentemente, mayor escolaridad de los jóvenes rurales respecto de sus antecesores. Asimismo, el mayor acceso a las tecnologías de información y comunicación se verifica como una constante en la comunicación de los jóvenes rurales. También, los estudios refieren el impacto de la educación en la conformación de identidades juveniles diferenciadas dentro de las comunidades rurales y el desaprovechamiento de la capacitación juvenil por parte de los gobiernos (Jacinto, 1996).

En cuanto a los estudios sobre la incorporación de los jóvenes rurales al trabajo, estos reconocen que la introducción de los jóvenes rurales al mundo del trabajo ocurre a más temprana edad que la de sus pares urbanos. La desarticulación de la economía campesina a partir de la crisis de la agricultura y nuevas formas de organización agrícola mundial repercute en las actividades agrícolas tradicionales, provocando una mayor precarización de las ocupaciones en el campo, al mismo tiempo que aumentan las actividades transitorias. Los procesos de concentración de la tierra, el uso de nuevas tecnologías en la organización de los procesos agrarios, la mundialización de los esquemas productivos liderados por empresas globales, todo ello impacta en la disminución de la demanda de mano de obra local y en la introducción de nuevas características de esa mano de obra. En general, todo ello

contribuye a una desvinculación de los jóvenes con las actividades agropecuarias tradicionales.

En el caso de las jóvenes rurales las condiciones del campo abren nuevas posibilidades de inserción laboral, pues su menor movilidad geográfica por condición de género las convierte en una reserva de mano de obra que los empleadores pueden utilizar en actividades de mayor rotación y precarización. Todo ello utiliza la cultura de la aportación del trabajo no remunerado económicamente de las mujeres al trabajo del hogar. Al mismo tiempo, cambian los significados de la maternidad en la ruralidad debido a la mayor permanencia de las mujeres dentro de la escuela, la incorporación al trabajo remunerado fuera de casa y, sobre todo, a la migración de las jóvenes rurales.

Por otra parte, las políticas referidas a la juventud rural han sido desarrolladas por organismos internacionales a partir de dos supuestos: a) los jóvenes son (o deben ser) sujetos centrales del desarrollo local y b) los jóvenes rurales son sujetos de derechos. En México se ha carecido de políticas específicas dirigidas a la juventud rural debido al diseño urbano y adultocéntrico de las políticas en general y a la falta de conocimientos sobre las características específicas de la juventud rural. En todo caso, lo que ha existido es una política de impulso al desarrollo de proyectos productivos sin que se tomen en cuenta las condiciones reales de los jóvenes rurales.

De acuerdo con Pacheco:

La juventud rural en México ha sido escasamente estudiada debido a su ocultamiento dentro de la categoría de juventud, ya que en sus orígenes ésta se refirió a los jóvenes urbanos. Este ocultamiento de las juventudes rurales ocurría porque generalmente se les consideraba en tránsito hacia la urbanización, pero no como sujetos portadores de un proyecto de sociedad en sí misma. El surgimiento de los jóvenes rurales como actores sociales y políticos es indispensable (2013, p. 19).

En México, los estudios acerca de jóvenes rurales son muy recientes. Entre ellos se encuentran los trabajos impulsados por el Centro de Investigación y Estudios sobre Juventud, del Instituto Nacional de la Juventud, derivados de las encuestas nacionales de juventud 2000 y 2005; los publicados en la revista *Jóvenes* del propio instituto, así como trabajos pioneros de investigación y tesis realizadas sobre el tema. Algunos estudios se acercan a los jóvenes rurales mediante la comparación con los jóvenes urbanos (Fernández y Ávila, 1999), en tanto que otros encuentran características rurales en los jóvenes urbanos. En los escasos estudios se da cuenta de las características particulares de los jóvenes rurales, en particular su peso demográfico, su aportación a la migración nacional e internacional y su influencia en la conformación de culturas juveniles rurales emergentes, todo lo cual empieza a conformar un periodo juvenil en la nueva ruralidad.

Los estudios realizados desde las instituciones de gobierno permiten observar el interés del Estado por producir conocimiento sobre los jóvenes rurales para poder implementar políticas públicas. No se observa, sin embargo, el interés de los investigadores por “conocer a profundidad y fuera de esquemas epistemológicos y metodológicos rígidos las particularidades de las juventudes rurales (Corduneanu, 2017, p. 29). En otros términos, en la mayoría de las investigaciones los jóvenes rurales son sólo sujetos pasivos, aquellos que deben estudiarse para poder diseñar e implementar las políticas; no se les considera como agentes que construyen su propia subjetividad, su propia acción o cultura política.

Pacheco (2010) señala que la posición de los jóvenes rurales y los jóvenes indígenas no se compara con la de los jóvenes urbanos en ningún país de América Latina, pues estos últimos se han posicionado en las políticas sectoriales como sector objetivo y sujeto participante. En relación con las investigaciones, tal como sostiene la autora, hasta hace unos pocos años los conocimientos sobre la juventud urbana se habían elevado a paradigma de la juventud en general, con lo que los jóvenes rurales

se subsumían en esa categoría o, en algunos casos, se les consideraba sólo en cuanto que estaban en tránsito hacia la urbanización. En tal contexto, Pacheco señala que “el surgimiento de los jóvenes rurales e indígenas como actores sociales y políticos es indispensable para que los países transiten hacia nuevas relaciones entre los diversos grupos que integran la sociedad” (2010, p. 126).

Por su parte, Pérez (2011) anota que actualmente pueden distinguirse cuatro ejes de investigación sobre las juventudes rurales. El primero se constituye a partir del trabajo de investigadores que ya trabajan con jóvenes indígenas en temas como salud, migración, género, identidad, indígenas en la ciudad, violencia, etnicidad, representaciones sociales, movimientos sociales, entre otros. Una característica de este eje es que, en la mayoría de los casos, las investigaciones no están respaldadas por una construcción teórica sobre la juventud rural.

El segundo eje de investigación se constituye a partir de investigadores especializados en juventud urbana, pero que ahora extienden sus intereses hacia las juventudes rurales. En este eje destaca el trabajo de Urteaga, Pacheco, y Román (2013). El tercer eje, que tiene un desarrollo incipiente, está consolidándose a partir del trabajo de los propios actores, como es el caso de los jóvenes indígenas, que después de formarse profesionalmente se interesan por los procesos socioculturales, políticos o económicos de sus comunidades. El cuarto eje lo constituyen los trabajos de investigadores que son nuevos en el campo, tanto de la juventud como de las problemáticas rurales/indígenas. En este caso resalta, como señala Pérez (2011), la frescura de la mirada epistemológica y metodológica, con el consecuente riesgo de trasladar acríticamente los resultados de unos estudios a contextos diferentes.

Después de la caracterización de los ejes de investigación, Pérez (2011) resalta la necesidad de deconstruir la noción de *joven* en los trabajos de investigación que se realizan en los pueblos indígenas y en los estudios sobre jóvenes rurales. Esta deconstrucción, de acuerdo con la autora, permitiría:

Captar sus especificidades y significados culturales, y atender su construcción según quién clasifica, desde dónde lo hace, y de acuerdo con el sentido del ordenamiento del mundo simbólico y de las relaciones sociales de cada grupo, en un tiempo, un lugar y un contexto determinados (Pérez, 2011, p. 9).

La mayor parte de los trabajos sobre jóvenes rurales, principalmente los más recientes, acusan la necesidad de reconocer la importancia de visibilizar a los jóvenes rurales en tanto que actores sociales y políticos, pues su participación es indispensable para transformar las relaciones entre los grupos sociales. En este sentido cabe aclarar que muchas veces la actitud *política* de los jóvenes rurales no está relacionada con las instituciones, sino más bien con otras formas de acción social que deben reconocerse y potenciarse.

Finalmente, los trabajos realizados en este ámbito permiten observar que las instituciones básicas de las comunidades rurales, la familia y la escuela, han perdido peso como instituciones donde se produce la socialización; por lo tanto, los jóvenes rurales han empezado a generar “sus propias respuestas de supervivencia, las cuales se encuentran cada vez más cerca de los márgenes de la sociedad, vinculados con espacios de la informalidad económica, social y laboral” (Pacheco, 2010, p. 140). Por otra parte, con los trabajos revisados podemos notar que hay varios aspectos problemáticos relacionados con las juventudes rurales que es necesario atender, por lo que debemos propiciar la visibilización de esos aspectos y trabajar para su resolución.

Capítulo V. Producción sociodiscursiva de las juventudes rurales

Introducción

El enfoque para el análisis de las relaciones entre juventudes y discurso social se denomina *sociodiscursivo* porque implica que estas nociones se entienden como producción de significados socialmente construidos y, por lo tanto, en términos de materialidad significativa. En una línea que podemos asumir como *foucaultiana*, el capítulo plantea que la sociodiscursividad produce y a la vez desestabiliza las subjetividades; así, la materialidad significativa, que refiere no sólo a palabras sino también a prácticas, establece en las diversas escenas enunciativas poderosos efectos de sentido que tienden a mantener enlazadas las concepciones sobre las juventudes en los distintos actores sociales y reproducir sus efectos en las identidades de los jóvenes. Si bien la producción de discursos que instituyen performativamente la categoría *juventudes* es parte de la hegemonía social discursiva, también esa producción de diferencias está integrada en situaciones estratégicas concretas, es decir, en localizaciones múltiples del espacio público y la vida cotidiana donde aparecen relaciones de fuerza variables según los campos discursivos.

La utilización del enfoque sociodiscursivo para el análisis de la producción de las juventudes rurales implica la conjugación de las nociones relacionadas con producción social y con producción discursiva. La denominación *producción sociodiscursiva* da cuenta del hecho de que el plano social y el plano discursivo no están aislados, sino que se conjugan en una sola categoría y en esa conjunción reside su fuerza y el interés de su análisis. Dicho lo anterior, la producción sociodiscursiva

se define como un constructo teórico de naturaleza inherentemente social, cuya materialidad, predominantemente lingüística, surge de la correlación entre categorías discursivas (gramaticalizadas y semántico-discursivas) y las prácticas sociales asociadas con la vivencia de lo juvenil. Las producciones y formaciones discursivas que se presentan en este capítulo dan cuenta de cómo los actores institucionales, a partir de distintos sistemas de creencias, se posicionan frente a la realidad social que constituyen las juventudes en comunidades rurales desde los distintos espacios institucionales que representan.

5.1. Las juventudes en el discurso de las instituciones comunitarias

De acuerdo con Margulis y Urresti (1996), las modalidades de ser joven dependen de la edad, la generación, el crédito vital, la clase social, el marco institucional y el género. Si bien reconocemos la relevancia de cada uno de estos factores en la constitución de la condición juvenil, en este apartado nos enfocamos en el análisis del marco institucional, sin soslayar el hecho de que los otros factores se van involucrando en mayor o menor medida en la producción discursiva de los actores institucionales.

La institución es definida por su capacidad de hacer advenir a un orden simbólico y de formar un tipo de sujeto ligado a ese orden, de instituirlo. En este sentido, la familia, la escuela, la iglesia y el gobierno son instituciones porque inscriben un orden simbólico y una cultura en la subjetividad de los individuos; porque institucionalizan valores y símbolos y porque instituyen una naturaleza social en la naturaleza *natural* de las personas (Dubet, 2006).

Según lo define Urcola (2003), el marco institucional expresa las reglas que determinan el lugar y los roles socialmente asignados. Es decir, las instituciones (la familia, los partidos políticos, la iglesia, la escuela, etc.) pueden definirse como

organizaciones que dan forma al desempeño de una determinada función social. Las instituciones sociales proporcionan el cuadro normativo que regula las relaciones de clase, de género y generación entre las personas de una sociedad. El sujeto es agente de estas instituciones y redes de vínculos que sostienen el orden social y que definen las posiciones que desempeñan los actores en las distintas comunidades.

Para el análisis de la producción discursiva de las juventudes es necesario explorar la dinámica de las instituciones en las que se pone en juego la vida social, pues ellas constituyen el escenario en el que las juventudes son definidas material y simbólicamente. En todas esas instituciones se sigue un orden vinculado con los distintos segmentos de edad, que están presentes en las reglas del juego, los sistemas de roles, el posicionamiento de los actores, los discursos, los tipos de sanciones. Por otro lado, es indispensable analizar esa malla de instituciones ya que, como sostiene Feixa (1998):

Para que exista la juventud debe darse, por una parte, una serie de condiciones sociales (es decir, normas, comportamientos e instituciones que distingan a los jóvenes de otros grupos de edad) y, por otra parte, una serie de imágenes culturales (es decir, valores, atributos y ritos asociados específicamente a los jóvenes). La existencia de estas condiciones dependerá de la estructura social, es decir de las formas de subsistencia, las instituciones políticas y las cosmovisiones ideológicas que predominan en cada tipo de sociedad (p. 162).

En el caso de los discursos recopilados a través de entrevistas a actores institucionales, lo que podemos observar, en primera instancia, es que cada una de las instituciones produce/reproduce determinadas imágenes o representaciones de la juventud y a partir de ellas implementa estrategias que resumen su papel sobre las personas jóvenes. Los discursos institucionales conforman campos discursivos que interactúan en la red compleja de relaciones y conforman una malla de

significados que orientan las acciones de la vida cotidiana. Los campos discursivos, para los fines de exposición de la producción discursiva institucional, son entendidos como espacios determinados en los que las relaciones o sistemas de posiciones sociales se definen de acuerdo con un tipo especial de poder detentado por los agentes que entran en lucha o en competencia en esos espacios.

Como se señaló en un capítulo anterior, la región discursiva es definida como un sistema de relaciones entre las formaciones discursivas que los campos producen, los posicionamientos de los participantes, las identidades constituidas y los significados atribuidos a la acción social de los actores. Cada campo discursivo es propietario de un repertorio conceptual, un vocabulario y unas metáforas ampliamente compartidas para fundamentar sus discursos sobre la juventud. En ese sentido, más que hablar de discursos como mero proceso de enunciación, hablamos de prácticas discursivas, es decir, acciones que las personas utilizan para producir realidades sociales y psicológicas de manera activa. En este contexto, el análisis que continúa permite observar cómo las juventudes son producidas en cada una de las instituciones presentes en la región sociocultural en que nos ubicamos (familia, escuela, iglesia y gobierno), a través de distintas estrategias discursivas.

5.1.1. La producción de las juventudes desde la familia

La familia es quizás la institución principal en la que se define y representa la condición de joven, el escenario en el que se articulan todas las variables que la definen: edad, generación, clase social y género. De acuerdo con Margulis y Urresti (1996), es en la familia donde se marca la coexistencia e interacción de las distintas generaciones, o sea que es en ella donde se define el lugar real e imaginario de cada categoría de actores dentro del entorno del parentesco. La familia es una de las instituciones donde se definen principalmente las posiciones y las relaciones

sociales; en este sentido se la comprende como el ámbito de regulación de la sexualidad y la filiación, pero también como el ámbito de la socialización primaria en el que los sujetos aprenden e internalizan las estructuras económicas, sociales y culturales que regulan el escenario social y condicionan la acción.

El discurso producido desde la familia, en tanto que institución, conforma un campo de discursos anclado fuertemente en lo que podemos denominar una visión *tradicional* de las juventudes. Este campo de discursos, o campo discursivo, es entendido como un espacio determinado en el que las relaciones o sistemas de posiciones sociales se definen de acuerdo con un tipo especial de poder detentado por los agentes que entran en lucha o en competencia en ese espacio. El análisis del corpus recuperado permite situar el lugar de poder en la figura del padre, quien decide precisamente las posiciones que deben ocupar los miembros de la familia, tanto en el espacio privado, que constituye el hogar familiar, como en el espacio público, es decir, la comunidad.

Como se anotó en apartados anteriores, cada campo discursivo es propietario de un repertorio conceptual, un vocabulario y unas metáforas ampliamente compartidas que fundamentan sus discursos. Lo que interesa aquí es analizar la constitución del discurso sobre las juventudes a partir de las voces de padres y madres de familia y para analizar cómo se constituye el campo discursivo de la institución familiar en los siguientes párrafos se ilustra el funcionamiento de cada una de las estrategias discursivas según sus objetivos e instrumentos. Con la reproducción de los fragmentos de entrevistas se busca mostrar cómo el repertorio conceptual se relaciona con las prácticas sociales en que participan los jóvenes rurales.

Referencia

A través de esta categoría se analiza cómo se construye la juventud en el discurso de los padres y las madres de familia que participaron en la investigación. Como se señaló en el párrafo anterior, cada campo discursivo es propietario de un repertorio conceptual; ese repertorio se evidencia precisamente, en esta categoría, a través de definiciones y acciones asociadas:

La juventud es la etapa más bonita, porque así somos felices, sin preocupación por nada, no más dedicados a estudiar. La única preocupación es esa, estudiar. Los jóvenes deben estar en la escuela, ese es su trabajo, no andar pensando en otras cosas, como novias o irse a trabajar.

La juventud es la etapa natural, por donde todos pasamos. Es el momento de nuestra vida donde nos ponemos rebeldes, pero así son todos los jóvenes. El joven es rebelde de por sí; raro es aquel que lo vas a ver bien portado, en su casa.

Creo que podemos comparar al joven con una plantita. Por ejemplo, nosotros, vamos al cafetal y plantamos una matita, la cuidamos, le ponemos su agüita, y todo el cuidado para que crezca bien, pero una vez que empieza a crecer uno le tiene que poner su gancho, a agobiar, como le llamamos nosotros. Y eso es para que no se vaya para arriba y la rama se ponga dura, y cuando es la cosecha se quiebra, porque la dejamos irse y ahora está dura y no se puede doblar. El joven es así, si en esta etapa no le pones, digamos su gancho, para que se vaya haciendo como tú quieres, pues ya de grande es como dijéramos que se rompe. Ya no se puede dominar.

Joven es aquel que tiene fuerza, fuerza para trabajar, que ayuda a su papá. Es todo aquel que no tiene responsabilidad pero debe ayudar en la casa, porque no tiene otro trabajo más que estudiar y ser trabajador, desde chiquito.

Los términos que resaltan de estas producciones se enlazan con las ideas de naturalización, rebeldía, irresponsabilidad, trabajo y estudio. En primer lugar, se reproduce la idea de la juventud como una etapa natural, por tanto universal, que debe ser vivida del mismo modo por todas las personas. Esta naturalización implica,

por una parte, la relación de la juventud con el estudio y, por otra, con la rebeldía como signo unívoco de los jóvenes.

Esta estrategia discursiva implica también la idea de control, dominio e intervención necesarios para una juventud sana. Esta idea se basa en la metaforización de la juventud como proceso de crecimiento de una planta, donde se naturaliza todo proceso de crecimiento como similar para cada tipo de persona. Es decir, las condiciones económicas, sociales, culturales, no se perciben como determinantes de las formas de vivencia de lo juvenil. La juventud se asume como un proceso natural que, sin embargo, precisa la intervención de los adultos para garantizar su concreción.

Predicación

Esta estrategia tiene como objetivo etiquetar a los actores sociales que se representan en el discurso. Se basa en atribuciones estereotípicas y valorativas que enfatizan ya sea rasgos positivos o bien rasgos negativos acerca de los jóvenes. Por otra parte, es necesario destacar que con esta estrategia se busca reforzar la posición social que se asigna a las personas jóvenes desde la figura del padre de familia.

El joven es el que debe obedecer a su papá, a su mamá, en todo. El joven no debe ser desbocado, debe seguir el ejemplo de sus papás, porque si un joven se echa perder es como la fruta, se echa a perder y se tira, ya nadie compra una fruta podrida. Pero son pocos los jóvenes que entienden esto, a la mayoría le vale lo que uno diga o piense, y hacen lo que quieren.

El joven de ahora ya no es como antes. Antes éramos bien educados, saludábamos a toda la familia al levantarnos, a los papás con beso en la mano y agachando la cabeza. Ahora el joven ya ni siquiera saluda, mucho menos que vaya a besar la mano de sus padres. Ellos se avergüenzan de hacer esas cosas que para nosotros eran importantes.

Ahora la juventud está echada a perder. Ves a los jóvenes y ya pura calle son. En lugar de vivir una etapa bonita, como es la juventud, donde todavía no tienes

responsabilidad, ellos puro desmadre son, son pura calle. Se juntan por bolitas y a fumar, a tomar trago. Están todos echados a perder.

Pues la juventud la verdad está mal. Vemos ahora tantas cosas que antes ni siquiera imaginábamos. Hay algunos que mantienen ese temor por las cosas de Dios pero la mayoría ya no, y si no se teme a Dios no se respeta nada.

Un primer rasgo significativo de esta estrategia es que establece una comparación entre “el joven de antes” y “el joven de ahora”. Esa distinción se basa en los rasgos comportamentales y se vehicula a través de la metáfora de la persona como fruta y se asocian, por eso, ideas como “echarse a perder”, “fruta prohibida”, “tirar”, entre otras. En otras palabras, la persona joven se concibe como un cuerpo orgánico capaz de pudrirse, de convertirse en basura y ser tirado si no cumple con el deber ser establecido por la sociedad adulta.

Otro rasgo significativo de esta estrategia se relaciona con la división social y simbólica del espacio, lo que permite conectar la producción significativa a través del discurso con la constitución de las prácticas sociales observadas en la comunidad. Las personas jóvenes se mueven en un doble juego en relación con los espacios físicos que ocupan en la comunidad: por una parte, la calle se constituye como el espacio que deben ocupar, es decir, es el lugar destinado para ellos, sobre todo si son “jóvenes rebeldes”, lo que revela un tipo de marginalización en relación con el espacio valorado, que es la casa, el ámbito de la familia. Por otra parte, la calle constituye, al mismo tiempo, el espacio simbólico del cual se apropian los jóvenes para vivir su condición y poner en escena la representación de sus identidades en tanto que “personas rebeldes”, pues en ella es donde adquieren sentido tanto la música como las distintas formas de presentación del cuerpo (vestimenta de cholos, tatuajes, posturas, lenguaje corporal). En este último caso los jóvenes resignifican el espacio, pues éste pasa de ser el lugar de confinamiento a ser el escenario donde las prácticas juveniles resultan visibles.

Argumentación

A través de esta estrategia se busca la justificación de las atribuciones positivas o negativas. Es decir, se exponen los argumentos que permiten hacer comprensible el juego de descalificaciones o de valoraciones positivas en que se ven inmiscuidos los actores sociales representados.

Aquí antes no se sabía nada de drogas, de pandillas o cosas así. Pero ahora todo es por culpa de los que se van al norte; allá sí abunda todo eso, por eso cuando regresan vienen con cosas malas y les enseñan a los otros. Y como los jóvenes no saben pensar, pues rápido caen en los vicios.

Sí, rápido se ve que las cosas han cambiado. Antes dónde ibas a ver a un joven tirado en la calle, borracho, o que en la cárcel. Nada de eso se veía. En cambio ahora unos chamaquitos que ni agarrar machete saben ya están en la calle, con su Tecate y su cigarro en la mano.

Los jóvenes de ahora ya se creen mucho, exigen muchas cosas que no es bueno que tengan. Aquí en la comunidad se ha visto cómo el joven se pelea con sus papás, y antes dónde se iba a saber de eso. Pero todo es por la televisión, o los que se van al norte, que ven otras cosas y vienen y quieren tener mucha libertad. Aquí siempre ha sido que el papá manda, él dice lo que se tiene que hacer, y cuando esos muchachos vienen o se ponen así, empiezan a decir que ya están grandes, que pueden hacer lo que quieran, y la verdad no es así.

Uno respeta a sus hijos pues, porque son personas y uno los quiere, pero la verdad es que ellos no saben pensar. Piensan que todo es fácil y que pueden hacer lo que quieran, pero no es así. Uno como padre siempre debe estar ahí, vigilándolos, porque si algo pasa uno como papá queda mal ante la comunidad. El joven debe someterse a lo que dice el papá, porque el papá es el que le da terreno y lo que necesita.

El juego de atribuciones negativas que sustenta esta estrategia se basa, principalmente, en la consideración de los jóvenes como sujetos que “no saben pensar”. Esta incapacidad atribuida a la juventud es, por una parte, el argumento para justificar el cambio — cambio negativo — que los adultos ven en los jóvenes. Por

otra parte, esa incapacidad es la que autoriza a los adultos, en este caso a los padres, para incidir en la subjetividad de los jóvenes. En este sentido se reproduce la idea de autoridad que recae exclusivamente en el padre y la obediencia que debe guardar el joven. Dadas las condiciones anteriores, resultan identificables ciertos tópicos para justificar la exclusión o invisibilización de los jóvenes: a) incapacidad para pensar; b) incidencia de fenómenos macrosociales en el cambio de la juventud; c) superioridad del adulto; d) sometimiento del joven por necesidad de la protección del padre.

Puesta en perspectiva

La utilización de esta estrategia responde a la necesidad de ubicar el punto de vista del emisor del discurso y mostrar la perspectiva institucional. Esta estrategia busca, por una parte, justificar el carácter colectivo, es decir, institucional, de la voz enunciativa y, por otra, reforzar la idea que se viene sosteniendo: la legitimación de la intervención de la institución familiar, los adultos/padres, para la correcta formación de los jóvenes.

Pues nosotros como padres de familia tenemos mucha responsabilidad. No es nomás tener hijos, y la familia no es nomás de estar ahí. La familia se respeta y la familia es donde los hijos se crecen y se educan. Como padres debemos educar a los hijos, no dejar que se descarrilen, que se desvíen.

Nosotros somos los padres, por lo tanto debemos orientarlos, cuidarlos sí pero también ser respetados.

En otras estrategias el sujeto enunciativo se asume como más personal —*uno como padre*—, pero en esta es frecuente la utilización del pronombre en primera persona del plural, con lo que se borra la asunción, por parte del sujeto, de la responsabilidad del discurso producido y se justifica por su pertenencia a una instancia colectiva, que es la familia. Esta estrategia es una generalización de la

función de la familia en tanto que institución responsable de la educación y orientación de los jóvenes.

Esta estrategia se basa en la metaforización de la vida como camino, como vía, cuyo tránsito requiere la orientación de los adultos para evitar el “descarrilamiento” y la “desviación”. Por otro lado, esta estrategia pone en juego conceptos como *responsabilidad* y *respeto*, que son los valores de la instancia familiar y los cuales deben ser observados por los jóvenes. Aquí el sentido del término *responsabilidad* oscila entre la idea de cuidado y atención y la de obligación o tarea impuesta/asumida, aunque el sentido que más pesa es este último, por lo que lo adulto se ve como victimización frente a la falta de respeto y el desvío que caracteriza a los jóvenes.

Intensificación/atenuación

Con esta estrategia se implementa un juego frente a la fuerza ilocucionaria de las afirmaciones que invisibilizan a los jóvenes. Por un lado, se reconoce al sujeto joven como portador de derechos, pero por otro se establece la necesidad de coartar esos mismos derechos, pues su ejercicio resulta peligroso para la institución familiar.

Claro que el joven tiene derecho, pero también debe obedecer lo que nosotros como padres decidimos.

La familia debe cuidar a los hijos, sobre todo a los jóvenes, porque están en edad de que se echan a perder, se desvían del camino; entonces la familia debe vigilar eso, y quizá sí darle un poco de libertad, pero a veces el joven abusa y por eso mejor hay que cuidarlo.

En el primer caso se trata de despejar cualquier duda sobre los derechos de los jóvenes; se los reconoce pero, por lo mismo, se plantea la obligación de los padres de limitar tales derechos. Esta decisión está determinada, precisamente, por la idea recurrente en todo este discurso: los jóvenes se echan a perder y se desvían del camino.

5.1.2. La producción de las juventudes desde la escuela

El análisis de la escuela en tanto que institución de socialización se realiza, generalmente, a través de la asociación de otras nociones, como la clase social, el género, el *habitus*, la reproducción o legitimación de las desigualdades, entre otras. En nuestro caso, si bien algunas de estas nociones pueden tener cierto grado de influencia en la constitución del campo discursivo producido desde la institución escolar, lo cierto es que la dinámica en las escuelas donde se realizó el trabajo permite observar que la clase social, entre el grupo de pares, por ejemplo, no es un factor de peso significativo en las relaciones sociales. En el caso de la desigualdad, si bien tiene cierto grado de influencia en la interacción social, no lo es tanto por el capital económico sino más bien por la variable generacional que media la relación maestro-alumno y, en la relación entre pares, por su asociación con el género.

La relación maestro-alumno implica un encuentro de diferencias y subjetividades que si persisten en la relación asimétrica conlleva la labor de formar al menor y, por tanto, se convierte en una difícil tarea si se considera que las relaciones escolares están marcadas por la tensión, la desconfianza, el miedo, al mismo tiempo que por la simpatía/antipatía, y la menor de las veces, por la amistad y la confianza (Duarte, 2002); regidos por una relación asimétrica, el maestro es alguien que cumple la tarea de adoctrinar a ese alguien del que nada sabe, y en esa relación poco aprenden ambos. El mundo adulto escolar se presenta permanentemente desde el discurso implícito como el ejemplo que los jóvenes deben seguir.

En las comunidades rurales donde se llevó a cabo la investigación la apertura de escuelas preparatorias supuso la constitución de un espacio para la conformación de la juventud en tanto que categoría social. En este sentido, la escuela forma parte del proceso histórico de emergencia y conformación de las juventudes rurales y se

convierte en la institución que media las relaciones entre Estado, ámbito productivo, consumo y familia, en el plano de estructura/instituciones; en el plano relacional, la escuela es la mediadora entre generaciones adultas y jóvenes.

El campo discursivo que se conforma en la institución escolar está atravesado por relaciones de poder basadas en la diferencia etaria, la condición social de los jóvenes y la representación de la figura del maestro. Los primeros dos factores son los que determinan, en mayor medida, las conceptualizaciones sobre la juventud y la reproducción de estereotipos sobre la juventud, tal como se muestra en los siguientes fragmentos.

Referencia

La juventud es una etapa problemática, requiere mucho cuidado porque los jóvenes con mucha facilidad se desvían.

El joven es rebelde por naturaleza y a nosotros nos toca la peor parte, que es lidiar con ellos, cuando en sus casas no pueden.

La juventud es una etapa muy bonita, se debe aprovechar para aprender todo lo que se pueda, pero también es cuando más problemas causamos.

Son jóvenes aquellos que luchan, que lo dan todo por salir adelante, por ser alguien en la vida, que piensan en realizarse en el futuro como personas.

Los jóvenes aquí pues son personas necesitadas, que necesitan mucho no sólo de sus padres, sino también de nosotros como maestros. Necesitan que se les lleve de la mano, que se les oriente, para que no tomen un mal camino.

Esta estrategia tiene como función fijar la adscripción de los sujetos a determinadas categorías a partir de la definición. En este caso la juventud es definida como una etapa asociada, principalmente, con los problemas; aun cuando la juventud se refiere como “una etapa muy bonita” el sentido de la afirmación es atenuado cuando se aclara: “pero también es cuando más problemas causamos”.

Los significados que se asocian a la idea de juventud como etapa son los siguientes: requieren cuidado; facilidad de desvío; necesitan mucho; rebeldes por naturaleza; necesitan orientación; los jóvenes son realizaciones del futuro. Si bien en el discurso de la institución escolar se sigue reproduciendo el estereotipo del joven rebelde por naturaleza y el del sujeto necesitado, lo más relevante es el reconocimiento de la escuela como formadora de sujetos para que puedan ser alguien en la vida.

Esta última idea introduce una noción que despersonaliza totalmente al sujeto joven, pues es reforzada por la idea de que los jóvenes sólo en el futuro *serán personas*. Estas ideas anulan el valor de la juventud como categoría del presente e instituyen la noción del mundo adulto como la etapa de la realización, de las personas ya hechas. Por otra parte, aquí aparece nuevamente la metáfora de la vida como camino la cual autoriza la introducción de la necesidad de cuidado, de orientación y de guía por parte del mundo adulto.

Predicación

El etiquetado de los actores sociales que se realiza a través de esta estrategia se basa en el reconocimiento del potencial de la juventud para el cambio social. La predicación incluye términos como “importante”, “instrumento”, “luchar”, “responsabilidad”, “vigor” y “energía”.

La juventud es muy importante, bueno, los jóvenes, porque la juventud es la etapa en la que están pero el ser jóvenes es muy importante, pues ellos son como el instrumento que necesitan estas comunidades para mejorar, para salir de la pobreza.

Los jóvenes tienen una tremenda responsabilidad, pues se dice de ellos que son la esperanza del futuro, y en ese sentido el joven tiene que luchar para que ese futuro sea bueno.

El joven es el que posee la energía necesaria para transformar el mundo, y no es que puedan transformar todo el mundo, sino que su mundo es la comunidad, el municipio, y ahí es donde pueden transformar.

La juventud es vigorosa y nosotros debemos aprovechar toda esa energía y encauzarla para que transiten por el buen camino, para que sus padres se sientan orgullosos de ellos, que aquí en la escuela se han formado y pueden realizar los deseos que los padres esperan.

Los términos que constituyen la predicación del sujeto joven en esta estrategia son generalmente positivos y refuerzan la idea de movimiento hacia la transformación social. Aquí se introduce también una idea relevante que devela el papel que la institución escolar se atribuye: la formación de los sujetos para que sean aceptables para el mundo adulto, de los padres.

Argumentación

Con esta estrategia se busca justificar las atribuciones positivas que la estrategia anterior introdujo en el discurso. La predicación anterior se construyó a partir de rasgos positivos asociados con la juventud, por lo que los argumentos tratan de seguir la misma orientación, pero en algunos casos se muestran como antítesis que recaen en el carácter apático de los jóvenes.

Hemos visto la fuerza que tienen los jóvenes, ellos han salido a las calles a luchar, así demuestran que son la esperanza que necesitamos.

Bueno, comúnmente si pensamos en jóvenes pensamos en acción, en cambio, pero lo cierto es que aquí parece haber apatía, como que a los jóvenes no les interesa nada. Cumplir con la escuela es más como una obligación, para que las madres puedan obtener apoyos, pero en sí como deseo de superación no es tan claro.

La importancia de los jóvenes es relevante, y se ve en la participación que muestran en campañas, aunque en estas comunidades es de cuestionarse esa acción, porque los jóvenes no participan en el desarrollo de la comunidad.

Esta estrategia articula ejemplos que ilustran la importancia de la juventud y reconocen el potencial de los jóvenes para incidir en el cambio social. Sin embargo, el estereotipo de la juventud como “esperanza” de la sociedad se diluye cuando los jóvenes son entendidos a partir del contexto rural en que se ubican, pues se predica de ellos que “no les interesa nada” y que “no participan en el desarrollo de la comunidad”.

Puesta en perspectiva

Con esta estrategia el sujeto enunciador se ubica en un marco institucional determinado y otorga sentido a su producción discursiva a partir de la definición de su posición en la estructura social comunitaria. En este caso la puesta en perspectiva implica, por un lado, el reconocimiento de la importancia del sujeto emisor en relación con la acción de los jóvenes; por otro, se refuerza el estereotipo del profesor/adulto como la imagen que el alumno/joven debe proyectar como realización de su futuro.

Pues sí, tenemos mucha responsabilidad ya que somos maestros, y aunque no queramos debemos reconocer que los jóvenes quieren ser como nosotros.

La escuela tiene gran valor en la vida de los jóvenes, porque aquí ellos aprenden cómo ser personas de bien, y a veces nos ven como ellos quieren ser, así que les ayudamos para que puedan realizarse como personas, para que puedan saber que están de paso y que la meta es llegar a ser un adulto responsable.

Aquí en la comunidad vemos mucha diferencia entre hombres y mujeres, aunque en la escuela esa diferencia parece desaparecer. Porque, por ejemplo, en los trabajos en el huerto todos hacen lo mismo y no se notan quejas, y en el aseo de la escuela igual participan todos. Nosotros como maestros debemos evitar el machismo y tenemos gran responsabilidad para que la comunidad mejore en ese sentido.

Con esta estrategia se refuerza la importancia de la función social de la escuela y la constitución de la imagen del maestro/adulto como modelo impuesto para la

construcción identitaria de los alumnos/jóvenes. Por otra parte, nuevamente aparece la noción de la invisibilización de los jóvenes como sujetos del presente y se les representa en tanto que sujetos que pueden llegar a ser, a realizarse, en la medida en que se conviertan en adultos. Esta noción conlleva implícita la serie de oposiciones que caracteriza la relación joven-adulto: irresponsable/responsable; llegar a ser/ser; no persona/persona.

Intensificación/atenuación

Con esta estrategia se produce un juego entre negaciones y afirmaciones; entre la atribución de rasgos positivos y el reconocimiento de rasgos negativos en los jóvenes. Por una parte, se reconoce que los jóvenes, en tanto personas, son sujetos de derecho y que, por lo tanto, tienen la libertad de actuar según sus intereses; sin embargo, por otra parte, se instituye nuevamente la intervención de los adultos como acción necesaria para el control *del impulso* de la juventud.

Muchos jóvenes ahora se sienten con mayor libertad. Aquí en la escuela se han visto problemas, porque ya no quieren que uno los discipline, dicen que tienen derecho a ser como quieren y que no debemos meternos. Entonces, aunque sí tengan libertad no debemos dejar que abusen de ella, debemos controlarlos.

Pues aquí se ve que desde que metieron el internet y hay más posibilidades de comprar celulares, pues los jóvenes como que se echaron a perder más. Si de por sí tienen muchos problemas, ahora con todo lo que ven hacen cosas peores. Uno acepta que haya conexión, que les permite mayor comunicación, pero no tienen el pensamiento suficiente para ver que lo que hacen está mal.

La juventud, es cierto, es impulsiva, y se caracteriza por querer hacer todo, pero estos jóvenes no miden las consecuencias. Su creencia de que pueden hacer todo, que pueden seguir todos sus ideales, a veces los mete en problemas, porque cuando un adulto interviene les hace ver que las cosas no son así, que deben aprender de los mayores a controlarse.

Como puede observarse, el conjunto de discursos producidos por los representantes de la institución escolar se basa en el imaginario de que los adultos/docentes son todo aquello que los jóvenes/estudiantes no son pero deben llegar a ser. El mundo adulto es representado como responsable; los adultos son sujetos con una identidad definida, personas que saben lo que quieren; en contraposición, el mundo joven es visto como irresponsable; los jóvenes son sujetos sin identidad, no saben lo que quieren, son idealistas. El mundo adulto escolar se presenta permanentemente desde el discurso implícito como el ejemplo que los jóvenes deben seguir. Los maestros aspiran a ser los espejos en que los estudiantes deben retratarse.

Al nombrar a los jóvenes a partir de los estereotipos sociales los maestros realizan un continuo ejercicio de generalización. Esta estrategia les permite una economía mental, ya que el estereotipo, como una ontología preconcebida, facilita y reduce la explicación de los mundos juveniles, sin tener que recurrir al reconocimiento y la confrontación de/con los jóvenes que nombran. Lo que se observa en este campo discursivo es que la relación maestros/jóvenes está marcada por una brecha generacional; este hecho pone en evidencia cuánto le cuesta al adulto reconocer la diversidad, la diferencia y el abismo generacional mismo que existe entre ellos y esas personas tan cercanas con las cuales conviven cotidianamente pero que les resultan desconocidas porque son concebidas según los códigos socioculturales adultocéntricos tradicionales.

El análisis del discurso de los representantes de la escuela permite identificar los estereotipos juveniles que subyacen en las atribuciones de la institución y sus efectos en las prácticas de los jóvenes. En este sentido, resulta necesario problematizar las categorías generalizadas que clasifican a las juventudes: futurismo juvenil, cultura de la violencia, generación desinteresada, entre otras, ya que estas categorías posicionan imágenes de la juventud que no reconocen la experiencia

cotidiana y los contextos juveniles, por lo que generalizan a los jóvenes borrando las diferencias. Todavía peor, resulta que estas generalizaciones reciclan aquellas posibles creaciones culturales juveniles, donde los sujetos juveniles tratan de posicionar la diferencia, la contradicción y la alteridad que teje y dinamiza su identidad.

Al observar la vida cotidiana de los jóvenes en el espacio/tiempo escolar resulta visible una asimetría marcada por la separación maestro/joven basada en una serie de oposiciones: realizado/por realizarse, pragmático/idealista, educado/ignorante, responsable/irresponsable, activo/pasivo, completo/incompleto. Esta serie de oposiciones marca las valoraciones positivas para uno, el maestro/adulto, y las negativas para el otro, el joven/estudiante. A partir de esas valoraciones se asume que el joven es un sujeto que todavía no alcanza los atributos positivos del adulto, por lo que resulta necesario controlarlo, disciplinarlo. En relación con lo anterior Duarte (2002) señala que no es extraño que las definiciones acerca de la juventud o de la infancia que rondan la escuela estén todas en función de formar al menor para que llegue a ser adulto y en el contexto de las sociedades capitalistas de mercado, ser adulto *exitoso*.

Como se señaló anteriormente, el espacio escolar, sobre todo el conformado por las escuelas de nivel medio superior, constituye juventudes, es decir, garantiza la constitución de la categoría social en comunidades que históricamente no han tenido jóvenes. Sin embargo, al mismo tiempo, la escuela resulta un espacio de disputa y confrontación. El análisis de ese espacio simbólico permite el develamiento de las condiciones de subordinación que la escuela reproduce por sus objetivos y métodos que no dialogan con los intereses juveniles; por la predominancia de prácticas adultocéntricas de imposición, castigo y expulsión. Se reproduce la naturalización de la juventud como objeto a formarse para llegar a ser y se olvida la consideración del joven como sujeto actual.

5.1.3. La producción de las juventudes desde la iglesia

Las instituciones sociales son consideradas como los principales componentes de la cultura. Su definición depende de varios criterios y, según cuáles se apliquen, podemos denominar instituciones a la familia, la iglesia o la religión, la escuela o el sistema de enseñanza y el Estado; según otros criterios son también instituciones el sistema económico, la propiedad privada, el matrimonio y el recreo o el arte (Searle, 2010). Sean cuales sean los criterios a partir de los cuales se la defina, por lo general una institución es considerada como el conjunto de pautas, relaciones, procesos e instrumentos materiales que se construyen alrededor del interés social. En este sentido las instituciones comprenden tradiciones, costumbres, leyes, funcionarios, convenciones, sistemas de comunicación, entre otros elementos (Pratt, 2006).

Según lo anterior, la iglesia es una institución porque posee patrones de conducta culturalmente establecidos, los cuales se basan en las necesidades y deseos de la mayor parte de la población y responden de forma distinta a cada sociedad. Por otra parte, la iglesia posee su propia estructura y normas al igual que cualquier otra institución. En este trabajo la iglesia es entendida como un sistema que integra las creencias compartidas por un grupo de individuos, las prácticas que se asocian a él y la forma en que sus miembros responden a lo que se considera como sobrenatural. La importancia de la religión, por tanto, de la institución, se relaciona con el lugar que juega en la vida de las personas y la sociedad. Se considera que la religión provee de significados personales y culturales además de códigos de conducta.

La religión ha constituido el interés de varias disciplinas. En el campo de la sociología, por ejemplo, Marx y Durkheim trataron la religión en tanto que producto socioeconómico; por su parte, para Weber la religión proporciona a la humanidad significados cognitivos para explicar los problemas cotidianos; puede contribuir al

cambio social y servir para clarificar y sistematizar las ideas, al mismo tiempo que posee la capacidad de orientar la acción de la sociedad. Para Weber la religión es motor del cambio, concretamente económico, tal como expone en su obra *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*; en esta obra la idea principal es la relación directa entre protestantismo y capitalismo, con la que deja bien claro que el desarrollo del capitalismo se debe a las creencias calvinistas, a la religión.

En el enfoque fenomenológico, de orientación comprensiva, encontramos a Berger (1970), quien analiza la manera en que las sociedades construyen una visión intelectual de lo sagrado y cómo las creencias religiosas se construyen socialmente como mecanismos para responder a los cambios vitales. Para este autor la religión tiene un rol central en los tres momentos de construcción del mundo: exteriorización, objetivización e interiorización; además, esta construcción se presenta como un universo simbólico de significados que legitiman la estructura social. Luckmann (1973), por su parte, estudia el proceso de transmisión social de las cosmovisiones religiosas y sostiene que la religión estructura y ordena a la persona.

En cuanto a las funciones de la religión, algunos autores, como Durkheim (2007), muestran su papel como organizadora social. Otros autores han puesto énfasis en otras funciones también relacionadas con el orden social que supone la religión: influencia en las costumbres, el comportamiento humano, el poder político, la educación. Estas funciones pueden sintetizarse en dos: cohesión social y control social. En relación con la primera podemos señalar que la religión une a la sociedad por medio de valores, normas, símbolos y creencias comunes, hecho que posibilita la organización de la vida social, la integración, estabilización y homogeneidad. La influencia de la religión sobre la familia, la educación y la cultura permite la estabilidad y el orden social. La religión se constituye, en este sentido, como un universo simbólico de significados que estructura e integra una sociedad y que

legítima su estructura; además, regula otras áreas vitales, como la reproducción, la familia, las pautas horarias festivas, etc. (Álvaro y Garrido, 2003).

En cuanto a su función como control social, la religión ha ayudado a controlar los valores, las actitudes, el conflicto social, la desviación y el cumplimiento de leyes, aun cuando sean injustas. En este sentido, de acuerdo con Álvaro y Garrido (2003), la religión ha legitimado la estratificación social o el poder político y aún hoy muchas normas socioculturales están teñidas de justificaciones religiosas. Para Durkheim (2007) la religión santifica normas, leyes y usos sociales; es una forma suprema de control social, un freno potente de la anomia, de las conductas desviadas, de los impulsos revolucionarios y tendencias desestabilizadoras. Para Berger (1970), la religión es una construcción social y uno de los principales mecanismos para la producción de significados, a través de los cuales las personas encuentran sentido a su vida.

A partir de las ideas anteriores, el análisis del discurso producido por los actores sociales, representantes de las iglesias presentes en las comunidades, permitió identificar la conformación de un campo discursivo cuyo repertorio conceptual reproduce los estereotipos de una juventud con propensión natural a la maldad y, por tanto, siempre necesitada de orientación y de guía. Este campo discursivo se conforma a partir de la metaforización de la vida como camino, el cual debe implicar valores como la bondad y el respeto a los adultos. Esta metaforización es la que legitima la conceptualización de la juventud como condición de tentación continua y susceptible al desvío y autoriza la intervención con prácticas coercitivas en los procesos de construcción identitaria de los jóvenes. Estas prácticas y el repertorio conceptual en que se fundamentan a veces resultan tan extremas que pueden desembocar en situaciones problemáticas para los jóvenes; tan problemáticas que pueden terminar en el suicidio.

Referencia

El análisis de esta estrategia indaga por la definición de la juventud desde la institución religiosa. Como en las instituciones anteriores, aquí predomina la noción de etapa en asociación con conceptos tales como *prueba, capacidad, experimentación*, entre otros.

La juventud pues es una etapa definitiva, de muchas decisiones, lo que tú decidas en esa etapa es lo que llevarás el resto de tu vida. Vivir la juventud es andar por el buen camino, tener la capacidad de hacer a un lado las piedras que el enemigo pone y no desviarse.

Los jóvenes son lo mejor que pueden tener estas comunidades, son como la semilla para que el mensaje de Dios florezca y así pueda haber una buena convivencia en la sociedad.

La juventud es ese momento que todos vivimos, el periodo de la prueba, porque es cuando más tentaciones enfrentamos y cuando menos capacidad tenemos para enfrentarlas y para no caer en ellas.

La juventud es la etapa más bonita de la vida, porque empiezas a conocer el mundo, a experimentar, donde dejas los juegos, los juguetes y empiezas a relacionarte con otras personas, con las mujeres y vives, como dicen, la primavera de la vida.

Como ya se señaló, la idea predominante en estas definiciones es la de juventud como etapa; en tanto tal, la juventud se asocia con conceptos que adquieren sentido por su pertenencia a un campo discursivo en que las ideas del bien y del mal se conjugan para comprender la vida de las personas. En el primer caso, se señala que la juventud es una etapa definitiva principalmente porque las decisiones que aquí se tomen tendrán consecuencias a lo largo de la trayectoria vital de los sujetos. Así como en los casos anteriores, esta estrategia pone en juego la metáfora vida=camino; pero ésta adquiere otra dimensión cuando involucra la idea del bien y del mal, de los obstáculos que los jóvenes pueden enfrentar (tentaciones) y de la necesidad de saber discernir para lograr “una buena convivencia en la sociedad”.

Predicación

Los predicados atribuidos a la juventud conjugan una serie de elementos dicotómicos articulados alrededor de la noción de respeto. Por una parte, se establece una distinción entre antes y ahora en relación con los modos de vivir la condición juvenil; por otra parte, se reproduce la idea de rebeldía como atributo inherente de los jóvenes y se introduce la necesidad de control (*domar*) para mantener la condición juvenil tal como era en el pasado: respetuosa, respetable.

Los jóvenes aquí en las comunidades ya no son como antes. Yo llevo años aquí y he visto los cambios. Antes eran muchachos disciplinados, pero ahora hay mucha falta de respeto.

Lo que veo es que ahora se ha perdido la esencia de la juventud, que era como vivir la vida libre, sin preocupaciones, con respeto, no sólo a los padres sino a Dios sobre todo, pero ahora los jóvenes son muy rebeldes. Uno como autoridad ha perdido peso en sus vidas y ya no nos respetan.

La juventud de ahora es tremenda. Se acabaron aquellos tiempos en que se les podía domar fácil, ahora no puede uno decirles nada, aunque a veces sea como consejo pero lo toman como regaño y que uno ya no se puede meter en su vida. La verdad todo está peor.

El conjunto de predicados que se constituyen en la implementación de esta estrategia se funda en la idea de naturalización y universalización de la condición juvenil. Esa idea de naturalización se construye con base en la noción de que la juventud debe ser una, sin cambios a lo largo del tiempo y sin posibilidad de ser afectada por el devenir histórico de las comunidades. Sin embargo, esta idea implica una contradicción, pues, como se dijo anteriormente, la juventud emerge como categoría social gracias a la consolidación de las escuelas de educación media superior; es decir, que antes de este hecho la juventud no era reconocida, no era pensada, pues las personas en la edad típica asociada con el inicio de la juventud se incorporaban inmediatamente a la actividad laboral familiar.

Argumentación

Con el desarrollo de esta estrategia en el discurso de la institución religiosa se presenta el conjunto de justificaciones que respaldan la idea de que la juventud ha cambiado, de que “ya no es como antes” y de que ahora es peor. Este conjunto de argumentos inicia con el reconocimiento del carácter natural e inevitable del cambio; sin embargo, dadas las consecuencias del cambio, queda implícita la idea de que “antes todo era mejor”.

Vemos el cambio en la juventud nomás al salir a la calle. Aquí cuándo íbamos a pensar en ver hombres con tatuajes, o hasta mujeres. Ahora vas a la esquina y hay unos ahí con cabello largo, con tatuajes, fumando. La juventud ya cambió y para peor.

Sí es cierto que de por sí todo cambia, que no podemos esperar que todo siga igual. Pero tú te preguntas cómo aquí, en estas comunidades tan lejos de todo, vas a poder ver todas esas cosas que sólo pasan en la ciudad o los pueblos grandes. Aquí nunca se había escuchado de muertos, talvez sí pero por enfermedad o accidente, pero ahora los matan, y cuando se averigua quien fue, espanta saber que son jovencitos, y todo por qué, porque ya aprenden a tomar o a fumar mariguana, y ya perdidos hacen toda clase de maldades. Desafortunadamente los jóvenes se están echando a perder.

Desde donde nos corresponde tratamos de involucrar a todos, por igual; pero lo cierto es que en los jóvenes no podemos confiar, porque son muy irresponsables, no saben pensar, o hacen todo muy a la carrera, son muy desesperados, y eso no ayuda.

Como puede observarse en los fragmentos, el cambio es visible, sobre todo, por las transformaciones que los jóvenes implementan en la performatividad de su condición. Es decir, se establece una diferenciación a partir de las formas de presentación del cuerpo y de los comportamientos que ahora realizan los jóvenes rurales. Nuevamente aparece la idea de la juventud actual como lo “echado a perder”; como la concreción de la irresponsabilidad y de la incapacidad para pensar.

Puesta en perspectiva

Con esta estrategia el sujeto enunciador se ubica en el marco institucional que legitima su producción discursiva, pero, sobre todo, a través de esta estrategia el enunciador se representa como el modelo para la juventud. Como sucede con todo estereotipo, en este caso la institución del modelo de persona contribuye a simplificar el acto cognitivo de construcción de la identidad, proporcionándole a los jóvenes una única posibilidad de realizarse como personas; esto es, según el ejemplo que el pastor o el sacerdote constituyen.

Pues nosotros, como representantes de la iglesia, tenemos mucha responsabilidad, pues no se puede predicar si no es con el ejemplo. Así que si queremos tener jóvenes sanos, bien orientados y con respeto tanto a Dios como a la familia y a la sociedad, debemos actuar bien también.

Tenemos nosotros la obligación, la gran responsabilidad, de constituir el mejor modelo para los jóvenes. Es decir, que los jóvenes aspiren a ser como nosotros, eso nos pone en una gran responsabilidad y no tenemos más que pedir el favor de Dios para así guiar a los jóvenes por el camino correcto.

Como sucede en la mayoría de los casos, la puesta en perspectiva se concreta en la dilución del sujeto como individuo y se encarna en una entidad colectiva por la cual el discurso adquiere autoridad para intervenir en la constitución de las subjetividades. Aquí el sentido de responsabilidad que articula toda la función social del representante religioso no se relaciona tanto con el cuidado y la atención hacia los jóvenes sino, sobre todo, a una obligación adquirida por la posición que ocupa en la estructura social.

Intensificación/atenuación

La implementación de esta estrategia se basa en la enunciación paradójica del reconocimiento/negación de los derechos de los jóvenes a vivir su condición sin las limitaciones institucionales. Esta estrategia pone en claro también la articulación que

se supone debe existir entre las diferentes instituciones sociales, las cuales, en su conjunto, son responsables de la formación de los sujetos jóvenes.

Nosotros hablamos mucho con los jóvenes, pero con los que se acercan a nosotros, y les decimos que hay libertad, pero que debemos ejercerla con responsabilidad. Por eso, como jóvenes, deben andar en el camino de Dios, porque si no ya es libertinaje y eso trae muchos problemas.

Tenemos la obligación de velar por la salud espiritual de nuestros jóvenes. Por eso debemos encaminarlos siempre por la ruta correcta. Es cierto que ellos tienen libertad, como todos, pero no todos podemos hacer lo que queremos, siempre hay que respetar las reglas, de la familia, de la escuela, de Dios.

La dinámica de liberación/prohibición que subyace en el discurso religioso ejerce una fuerte influencia en las prácticas sociales de los jóvenes rurales. Después de la familia, la iglesia es la institución con mayor poder sobre la constitución de las identidades juveniles, por lo que sus códigos tienen influencia más allá del patio del templo y actúan como un continuo observador que controla las relaciones sociales.

La observación de las prácticas sociales en las comunidades rurales donde se realizó la investigación permitió advertir la fuerza de la institución religiosa y el carácter perjudicial que adquiere la asunción irreflexiva de su función social por parte de sacerdotes y pastores. Ese poder coercitivo del control religioso ha llevado a jóvenes a realizar acciones que los ponen en peligro; incluso se recuperó información sobre un caso de suicidio porque la persona era continuamente expuesta en la congregación por su relación amorosa con una persona de otra religión. Estos ejemplos muestran cómo el discurso que se produce desde la institución religiosa tiene un fuerte efecto no sólo en la constitución de las identidades juveniles rurales, sino, sobre todo en su performatividad.

5.1.4. La producción de las juventudes desde el gobierno

De acuerdo con Bourdieu (2007) el Estado es uno de los principales productores de términos que construyen y clasifican grupos sociales. En este sentido, la edad, tal como otras categorías demográficas, es resultado de esa producción socioestatal y una de las categorías más naturalizadas. El mejor ejemplo de la producción estatal de la juventud puede reconocerse en el ámbito de las políticas públicas, en cuyo diseño se establece un conjunto de atributos para definir lo que es la juventud como categoría social.

En el caso de las políticas públicas en México, pueden observarse diferentes significados por medio de los cuales es producida la categoría *juventud*: transición, problema, actor estratégico del desarrollo, entre otros; cada uno de estos significados tiene implicaciones en las acciones y líneas estratégicas que se realizan para atender al sector juvenil. Para el Instituto Mexicano de la Juventud (2017), por ejemplo, el término *juventud* permite, por un lado, identificar el periodo de vida de una persona que se ubica entre la infancia y la adultez, es decir, entre los 12 y los 29 años; por otro lado, imposibilita de antemano su propia definición dado el conjunto de características muy heterogéneas que debe referir. En el discurso de instituciones como el Imjuve puede observarse la imposibilidad de nombrar a los jóvenes en tanto que actores del presente. Se sostiene, por ejemplo, que el reto de las instituciones es convertir a los jóvenes en agentes de cambio para el futuro, lo que deja implícita la idea de la invisibilización del potencial actual de la juventud, la cual sólo es considerada como tal en tanto que realización futura.

La Ley del Instituto Mexicano de la Juventud (2015) sostiene que, por su importancia estratégica para el desarrollo del país, la población cuya edad quede comprendida entre los 12 y 29 años, será objeto de las políticas, programas, servicios y acciones que el Instituto lleve a cabo, sin distinción de origen étnico o nacional,

género, discapacidad, condición social, condiciones de salud, religión, opiniones, preferencias, estado civil o cualquier otra. Asimismo, se señala que los jóvenes, por su condición humana particular, representan un potencial humano que los hace formadores de cambios sociales y actores estratégicos para el desarrollo de nuestra sociedad.

En el contexto estatal, en la Ley de Juventud para el Estado de Chiapas (2012), leemos que:

La juventud [...], si bien es el grupo de población más y mejor educado, con la finalidad de diálogo con nuevas tecnologías y con una abierta capacidad de transformación y readecuación de normas y formas sociales, es también una población que enfrenta elevados niveles de exclusión social y económica, forma parte de una sociedad que le ofrece empleos precarios, deserción escolar, ambientes violentos, espacios restringidos de esparcimiento y reunión, altos niveles de migración nacional e internacional, entre otros (Considerando, párr. 3).

En ese mismo documento, en su artículo 3, se definen tanto el concepto *joven* como el de *juventud*. Así, tenemos que se denomina joven al sujeto de derecho cuya edad comprende el rango entre los 12 y los 29 años, identificado como un actor social estratégico para la transformación y el mejoramiento del estado. El concepto de juventud, por su parte, se utiliza para referir el conjunto de jóvenes sin importar su nacionalidad, origen étnico, idioma, lengua, género, credo, filiación política, preferencia sexual, posición económica, discapacidad, circunstancias de nacimiento o cualquiera otra condición suya o de sus ascendientes, tutores o representantes legales.

En los artículos 28, 29 y 30 de la ley citada se establecen tanto el derecho de los jóvenes a fortalecer sus identidades como la obligación del gobierno en este sentido. En cuanto a lo primero, la Ley sostiene que:

Todas las y los jóvenes como miembros de una sociedad pluricultural y como integrantes de un Estado en constante cambio tienen el derecho de fortalecer y expresar los diferentes elementos de identidad que los distinguen de otros sectores y grupos sociales y que, a la vez, los cohesionan con otros (Art. 28).

En cuanto a las obligaciones del gobierno, se establece que éste:

Debe crear, promover y apoyar, por todos los medios a su alcance, iniciativas e instancias para que las y los jóvenes de esta Entidad tengan la posibilidad y la oportunidad de fortalecer sus expresiones de identidad y puedan darlas a conocer a otros sectores sociales (Art. 29).

En el artículo 30 se hace referencia al Plan Estatal de Atención a la Juventud, el cual debe ser elaborado por el Comité Directivo del Sistema Estatal de Atención a la Juventud. De acuerdo con este artículo, “el Plan dentro de sus lineamientos debe contemplar mecanismos para el estudio, la sistematización, la promoción y el fortalecimiento de las diferentes identidades juveniles que coexisten en la ciudad”. En este caso resulta curioso que el plan tenga como población objetivo a las juventudes que “coexisten en la ciudad”, como si fuera elaborado únicamente para la capital del estado y dejara fuera a la población juvenil de todas las comunidades rurales que conforman el territorio chiapaneco. Haya sido un error involuntario o no, la hechura de este tipo de planes sigue excluyendo la diversidad de formas de vivir la condición juvenil, pese a que se orienta a su reconocimiento.

El reconocimiento del marco normativo para la atención de la juventud en el estado fue necesario para analizar el discurso producido por las instancias municipales que forman parte de la investigación. Se partió del supuesto de que la atención a la juventud en las comunidades rurales está orientada por las mismas líneas de acción que se establecen en la Ley. Sin embargo, las entrevistas a los representantes de los gobiernos municipales permitieron reconocer que, en algunos

casos, no existe siquiera una comisión de atención juvenil, mucho menos un instituto municipal como responsable de la aplicación de lo dispuesto en la Ley. Esta situación evidencia que la brecha entre las políticas públicas y su aplicación concreta en la población objetivo se vuelve insalvable, lo que contribuye, en este caso, a perpetuar la invisibilización de las juventudes rurales.

Dadas las condiciones anteriores, en los próximos párrafos se ilustra el funcionamiento de las estrategias discursivas utilizadas por los actores institucionales representantes de la política social municipal, con el propósito de identificar cómo son producidas las juventudes en este campo discursivo. Esa identificación parte del análisis del repertorio conceptual en que se articulan definiciones y atributos adjudicados a la condición juvenil.

Referencia

La implementación de esta estrategia busca la definición de lo que constituye la juventud y conjuga la experiencia vital de los adultos con la posición política que el sujeto enunciador asume en relación con la estructura social comunitaria.

La juventud es el momento más importante en la vida de la persona, donde necesita mucho apoyo, mucha orientación.

Los jóvenes son los que tienen entre 17 y 25 años, pero más que edad o compromisos marcados por la ley, los jóvenes son los que tienen la fuerza para trabajar, por eso aunque estén casados, que por eso se podría pensar que ya no son jóvenes, sí siguen siendo, porque tienen las fuerzas para trabajar.

Los jóvenes rurales son los que tienen muchas carencias. De por sí la juventud es una etapa donde necesitan mucho y requieren el cuidado y la vigilancia, no sólo de la familia, sino también de las autoridades, que tenemos que vigilarlos. Y peor aquí, los jóvenes son los que necesitan más, no sólo atención y control para que no se echen a perder, sino también atención por parte del municipio.

La juventud la verdad es complicada. Aquí nos enfrentamos con muchos problemas sobre todo por los jóvenes. Porque si hablamos de juventud es como

decir problemas, drogas, alcoholismo, peleas en la calle, eso es la verdad la juventud, porque ya no es como antes, que éramos más tranquilos, dedicados sólo a trabajar. Ahora la juventud es puro internet, puro celular, y están bien viciados con esas cosas.

Los fragmentos discursivos que ilustran el funcionamiento de esta estrategia ponen en juego conceptos altamente frecuentes en todo discurso sobre la juventud: etapa/momento de la vida, necesidad, apoyo, orientación, carencia, control y vigilancia. Lo distinguible, en el caso del segundo fragmento, es la mención de características específicas de la juventud, principalmente en cuanto a rango etario y a atributos físicos. En este sentido, la juventud es definida como la etapa comprendida entre los 17 y 25 años; sin embargo, luego se afirma que es la fuerza física más que la edad la que determina si se es joven o no.

La definición de juventud se basa en la naturalización de la categoría. Esa naturalización implica la incorporación de los atributos comúnmente asociados: “de por sí la juventud es una etapa donde necesitan mucho y requieren el cuidado y la vigilancia”. La consideración de la juventud como *necesitada de*, así como *requiriendo siempre* cuidado y vigilancia, es lo que determina las acciones que desde el gobierno municipal se implementan. La consideración anterior es la que valida afirmaciones tales como “si hablamos de juventud es como decir problemas”.

Predicación

Esta estrategia, si bien presenta algunos rasgos negativos fuertemente consolidados en la mayoría de las imágenes sobre la juventud, articula varios rasgos positivos asociados con la importancia de los jóvenes para el desarrollo social. Desafortunadamente esta predicación acusa también la falta de oportunidades que tienen los jóvenes rurales para realizar sus proyectos de vida.

La juventud aquí de verdad es preocupante. Si bien podemos definirla como la edad, o la etapa más bonita de nuestra vida, lo cierto es que es cuando más problemas causamos, porque no sabemos pensar, y actuamos así, a lo loco.

Los jóvenes son muy importantes en el desarrollo comunitario, pero hace falta motivación. Aquí tenemos muchas carencias que no nos permiten darles los espacios que necesitan, pero ellos sí son necesarios para nuestra comunidad porque tienen ideas nuevas que pueden mejorar nuestra comunidad.

Debemos valorar el papel de la juventud, porque a pesar de todo, sean como sean, lo cierto es que tienen mucho valor para nuestra comunidad. Ellos ahora proponen nuevas ideas para trabajar en la comunidad, pero es difícil mantenerlos aquí, porque aquí no tenemos oportunidades para ellos.

En este campo discursivo podemos observar el inicio de una transformación en la conceptualización de la juventud, pues aunque aún se presentan rasgos negativos, como el carácter problemático inherente de los jóvenes, ya aparecen rasgos positivos, como el reconocimiento del potencial de cambio a través de ideas nuevas. Sin embargo, en tanto que encargados de la política municipal, los emisores del discurso reconocen que los jóvenes tienen muchas carencias y no cuentan con los espacios necesarios para desarrollarse.

Argumentación

En el análisis de esta estrategia observamos nuevamente la transición que se opera en el campo discursivo. Esa transición implica el paso de la naturalización de los atributos negativos de los jóvenes al reconocimiento de la influencia sociocultural en la dificultad que encuentran los jóvenes para realizar sus proyectos de vida en las comunidades rurales.

Pues sí, como le digo, cuando hablamos de jóvenes es tratar de problemas, porque así lo vemos nosotros desde nuestro trabajo. Si conformamos la comisión para atender a los jóvenes es sólo para buscar solución a sus problemas, porque ellos son así pues, generalmente problemáticos por no saber pensar.

Cuando los jóvenes participan en reuniones, que a veces sus papás los mandan a las juntas ejidales, pues se ve que tienen ideas nuevas, proponen cosas distintas a los señores ya mayores, y considero que se deben tomar en cuenta.

Sí, considero que debemos tener otro trato con ellos, porque ahora están más preparados. Antes era fácil controlarlos y quizá estábamos mal con tanta vigilancia, porque no podían vivir como ellos querían, pero ahora parece que hay más conocimiento, sobre todo ellos, que están más informados, y debemos reconocer lo bien que pueden hacer por la comunidad.

En el primer fragmento se sintetiza la función del gobierno municipal en relación con la atención que brindan a los jóvenes. Ésta se orienta, preponderantemente, a la solución de problemas atribuidos a la naturaleza de la juventud, sin considerar las implicaciones que la falta de proyectos de impulso al desarrollo de la juventud pueda tener en los mismos problemas que pretenden solucionar.

En los fragmentos subsiguientes se identifican los rasgos positivos que caracterizan a la juventud actual. Se reconoce que la relación adultos/jóvenes ha estado atravesada por el deseo de control y vigilancia por parte de los primeros pero que en la situación actual de las comunidades es necesario transitar hacia un trato más igualitario.

Puesta en perspectiva

Con la implementación de esta estrategia se evidencia la falta de atención hacia la juventud en el gobierno municipal. Se reconoce el valor de la juventud pero también la falta de valoración por parte de las autoridades municipales.

Nosotros reconocemos las carencias que hay, pero intentamos hacer lo más que se pueda desde nuestra función en el ayuntamiento. Desafortunadamente no todos tienen conciencia de lo que representa la juventud, y aunque haya buena intención al final no se hace nada. Y los jóvenes pues ahí van viendo cómo le hacen.

La verdad que no hacemos nada, no podemos hacer nada más. Nuestra función no es más que vigilar que no haya problemas en la comunidad, lo que significa a veces tratar con muchos jóvenes, que son los más problemáticos.

Tenemos nosotros la responsabilidad de hacer algo por todos, pero lo urgente es atender los problemas de los mayores, de los adultos, que es urgente porque tiene que ver con mantener la familia, y cosas así, importantes. Los jóvenes tienen la escuela, la cancha, los parques.

Con esta estrategia los emisores del discurso reconocen su responsabilidad frente a todos los sectores poblacionales de sus municipios; sin embargo, terminan reforzando la evidencia de la invisibilización de las juventudes al considerarlas como algo “no urgente”, “no importante”. Esta falta de atención se justifica por la existencia de otras instituciones, como la escuela, y otros espacios, como la cancha y los parques, entendidos como espacios de construcción de los sujetos.

Como puede observarse en los fragmentos analizados, los discursos que se producen en las instituciones sociales son, en su mayoría, discursos monvocálicos, cerrados, que clausuran. Es decir, los campos discursivos se instituyen a través de la constitución de una sola voz como la portadora de la legitimidad para poder decidir qué son las juventudes y cómo deben ser tratadas en el contexto de las comunidades rurales. Por otra parte, clausuran toda posibilidad de diálogo con los jóvenes, pues los consideran incapaces de pensar, propensos a generar problemas, a la violencia.

Las proposiciones que se utilizan para definir lo que es la juventud se construyen sobre la base de enunciaciones generales, impersonales y poco específicas tanto en la atribución de las acciones a los jóvenes como a su demarcación temporal. Es decir, frente a la pregunta expresa de qué es la juventud y los rasgos para identificarla, los actores institucionales coinciden en la reproducción del estereotipo que naturaliza la juventud como etapa biológica, más que como una condición con determinantes sociales, culturales, políticas, entre otras.

5.2. Formaciones discursivas sobre las juventudes rurales configuradas en los campos institucionales

Este proceso de análisis sigue una línea foucaultiana, particularmente para entender la relación entre discurso y poder, la construcción discursiva de sujetos sociales y el funcionamiento del discurso en el cambio social. Entre todas las valiosas contribuciones de Foucault aquí resulta útil la noción de *formación discursiva*, la cual consiste en una serie de reglas de formación para el conjunto particular de enunciados producidos en una práctica discursiva; esas reglas contribuyen a la formación de modalidades enunciativas y posiciones de sujeto, reglas para la formación de conceptos y reglas para la formación de estrategias. Estas reglas de formación “son constituidas por combinaciones de elementos discursivos y no discursivos y el proceso de articular estos elementos hacen del discurso una práctica social” (Fairclough, 1993, p. 37).

Para identificar las formaciones discursivas sobre la juventud se analizaron los discursos obtenidos a través de las entrevistas a distintos actores institucionales de los cuatro municipios que conforman la región sociocultural. Los participantes se han clasificado de acuerdo con la institución social que representan:

Tabla 5. Clasificación de actores institucionales

Familia (F)	Escuela (E)	Iglesia (I)	Gobierno (G)¹
Padres y madres	Profesores de escuelas de nivel medio superior	Pastores y sacerdotes	Presidentes municipales, regidores y encargados de las comisiones municipales de atención a la juventud

¹ Las letras entre paréntesis se usarán como claves para indicar la fuente de enunciación cada vez que se reproduzca la voz de los participantes en ejemplos transcritos.

El análisis partió de la agrupación de los discursos en función de su adscripción institucional. Enseguida se realizó un procedimiento de cribaje que consiste en separar los enunciados en función de sus configuraciones temáticas. Luego se reagruparon por campo y por tema para proceder al análisis. La segunda fase consistió en analizar las modalidades enunciativas (cómo se crea el objeto o concepto y cómo se habla de él) y los posicionamientos o posiciones de sujeto que se establecen en cada campo. Esta fase también implicó analizar las prácticas sociales para observar el funcionamiento del discurso en el ámbito de las relaciones sociales.

Si bien las formaciones discursivas son entendidas como series de reglas, nosotros consideramos que en tanto series pueden enunciarse, lexicalmente, a través de formas adjetivas sufijadas, de tal modo que sinteticen, al mismo tiempo, la formación de conceptos y el posicionamiento de los sujetos y expresen la condensación del carácter ideológico de los discursos. En función de lo anterior, a continuación se exponen las principales formaciones discursivas identificadas en los discursos producidos en los campos institucionales:

5.2.1. Sociopatologismo

Esta formación discursiva está constituida por la recurrencia de expresiones que refieren al joven o a la juventud con términos relacionados con la enfermedad. Las expresiones presentes en los discursos conforman el campo semántico del binomio salud/enfermedad y se condensan en la metaforización de la sociedad como *cuerpo*.

Pues el municipio sí se preocupa por los jóvenes, y hacemos todo lo posible para que se mantengan sanos, así que damos pláticas sobre sexualidad, para evitar adicciones, porque pues los jóvenes son así de por sí, están propensos a caer en las drogas, y si queremos que nuestra comunidad esté bien pues debemos cuidar a nuestros jóvenes. (G)

Los temas que maneja la comisión para jóvenes son sobre el alcoholismo, y las drogas principalmente, porque la verdad la comunidad ya no es como antes, que los jóvenes eran sanos y se portaban bien. Ahora todo tiene que ver con que se van al Norte y a Estados Unidos, allá aprenden muchos vicios y luego vienen aquí y echan a perder a los demás jóvenes. (G)

El uso del celular y de internet sí ha causado problemas entre los jóvenes, porque antes eran más sanos, ahora como que todo lo que ven en internet los va contaminando, se van contagiando de los vicios o los malos comportamientos que ven, como la pornografía, porque ahora desde chiquitos tienen comportamientos más sexuales, y el noviazgo por ejemplo ya no es inocente como antes, sino que los hombres ya quieren más cosas que antes sólo se permitían cuando estaban casados, eso es enfermo y perverso. (I)

La verdad pues sí, las cosas van cambiando. Ahora los jóvenes como que son más enfermos, ya se ven casos de homosexualidad, por ejemplo, que antes sólo se escuchaban o se veían en la tele, que pasaban en las ciudades, tal vez por las drogas y todos los vicios que hay allá, pero ahora aquí también se ven, a lo mejor porque muchos se han ido al Norte, y cuando regresan ya regresan enfermos, con otras ideas que van transmitiendo a los demás. (F)

Pues nosotros como padres tenemos una gran responsabilidad, porque nuestros hijos en tantito se desvían, si los descuidamos tantito ya están en las esquinas tomando trago, fumando, o a veces hasta drogándose tal vez, así que tenemos que mantenerlos alejados de otros, porque entre jóvenes se van contagiando de los vicios y al final no sólo ellos terminan mal, sino también nosotros como padres, porque la gente nos ve mal y dicen que no cuidamos a nuestros hijos, y también la comunidad, porque hay más problemas, inseguridad, porque las muchachas por ejemplo ya no salen de noche porque les da miedo cruzar donde están los jóvenes tomando. (F)

En esta formación discursiva está implícita la idea de la sociedad/comunidad como un organismo vivo; en tanto tal, es susceptible de contraer enfermedades, pero también de curarse, y necesita ciertos cuidados, como el aislamiento, la cuarentena. Es producida con mayor fuerza en las instituciones de gobierno, iglesia y familia. La juventud, en este caso, es producida como el miembro o el órgano del cuerpo social que tiene más propensión a enfermarse o que ya está enfermo, por lo que debe, como

con cualquier órgano enfermo, procurársele el cuidado necesario, ya sea para evitar que se enferme o para restablecer su salud. Las personas jóvenes son creadas como portadoras de la enfermedad social, por lo que los conceptos más recurrentes tienen que ver con asuntos médicos. Esta formación discursiva legitima la intervención de las instituciones sobre la corporalidad de los jóvenes: ya que los producen como enfermos, las instituciones tienen todo el deber —moral, social— de curarlos o separarlos (ponerlos en cuarentena) para evitar la contaminación y el contagio.

5.2.2. Psicologismo

Esta formación discursiva está relacionada con la anterior por la recurrencia de la idea de enfermedad; la diferencia estriba en que la primera habla del cuerpo enfermo y esta de *la mente incapaz*. En esta formación se observa la reproducción de los estereotipos biologicistas o psicologicistas que autorizan la implementación de estrategias y políticas de control sobre las juventudes.

Creemos que es necesario hablar con los jóvenes para evitar los problemas típicos de su edad. Como bien se sabe, los jóvenes tienen muchos problemas, no saben cómo pensar las cosas y actúan sin medir las consecuencias de sus acciones. Dicen: “voy a tener relaciones, y si se embaraza mi novia pues ya veremos. Nos vamos pa'l Norte y ya”. Ellos no saben pensar y debemos orientarlos para que piensen bien las cosas. (I)

Tenemos muchos problemas con nuestros hijos, porque tenemos que pensar por ellos, decirles qué deben hacer, porque si no lo hacemos así se desvían y tienen más problemas y nosotros también tenemos más problemas. Lo bueno es que no es eterna [la juventud] y ya se les va a pasar, cuando aprendan a pensar bien ya estaremos tranquilos, mientras tanto hay que aguantar. (F)

Vienen las mamás y nos dicen que no saben qué hacer con sus hijos, porque los jóvenes ahora son más rebeldes y tienen pensamientos que uno nunca imaginó en sus tiempos. Las mamás a veces no saben cómo lidiar con sus hijos, porque los muchachos sienten que tienen más libertad, que pueden pensar lo que quieren y a

veces esos pensamientos no son buenos. Entonces nosotros debemos ayudar, hacer algo para que esos jóvenes sigan por el buen camino y no se dejen dominar por pensamientos que sólo les producen problemas. (I)

Como que nos tocó la etapa más difícil, porque siendo maestros de primaria quizá no hay tanto problema, pero aquí en el Telebach los jóvenes ya son bien difíciles, si no tienes cuidado te salen con unas cosas que uno nunca imagina que puedan hacer. Ahora lo que se ve es que ya están más despiertos, más vivos, y ya no se dejan, pero pues uno como maestro debe saber actuar en ese sentido también, no sólo enseñarles lo que son las materias, sino que aprendan a pensar bien, a orientarlos. (E)

En esta formación discursiva se produce a los jóvenes como incapaces de pensar, como personas con mayor susceptibilidad de *desorientarse* o *ya desorientadas*. Se concibe también a la juventud como una etapa problemática de la vida; como el conjunto de personas con pensamientos *que no son buenos* y que tienen *la ilusión de poder pensar lo que quieran* pero se topan con la realidad producida por los adultos. En esta formación la institución religiosa tiene un mayor peso, incluso su legitimidad para intervenir sobre la juventud es reforzada por la familia, quien recurre a ella para poder encauzar o encaminar a quienes consideran se han desviado de lo que las instituciones consideran el modelo de ser joven.

5.2.3. Culturalismo

En esta formación discursiva podemos encontrar expresiones recurrentes que refieren la juventud como *una cultura diferente*, distinguible por los signos que exteriorizan y las prácticas sociales que promueven. En esta formación se pone en juego también el cambio en los gustos musicales de los jóvenes, propiciado por la introducción de las tecnologías de comunicación y por la migración y retorno de muchos jóvenes. Los discursos que se engloban en esta formación acusan la idealización de la comunidad rural como un espacio cerrado que debe mantenerse

protegido del contacto exterior. Por otra parte, esos discursos nos hablan de los conflictos generacionales que se suscitan en el plano cultural, pues por una parte los adultos temen la apertura del espacio comunitario al espacio global y, por otra, los jóvenes funcionan como barrenas que permiten la proyección de la comunidad en el entorno global.

Si salimos a las calles de la comunidad podemos mirar fácilmente lo que significa ser joven. En la esquina hay un montón de chavos con pantalones rotos, sus chamarras negras y algunos con aretes. Los que tienen dinero tienen ahí también sus motos, todas adornadas, con un montón de lujitos. Dicen que la juventud es algo del corazón o de la mente, pero si yo me siento joven, o aunque me sienta joven, no me ven como joven porque no me visto como ellos, y si me vistiera como ellos la gente me miraría mal si yo estuviera ahí con los jóvenes, porque yo ya tengo hijos. (F)

La juventud aquí se vive diferente, diferente de como era antes pues, pero parece que ya casi es igual que en la ciudad, porque muchos [jóvenes] se van a la ciudad y vienen con unas modas raras. Aquí por ejemplo nunca se había visto que un hombre usara arete, eso es de mujer, o el cabello largo, que sólo es de mujer pues, pero ahora va uno el lunes a la plaza y un montón de jóvenes con tatuajes, aretes y pelo largo. (F)

Lo que hemos visto es que los jóvenes van cambiando. Antes escuchábamos música bonita, en mi tiempo por ejemplo era la marimba y otros cantantes de música así como del campo, pero ahora me ha tocado escuchar mucho eso del reguetón y otras músicas que me sorprenden porque dicen cosas que no están bien: hablan del narco, de matar, de violar, de tener sexo. Esa es la música de los jóvenes. Vamos a visitar las comunidades y donde antes se escuchaba la radio o la marimba ahora retumban los estéreos con música esa de metal, de rock o rap, y son los jóvenes los que son así. (I)

Estos fragmentos muestran cómo la formación discursiva culturalista se compone de expresiones donde la juventud es producida como una cultura aparte de los otros grupos de edad en las comunidades. Esta formación es una de las más frecuentes en el ámbito de los estudios sobre juventud, donde se habla de *tribus*

juveniles. Las representaciones que se constituyen en esta formación se basan en los signos que componen la vestimenta, los gustos musicales, los tatuajes y otras formas de producción de la corporalidad. Todos estos signos son vistos como propios de una cultura distinta, como *modas raras*, que no encajan con la idea de juventud que tienen las comunidades.

5.2.4. Naturalismo

Esta formación discursiva mantiene implícita la idea de la inmutabilidad de la condición juvenil porque se la considera una etapa natural caracterizada por la inseguridad, la falta de capacidad, la propensión a hacer mal todo, por la mayor tendencia al desvío. En tal sentido, la juventud es producida con fundamento en principios biológicos, como algo dado de forma natural que es, por tanto, universal. Cuando las personas jóvenes son puestas en discurso son juzgadas por no ajustarse a la norma natural, a lo que deberían ser de acuerdo con las expectativas de los adultos.

Pues el municipio sí se preocupa por los jóvenes, y hacemos todo lo posible para que se mantengan sanos, así que damos pláticas sobre sexualidad, para evitar adicciones, porque pues los jóvenes son así de por sí, están propensos a caer en las drogas, y si queremos que nuestra comunidad esté bien pues debemos cuidar a nuestros jóvenes. (G)

Pues nosotros como padres tenemos una gran responsabilidad, porque nuestros hijos en tantito se desvían, si los descuidamos tantito ya están en las esquinas tomando trago, fumando, o a veces hasta drogándose tal vez, así que tenemos que mantenerlos alejados de otros. (F)

Creemos que es necesario hablar con los jóvenes para evitar los problemas típicos de su edad. Como bien se sabe, los jóvenes tienen muchos problemas, no saben cómo pensar las cosas y actúan sin medir las consecuencias de sus acciones. Dicen: “voy a tener relaciones, y si se embaraza mi novia pues ya veremos. Nos vamos

pa'l Norte y ya". Ellos no saben pensar y debemos orientarlos para que piensen bien las cosas. (I)

Lo bueno es que no es eterna [la juventud] y ya se les va a pasar, cuando aprendan a pensar bien ya estaremos tranquilos, mientras tanto hay que aguantar. (F)

Como que nos tocó la etapa más difícil, porque siendo maestros de primaria quizá no hay tanto problema, pero aquí en el Telebach los jóvenes ya son bien difíciles. (E)

El uso del celular y de internet sí ha causado problemas entre los jóvenes, porque antes eran más sanos, [...] ahora desde chiquitos tienen comportamientos más sexuales, y el noviazgo por ejemplo ya no es inocente como antes, sino que los hombres ya quieren más cosas que antes sólo se permitían cuando estaban casados, eso es enfermo y perverso. (I)

Otro rasgo característico de esta formación es que los enunciados que la conforman establecen, la mayor parte de las veces, una distinción entre antes y ahora. En esta diferenciación la juventud actual es producida como *más enferma, más rebelde*. Las expresiones construidas con el adverbio comparativo señalan que la juventud es, *de por sí* —es decir, por naturaleza— enferma y rebelde, pero que en la época actual lo es *más*. Los rasgos naturales que se le atribuyen a los jóvenes son: propensión a enfermar; propensión al desvío; tienen problemas típicos; son incapaces de pensar; son bien difíciles. En esta formación desaparece el carácter de constructo social de la condición juvenil, pues se da por sentado que los jóvenes piensan, actúan y viven como lo hacen porque *así debe ser*, según su condición natural, y que su carácter de joven, con todos los problemas que implica, desaparecerá al pasar a la etapa adulta.

5.2.5. Sociologismo

La idea que subyace en esta formación es que los jóvenes son víctimas del sistema social en que se desenvuelven y del contacto con lo externo a través de la televisión,

la internet y las migraciones. Los jóvenes son representados como objetos, como productos de las condiciones coyunturales y de ese modo se trata de justificar sus acciones.

Ahora todo tiene que ver con que se van al Norte y a Estados Unidos, allá aprenden muchos vicios y luego vienen aquí y echan a perder a los demás jóvenes. (G)

El uso del celular y de internet sí ha causado problemas entre los jóvenes, porque antes eran más sanos, ahora como que todo lo que ven en internet los va contaminando, se van contagiando de los vicios o los malos comportamientos que ven. (I)

Ya se ven casos de homosexualidad, por ejemplo, que antes sólo se escuchaban o se veían en la tele, que pasaban en las ciudades, tal vez por las drogas y todos los vicios que hay allá, pero ahora aquí también se ven, a lo mejor porque muchos se han ido al Norte. (F)

Es buena la tecnología, no vamos a decir que no, pero también debemos ver sus efectos en nuestros jóvenes. Antes te encontrabas con un joven en la calle y se agachaba y te saludaba. Ahora vas por la calle y ves al joven que se agacha pero para ver su celular y ya no te saluda. Entonces todas esas cosas, que si el teléfono, que si el internet, que si el cable, sí van perjudicando a nuestros muchachos, porque ellos son así pues, que se dejan llevar por todo lo que ven y se envician muy rápido con las cosas que les llaman su atención. (G)

Pues la culpa es de todo lo que viene de afuera, porque aquí no hay mucho que ver ni mucho que hacer, pero lo que ven en la tele y esa música que traen los que van a la ciudad sí les perjudica. Empiezan a querer ser como lo que ven y cambian su forma de hablar, de vestir y de comportarse. (F)

Antes había terrenos para todos los hijos y cada uno hacía su trabajo y se mantenía; ahora un pedacito de terreno, cuando hay, ya no da para nada, las siembras ya no dan para nada, entonces es lógico que pasen esas cosas pues, si aquí no tenemos nada que darles ellos se lo van buscando, a veces con robar o hacer cosas malas. (F)

En esta formación los fenómenos sociales son representados como *algo más allá de la capacidad humana*, como algo que está sobre los jóvenes; estos no pueden modificar nada pues se encuentran bajo el peso de las constricciones socioculturales

y económicas: los medios los moldean a distancia y las migraciones los ponen en contacto con *lo contaminado*. Las expresiones que conforman esta formación producen una persona joven sin capacidad de agencia, es decir, como un sujeto cuya posibilidad de acción está anulada de antemano por su propensión a *dejarse llevar por todo lo que ve* y por la transformación de los modos de vida en las comunidades rurales, los cuales determinan sus acciones.

Si bien en esta última formación discursiva es más clara la producción de las juventudes rurales como incapaces de acción, por tanto necesitadas de apoyo, de orientación y cuidado para evitar su desvío, lo cierto es que todas las formaciones presentadas funcionan como discursos cerrados. Las personas jóvenes son producidas desde un discurso naturalista, atemporal y universal; un discurso adultocéntrico que produce las imágenes del otro desde una temporalidad estática, por lo que todo lo que constituye una diferencia con respecto a ese discurso es juzgado como transgresivo, violento o rebelde. La predominancia de este discurso constituye un obstáculo epistemológico para el conocimiento del otro: al no poder distinguir la diferencia y el potencial de diálogo en los jóvenes cualquier pensamiento o comportamiento diferente es tratado como no existente.

En resumen, todas las formaciones discursivas, y las imágenes que les subyacen, constituyen miradas estigmatizadoras de la juventud. Tanto la representación negativa de lo que son como la representación romántica de lo que deberían ser son posturas que niegan el reconocimiento o invisibilizan el potencial existente en las personas jóvenes. La negación del potencial de las juventudes es la base para las prácticas de intervención adultocéntricas que se implementan desde todas las instituciones. Los discursos, contruidos con la misma estrategia, resultan eficaces porque se retroalimentan en contra de la voz de aquellas juventudes que empiezan a configurarse como subversivas.

Capítulo VI. Construcción identitaria de las juventudes rurales

Introducción

En este capítulo se expone el análisis de la producción discursiva de los jóvenes participantes en la investigación. Se utiliza como base la noción de posicionamiento y a partir de ésta el enfoque se dirige a la manera en que las prácticas discursivas constituyen a los hablantes; al mismo tiempo, el posicionamiento es entendido como un recurso a través del cual las personas pueden negociar nuevas posiciones. Una posición de sujeto es una posibilidad entre las formas de categorización social conocidas; la posición es creada y, a través del habla, las personas se consideran a sí mismas como sujetos con una identidad determinada. Este concepto explica las discontinuidades en la producción de la identidad con referencia a las prácticas discursivas múltiples y contradictorias; explica también las interpretaciones que estas prácticas pueden hacer surgir cuando los participantes se involucran en los discursos.

El análisis de los posicionamientos implica hacer la distinción entre *asumir una posición* y *posicionarse*. Lo primero hace referencia a la determinación sociocultural del sujeto, a su contingencia, al lugar que se le asigna en la cadena significativa producida por otros enunciadores y que él asume como su deber ser; lo segundo se refiere al despliegue de sus recursos y a la constitución de su posición como agente (que tiene capacidad de obrar y que, de hecho, lo hace, en diferenciación o, incluso,

oposición al discurso que lo nombra) o como actor (que siendo él mismo representa un papel) en un discurso que, aunque producido por él mismo, es interdiscursivo —que adquiere sentido por su referencia/relación con otros discursos.

La interdiscursividad, entendida como la inclusión de rasgos considerados específicos de una formación discursiva en otra, no es una propiedad exclusiva del discurso institucional. Se presenta, además, en forma de citas de figuras de autoridad en el discurso de los propios jóvenes, lo que permite advertir la *colonización* del mundo adulto en la territorialización que los jóvenes reclaman como suya. Esta colonización se entiende desde el concepto de *adultocentrismo*, cuya dinámica de funcionamiento nos ayuda a entender las implicaciones del discurso social sobre la juventud en la construcción identitaria de las juventudes rurales.

6.1. La juventud en el discurso de los jóvenes rurales

En el capítulo anterior observamos cómo las instituciones sociales comunitarias producen a las juventudes en contextos rurales. En ese discurso abundan las metáforas naturalizantes y las generalizaciones que borran cualquier posibilidad de reconocer la diversidad de formas de vivir la condición juvenil, independientemente de los contextos sociales en que los jóvenes se desenvuelvan. Esa producción discursiva no es sólo discurso, o por lo menos no lo es en su forma *inocente*, sino que tiene implicaciones en las prácticas sociales observadas en las comunidades.

Ahora, en este apartado, se analiza cómo la juventud es representada a través del discurso de los propios jóvenes; en otras palabras, se analiza cómo los jóvenes son vistos por ellos mismos. Este análisis parte del reconocimiento de la ubicación de los jóvenes en el espacio social simbólico en relación con las figuras de autoridad que se autoerigen en cada una de las instituciones sociales que tienen presencia en las comunidades rurales. Además, el análisis involucra la identificación de la noción

de *hegemonía discursiva*, pues cualquier discurso producido en un contexto particular sólo adquiere sentido por sus relaciones con otros discursos, lo que implica una relación de poder entre los diferentes repertorios conceptuales que sustentan cada uno de esos discursos.

La hegemonía discursiva funciona de manera óptima cuando está internalizada o naturalizada por el yo que enuncia, es decir, cuando logra convertirse en productora de identidades e individualidades. Esta afirmación cobra mayor sentido en relación con lo que sostiene Williams (1980) respecto de la hegemonía como un proceso móvil y modificable; este autor señala que la hegemonía es un complejo efectivo de experiencias, relaciones y actividades que tiene límites y presiones específicas y cambiantes, que también es resistido y legitimado tanto por los propios sujetos como por las instituciones.

Para el análisis de la representación de la juventud en el discurso de los jóvenes utilizamos algunos presupuestos teóricos de Deleuze y Guattari (2004), particularmente la noción de *segmento*. Estos autores plantean tres segmentariedades diferenciadas que convergen en la construcción de la identidad: lineal, circular y binaria. La segmentariedad lineal hace referencia a las trayectorias de vida, por lo tanto remite a una historicidad que, para los sujetos sociales que aquí nos ocupan, no es en todos los casos, ni mucho menos, lineal sino discontinua. Esta condición es así por múltiples factores que inciden en la construcción de la juventud, las cuales convierten a los jóvenes en "adultos prematuros".

La segmentariedad circular se refiere a los entornos a los que la juventud tiene acceso. Los entornos están en continua expansión, ya que su naturaleza es dimensional y acumulativa, por lo que la ampliación de espacios sociales converge, a la vez que se transforma, con la dimensión temporal. Es decir, las redes de relación de los jóvenes crecen y cambian a medida que se van integrando en el mundo de los adultos y a través de procesos migratorios y el acceso a medios de comunicación

masiva. La familia, los amigos y la escuela dan paso a otro tipo de relaciones, las cuales corresponden a entornos de mayor dimensión, como es el caso del pueblo, la ciudad, el país, y otros más globales como la internet. La imagen de la segmentación circular remite analógicamente a la de las capas superpuestas. La peculiaridad reside en que cada una de esas capas está formada por redes de relaciones con características distintivas y distintas. De esta forma, el joven desarrolla identidades complementarias, al tiempo que contradictorias (Pérez, 2005).

La segmentariedad binaria corresponde a la distinción y separación de los jóvenes de los adultos. Esto, en un principio, puede remitir sólo a un rango de edad; sin embargo, ni siquiera existe un acuerdo académico o institucional en cuanto al rango de edad a considerar como juventud; tampoco existe acuerdo sobre las justificaciones de los rangos de edad elegidos. Al respecto, por ejemplo, el Centro Unesco (2003) señala que, aunque la juventud se defina institucionalmente como la cohorte de edades entre los 15 y los 24 años, lo cierto es que esta definición sufre importantes variaciones, no existiendo una definición universal. A partir de las nociones anteriores, en los siguientes párrafos se explica el funcionamiento de la segmentariedad en función del discurso producido por los jóvenes sobre ellos mismos.

6.1.1. Segmentariedad lineal

Este tipo de segmentariedad se establece a partir de la noción de destino y de la idea de que la vida es una línea que deben recorrer las personas en su propio devenir. Para esta segmentariedad se utiliza la metáfora de la vida como un camino, que es muy frecuente en los discursos. La segmentación lineal se basa en el par oposicional libre/realizado que corresponde a las categorías joven/adulto. Para comprender

mejor el funcionamiento de esta segmentariedad es necesario revisar los fragmentos en que los jóvenes representan la juventud:

Ser joven es ser libre, tener deseos de volar y luchar por realizar nuestros sueños. Como jóvenes necesitamos tener ideales y necesitamos el respeto de los adultos, que respeten nuestra libertad así como nosotros respetamos su autoridad como personas ya realizadas.

La juventud es la etapa en la que tienes la libertad de ser quien quieras ser. Ser joven significa que puedes construir tu destino y llegar a ser un adulto de bien, una persona ya hecha y derecha, pero mientras hayas sabido pensar bien.

La juventud es el verdadero inicio del camino por este mundo, porque es cuando empezamos a tener conciencia de por dónde vamos y es aquí cuando resulta necesario que los padres nos orienten y nos guíen para llegar a ser como ellos, para realizarnos como personas.

La imagen de la juventud como oportunidad para realizarse muestra el destino del joven como algo que puede obedecer a decisiones de él mismo, con lo cual su grado de libertad se sitúa en el punto más alto, o a imposiciones de los adultos, con lo cual disminuye su libertad, en la misma medida en que esas imposiciones se presenten. El par oposicional libre/realizado resulta útil en cuanto a que el tipo ideal de destino proporciona elementos para observar cómo los jóvenes se construyen a sí mismos. Si bien esta segmentariedad conserva algunos rasgos negativos de la producción institucional, en cuanto que se define la juventud como algo por realizarse y la adultez como el destino al que todos deben llegar, además de la necesidad de la orientación de los padres, el discurso de los jóvenes introduce el valor de la libertad como signo de la juventud como categoría del presente, lejos de la idea de ser “la esperanza del futuro”.

6.1.2. Segmentariedad circular

En cuanto a la segunda segmentariedad, se basa en la noción de espacio y opone los términos abierto/cerrado en relación con el par joven/adulto. De acuerdo con Taguenca (2009), esta segmentación hace referencia a una expansión de los jóvenes en cuanto a sus relaciones, siendo su característica principal la apertura a entornos de mayor complejidad. Esta característica hace que la tipología de lo joven se refiera a espacios abiertos, es decir, aquellos que les permiten salir de los entornos institucionales más próximos (familia y escuela) y desenvolverse en ambientes de dimensiones mayores. Los siguientes fragmentos ilustran esta segmentariedad:

Como jóvenes nos enfrentamos, en nuestra casa, a nuestros padres y en la escuela, pues a los maestros; y si tenemos alguna religión, pues también a los que mandan ahí. Y el hecho de enfrentarnos a ellos como autoridades significa que habrá problemas, porque ellos como que son más cerrados y siempre están tratando de controlarnos, de vigilar todo lo que hacemos, por eso critican mucho a los que salimos a trabajar al norte o a los que tienen internet, según porque ahí nos echamos a perder, pero la verdad uno así conoce el mundo y deja de estar encerrado en estas comunidades.

Creo que ahora hay más conflictos entre los jóvenes y los padres, porque nosotros ya no somos como ellos eran. Ellos no salían de la comunidad, y si salían era para trabajar unas semanas a Tapachula u otros lugares cercanos, pero volvían pronto. Ahora los jóvenes se van por años, y a veces ya se hicieron su dinero pero ya no quieren regresar porque ya conocieron otros lugares, otras ondas.

Estos fragmentos muestran cómo las instituciones imposibilitan la instauración de la condición juvenil a través de códigos estrictos impuestos desde el adultocentrismo, ya que norman la conducta de la juventud desde el "deber ser adulto" y con la reproducción de lo juvenil como una condición natural y estática; es decir, niegan la posibilidad de ser joven desde lo joven, que supone un constante cambio y tránsito. La ampliación de los espacios para los jóvenes permite actuar con

base en nuevos códigos, que en principio pueden ser contruidos por los jóvenes mismos. Esto sucede cuando los jóvenes tratan de definirse y producen nuevos discursos para hacer frente a los discursos que no los nombran, aunque lo hagan:

Lo que nosotros somos no es lo que los adultos dicen que somos. Para ellos somos, o debemos ser, como eran ellos. Siempre obedientes, besando las manos de sus padres, sin salir de sus casas. Nosotros no hemos perdido el respeto, como ellos dicen, pero tenemos otras formas de expresarlo; ya no hayamos sentido en eso de besar una mano o de agacharse para saludar.

6.1.3. Segmentariedad binaria

La tercera segmentariedad, la binaria, hace hincapié en la distancia que separa la juventud de la edad adulta, en cuanto a posibilidad de ser algo distinto, no mero proceso transitorio de una edad a otra con base en una codificación normada y establecida para conseguir una reproducción social incuestionada. De acuerdo con Taguenca (2009), esta segmentariedad opone el par rebeldía/sumisión por lo que se articula a partir del concepto de *conducta*. La noción de rebeldía es recurrente en las definiciones que se construyen sobre la juventud desde las instituciones sociales. Tal como hemos visto, los diferentes actores que conforman los campos institucionales coinciden en la recurrencia a la naturalización de la rebeldía como condición para definir la juventud. Desde el discurso de los jóvenes la rebeldía se significa como la oportunidad de liberarse de los conceptos adultocéntricos:

Y bueno, como dicen que uno como joven siempre es rebelde, pues sí lo somos. Al menos yo sí lo demuestro: que si no te vistas así, pues así me visto; es mi gusto y así demuestro quién soy. Que si pura calle sos, pues más me voy a la calle, si ahí están mis amigos y es donde podemos vivir nuestra juventud, porque en la casa uno no es más que un trabajador, sólo es valorado si trabaja y si es obediente a cosas que ya no encontramos sentido. Yo considero que ser joven es luchar por serlo, por vivir como tal.

Este fragmento ilustra que lo joven se caracteriza por su rebeldía ante los códigos y normas de los adultos. Es decir, los jóvenes construyen su propia identidad desde lo joven, no admitiendo que el adulto reterritorialice los espacios por él desterritorializados (Taguenca, 2009). Los jóvenes se apropian de los conceptos que los definen y los resignifican: si para el adulto ser rebelde es no respetar, para el joven ser rebelde es exigir respeto. Por lo anterior, la rebeldía es definitoria de una juventud en sí misma y no en función de lo adulto; la sumisión es lo adulto aparentando juventud. En el análisis de esta segmentariedad debemos considerar que no toda conducta rebelde estigmatizada es propiamente constructora de lo joven. Sin embargo, la rebeldía es un buen indicador para detectar que efectivamente estamos ante construcciones identitarias propiamente juveniles y no asimilaciones de lo adulto.

6.2. Posicionamientos discursivos de las juventudes rurales

La realidad que se construye desde el discurso se presenta a los sujetos como la matriz de toda acción social; además, cada sujeto se sitúa en el devenir de la existencia de una manera particular, o lo que se denomina una situación biográfica. Esta situación biográfica se caracteriza, principalmente, por el hecho de que las personas disponen de un acervo de conocimiento integrado por tipificaciones o categorizaciones, es decir, un repertorio de modos de actuar que le dan forma a la vida cotidiana. En cualquier momento de su vida, las personas se encuentran en una situación biográfica determinada, es decir, en un medio físico y sociocultural que ellas definen y dentro del cual ocupan una posición, no sólo en términos de espacio físico y tiempo exterior, o de su estatus y su rol dentro del sistema social, sino también una posición moral e ideológica (López, 2008).

A partir de lo anterior podemos señalar que con el posicionamiento el enfoque se dirige a la manera en que las prácticas discursivas constituyen a los hablantes; al mismo tiempo, el posicionamiento es entendido como un recurso a través del cual las personas pueden negociar nuevas posiciones. Una posición de sujeto es una posibilidad entre las formas de categorización social conocidas; la posición es creada y, a través del habla, las personas se consideran a sí mismas como sujetos con una identidad determinada. Este concepto, según Brownyn y Harré (2007), explica las discontinuidades en la producción de la identidad con referencia a las prácticas discursivas múltiples y contradictorias; explica también las interpretaciones que estas prácticas pueden hacer surgir cuando los participantes se involucran en los discursos.

El análisis de los posicionamientos implica hacer la distinción entre *asumir una posición* y *posicionarse*. Lo primero hace referencia a la determinación sociocultural del sujeto, a su contingencia, al lugar que se le asigna en la cadena significativa producida por otros enunciadores y que él asume como su deber ser; lo segundo se refiere al despliegue de sus recursos y a la constitución de su posición como agente (que tiene capacidad de obrar y que, de hecho, lo hace, en diferenciación o, incluso, oposición al discurso que lo nombra) o como actor (que siendo él mismo representa un papel) en un discurso que, aunque producido por él mismo, es interdiscursivo —que adquiere sentido por su referencia/relación con otros discursos.

Para identificar cómo las personas jóvenes se posicionan (qué posiciones de sujeto asumen y promueven) en su discurso, se analizó la información obtenida a través de los grupos de discusión. Los resultados se exponen del siguiente modo: primero encontramos las posiciones impuestas/asumidas y después las posiciones promovidas en diferenciación u oposición a las primeras.

6.2.1. Posiciones impuestas/asumidas

a) Ser inseguro

Este posicionamiento se evidencia con expresiones que construyen un sujeto incapaz de actuar por voluntad propia, con la necesidad constante de la intervención de los adultos, ya sean los padres, los maestros o cualquier otra persona mayor, para ayudarles a tomar las mejores decisiones.

Debemos ser agradecidos con nuestros padres porque ellos nos enseñan el camino, y como nosotros generalmente no sabemos por dónde ir, o cuál es el mejor camino que debemos seguir, pues ahí está la familia, que nos ayudan a tomar las mejores decisiones.

La importancia de la familia radica en que nos ayudan, porque uno no sabe qué hacer. Si tomas este camino puede ser que no sea el mejor, en cambio la familia nos lleva por donde siempre es mejor.

Pues es que uno como joven no tiene experiencia, entonces siempre depende de los adultos, que ellos ya saben pensar, entonces cuando debemos tomar decisiones debemos consultar con ellos, porque sólo así tomaremos mejores decisiones.

b) Ser incompleto

Al posicionarse de este modo el sujeto joven se representa como un ser carente, incompleto, sin todo lo necesario para actuar. El reconocimiento de la falta en el propio ser, que se traduce como falta de capacidad, falta de buen pensamiento y falta de potencial para la acción independiente, se realiza en comparación con ese otro ser, el ser completo, integral, totalmente capaz, que es el ser adulto.

La verdad es difícil ser joven, porque a uno le faltan muchas cosas, principalmente experiencia, pero también conocimientos, o poder saber lo bueno y lo malo, y por eso es que a veces nos perdemos o nos desviamos del buen camino, porque

pensamos que podemos solos cuando realmente no tenemos todo lo necesario para salir adelante.

Pues sí, aunque uno diga que no sí es importante contar con el apoyo de los adultos, porque uno todavía necesita muchas cosas, no podemos decir que tenemos la suficiente capacidad para actuar solos, sino que debemos tener ayuda.

Y a veces nos creemos grandes, como si fuéramos adultos, y actuamos como si ya tuviéramos un buen pensamiento, pero en realidad nos falta mucho para poder ser como adultos, y entonces debemos entender que necesitamos de ellos, que actuando solos no podemos llegar a ningún lado.

c) Ser desviado/desorientado

Este posicionamiento parte de la metaforización de la vida como un camino y la adultez como una estación de llegada. El joven es posicionado como un ser (o con potencial de ser) desviado o desorientado, por lo que necesita la guía y la orientación de los adultos para no *salirse del camino marcado* para llegar con bien *a la estación deseada*.

En la iglesia, en la familia... principalmente en la familia es donde encontramos orientación, porque uno como joven piensa que va por el buen camino pero la verdad es que no siempre es así.

Mi papá sí asume su papel muy riguroso, pero él dice que es para guiarme bien, porque si es demasiado bueno entonces me iré por el mal camino y eso no le gustaría. Entonces aunque sea duro tenemos que aguantar la disciplina de la casa, sólo así nos mantenemos dentro del camino para llegar bien a ser adultos.

Sí, como dicen los compañeros, sí puede haber diferencia entre el hombre y la mujer, porque la mujer es más de casa y el hombre más de calle, pero al final los dos somos jóvenes y al final necesitamos la guía y la orientación de nuestros padres o de cualquier otra persona que nos quiera llevar por el camino del bien, como el padre o los hermanos con más experiencia de la iglesia.

d) Ser rebelde

En este posicionamiento se asume el carácter natural atribuido al joven como ser rebelde. La rebeldía es configurada como un conjunto de acciones que, al efectuarse, contravienen las disposiciones establecidas por los adultos.

A veces sí nos pasamos, y aunque digamos “no, no voy a defraudar a mis padres, a mis maestros o a otras personas que nos quieren” pero saber qué pasará, que cuando venimos a sentir ya hicimos algo malo, nos portamos mal, contestamos feo o hacemos rebeldía pues, pero también los padres deberían entender que así somos.

Tiene razón la compañera, la verdad sí somos rebeldes, los hombres un poquito más, porque somos hombres pero también ellas, que no van a lavar la ropa de los hermanos o hacer el quehacer, eso también es rebeldía, no sólo de nosotros los hombres cuando nos vestimos así fachosos o nos hacemos un tatuaje o que nos echamos un cigarrito o unas chelas. Eso sí es rebeldía pero también lo que hacen las mujeres, aunque parezca que no.

Y a veces uno por joder lo hace: que si te dicen que no hagas esto o tal otra cosa ahí vamos y lo hacemos. Entonces dice uno: “si dicen que soy rebelde pues rebelde me voy a portar”, porque luego nomás de gratis lo regañan a uno, porque llega tarde, porque lo ven con alguno que fuma o que saben que toma, y aunque uno haya estado platicando con los cuates, sin tomar ni fumar nada, pero llegando a la casa va la regañada, de gratis, entonces mejor lo hacemos, hacemos lo malo que dicen que no hagamos y ahí sí tiene razón su puteada.

En el último caso vemos cómo el joven intenta rechazar el posicionamiento que se le asigna, sin embargo, al ver que su individualidad no es reconocida en tanto que al ser joven es ya rebelde, entonces acepta el posicionamiento; termina actuando de acuerdo con la identidad que se le posiciona, aun cuando su discurso evidencia su inconformidad.

e) Ser sin tiempo

Este posicionamiento se basa en el lugar que ocupa la persona joven en una línea evolutiva o del desarrollo. Este lugar es producido como no existente: el joven

es definido por lo que ya no es y por lo que puede ser, por tanto no se reconoce su existencia como ser del presente.

Ahorita dicen que no nos preocupemos por nada, que ya llegará nuestro tiempo, cuando seamos adultos, y ya sabiendo pensar, pues debemos preocuparnos, que si por la familia, que si nos queremos casar o no, y básicamente que sigamos con el estudio. Y pues así debe ser, para qué preocuparnos si las cosas no han llegado.

Pues es que aunque uno quisiera, pero la verdad es que no nos dejan participar, nos dicen que cuando crezcamos, cuando tengamos bigote ya podemos hablar, pero que mientras tanto debemos hacer lo que ellos digan. Entonces eso hacemos, que si la escuela pues sólo la escuela, somos estudiantes nomás y cuando seamos grandes ya seremos otra cosa y podremos participar en la comunidad.

Creo que nuestro tiempo va a llegar, cuando seamos adultos y podamos tener lo que ahorita no tenemos. Mientras tanto hay que cuidarse, vivir la juventud de la mejor manera, hacer caso a nuestros padres, ir bien en la escuela, no desviarse por querer otras cosas, si no que mantenernos en el buen camino, y cuando llegue el momento de ser grande, ya con una profesión o un trabajo, pues diremos que ya nos realizamos.

Como podemos observar, todos estos posicionamientos se fundan en una concepción generalizante de la condición juvenil, la cual se expresa con la recurrencia del pronombre *nosotros* y la conjugación de los verbos en alusión a acciones colectivas:

- debemos ser agradecidos
- nosotros generalmente no sabemos por dónde ir
- cuando debemos tomar decisiones debemos consultar con ellos
- pensamos que podemos solos cuando realmente no tenemos todo lo necesario
- no podemos decir que tenemos la suficiente capacidad para actuar solos
- actuando solos no podemos llegar a ningún lado.

Esto nos permite entender que los discursos individuales, aun producidos por los mismos jóvenes, acusan la existencia de un sujeto que ha incorporado el repertorio conceptual que circula en los discursos institucionales, reproduciendo así el saber adultocéntrico que produce a la juventud como inferior, necesitada, incapaz, desorientada, etcétera. Así mismo, el discurso juvenil que configura las posiciones descritas incorpora la ubicación en las estructuras de relaciones que rigen la vida cotidiana en las comunidades rurales, por lo que no son *puro discurso*, sino que están ancladas en las prácticas cotidianas.

De este análisis de los posicionamientos de los jóvenes podemos desprender algunas afirmaciones: a), una vez que los jóvenes hacen propia una posición particular, perciben el mundo desde el punto de vista de esa posición, por lo que su discurso está determinado y posibilitado por las imágenes, metáforas, argumentos y conceptos que son relevantes dentro de una formación discursiva particular; es decir, las identidades de los jóvenes pueden expresarse y entenderse a través de las categorías disponibles para ellos en los discursos circulantes; b), las identidades están más fuertemente enraizadas en las acciones que en las categorías o significados que los jóvenes manejan sobre sí mismos. Las identidades emergen en la práctica, por lo que no podemos afirmar la existencia de los posicionamientos de identidad basándonos únicamente en lo que los participantes expresan, sino que además hay que tomar en cuenta el conjunto de prácticas en los que participan.

6.2.2. Posiciones promovidas

a) Ser independiente

Este posicionamiento se marca por la instauración del yo como propietario del discurso. A diferencia de los posicionamientos anteriores, en los cuales el sujeto se difumina en una entidad colectiva, en este el yo no sólo es enunciado como sujeto

gramatical, sino como un yo existente a partir de cuya biografía se subvierte el discurso dominante.

Talvez sí hay razón en lo que dice el compañero, pero yo no lo veo tanto así, que siempre necesitemos de los padres o cualquier otro adulto. Yo por ejemplo he tratado de tomar mis propias decisiones, talvez no son las mejores pero yo lo he hecho solo, y si me llego a equivocar es mi error y yo veré cómo lo pago.

He tenido problemas con mis papás, con algunos hermanos de la iglesia, porque yo me he dado a conocer, no quiero estar siempre como chamaquita, siempre dependiendo de mis padres. Creo que si todo el tiempo estamos dependiendo de lo que otros dicen no podemos madurar.

Bueno, eso de que todo lo debemos consultar o que en todo debemos hacer lo que los grandes dicen no lo veo bien. Nosotros también podemos pensar. Si dejamos que otros piensen por nosotros nunca creceremos.

b) Ser diferente

Otra marca de subversión del discurso dominante consiste en establecer la diferencia del sujeto entre lo que una formación discursiva constituye como real, reconocido y natural, y lo que el propio sujeto construye como *su* realidad. Otro rasgo de este posicionamiento es que rompe con la imagen de la juventud como entidad estática al responder a los cambios socioculturales que las comunidades empiezan a experimentar con la introducción de tecnologías de comunicación y el aumento en la tasa de migración.

Lo que se ve pues aquí es que quieren que uno sea como todos. Primero, como ellos fueron, que besaban las manos de sus papás al saludar o que no salían a la calle, y que para todo pedían permiso. Ahora es diferente, y nosotros también debemos ser diferentes.

Cuando uno quiere vivir su juventud aquí en el campo lo ve difícil, porque hay mucha gente juzgona, muchos que nomás se fijan en lo que dices, en cómo hablas, cómo te vistes, si te pintas, si escuchas otra música, pero la verdad es que somos

diferentes, cada quien su gusto, y si yo no les hago daño al ser como soy, pues no me deberían juzgar.

La característica de estos posicionamientos es que constituyen desajustes en los discursos dominantes. Los signos diferentes tratan de ser marginados, aislados, para que no se reproduzcan y *contagien o contaminen* al cuerpo social que se considera sano mientras siga la tradición. Sin embargo, el empuje cada vez más fuerte de las nuevas identidades empieza a minar las bases del adultocentrismo como el único saber autorizado para regir, regular y producir las subjetividades en el ámbito rural.

Como puede observarse en los fragmentos citados, la narración y la argumentación resultan determinantes en la construcción identitaria de los jóvenes. Gracias a la narración, los jóvenes, como productores de discurso, se configuran, se construyen y se definen a sí mismos; pero, además, la narración muestra cómo los jóvenes son configurados, representados, contruidos y definidos por otros con los que se relacionan. La argumentación, por su parte, al constituirse como un acto discursivo, puede incidir de manera significativa en la construcción de la identidad de los sujetos. En los fragmentos podemos observar que cada argumento tiende a provocar, a marcar distancias, o a fortalecer la adhesión a determinadas propuestas identitarias que se concretan en la música, en los comportamientos, en la vestimenta.

Los efectos constitutivos del discurso en la región rural empiezan a socavarse, principalmente por el contacto de los jóvenes con otras formas de vivir la condición juvenil —a través de las industrias culturales y la migración—. Por otra parte, el análisis de sus discursos permite observar que sus posicionamientos, en algunos casos, superan el marco de las demandas tácticas de las instituciones y comienzan a luchar por la participación política y a cuestionar los roles de género dentro de la familia y las comunidades. Este cuestionamiento de los campos discursivos por parte de las juventudes rurales implica cambios simbólicos y estratégicos que constituyen avances hacia la democratización del campo social.

6.3. Implicaciones del discurso social en la construcción identitaria

La identidad se construye en la dialéctica de la autoimagen y la imagen pública a partir de dos distinciones. En relación con la autoimagen, la distinción es realizada por los propios actores que forman una categoría social y que se vuelven conscientes de las características comunes que poseen y los define como miembros de esa categoría; se trata, por lo tanto, de una distinción en la que una colectividad se define a sí misma. La segunda distinción es la identidad de un grupo social desde afuera; es decir, la identidad de esa categoría es producida y sostenida por quien la enuncia y consiste en la identificación, por parte de los actores externos, de características comunes que comparten las personas incluidas en esa categoría (Chihu, 2002).

El complejo y dinámico proceso de constitución de las identidades da lugar a la existencia de grupos en pugna que se caracterizan por semejanzas hacia dentro y diferencias hacia fuera. De acuerdo con Rodríguez (2002), estos grupos, denominados generalmente *generaciones*, se autoidentifican y son diferenciados por otros en la medida en que logran producir códigos propios que les caracterizan entre sus semejantes y que, al mismo tiempo, les diferencian de otros grupos, ya sean contemporáneos, anteriores o posteriores en el tiempo. La categoría que aquí se introduce, lo generacional, permite, en el análisis, pensar y comprender las acciones y discursos de los grupos juveniles desde los estilos de las relaciones sociales que asumen en relación directa con otros grupos sociales (niñez, adultos) y entre ellos mismos.

La utilización de lo generacional como categoría relacional y analítica posibilita desnaturalizar la existencia de los conflictos generacionales, en los cuales diversos grupos sociales se debaten por las diferencias de perspectivas que están directamente vinculadas con la forma en que cada cual procesa las marcas históricas de su tiempo (Duarte, 2002). Por lo general, la existencia de conflictos entre adultos

y jóvenes, particularmente en el contexto familiar (padres-hijos), en temas relacionados con las formas de vivir lo juvenil, se ha visto como natural y hasta necesario. Esta mirada niega el carácter de producción histórico-cultural que este tipo de conflictos posee y, por lo tanto, también niega las posibilidades de efectuar transformaciones al respecto, lo cual es necesario para que exista una convivencia entre generaciones al interior de los hogares, las escuelas y otros espacios compartidos.

En este caso, se trata de ver cómo el discurso social, producido en las instituciones dominadas por la generación adulta, se implica en la construcción identitaria de las juventudes rurales. Para esto es necesario recordar que las instituciones sancionan qué tipos de acciones hay que realizar y bajo qué procedimientos los actores tienen que llevar a cabo dichas acciones. Tienen, por tanto, un poder coercitivo y son útiles para el mantenimiento del orden social. Una parte importante de la institucionalización de la actividad humana se da por medio de los roles, puesto que con ellos aprendemos a identificar las acciones de los otros como comportamientos tipificados, es decir, como comportamientos tipo, cuya intencionalidad es predecible con independencia de quien la ejecute (Álvaro y Garrido, 2003). Suponen, por tanto, el nexo entre la estructura de la realidad objetiva y la realidad subjetiva. Como señalan Berger y Luckmann: “Las instituciones se encarnan en la conciencia individual por medio de los roles [...] al desempeñar los roles, los individuos participan en un mundo social; al internalizar dichos roles, ese mismo mundo cobra realidad para ellos subjetivamente” (1993, p. 98).

El análisis de la producción sociodiscursiva de las juventudes desde las instituciones comunitarias no sólo permite sacar a la luz el sistema de categorías que subyace al orden social y al orden mental, sino también poner de relieve cómo la naturaleza arbitraria de las relaciones de poder es disfrazada y ocultada, al hacer que el orden, y las identidades que dicho principio construye, aparezcan como

naturales y reales. Dado lo anterior, el análisis de la dinámica de producción sociodiscursiva de las juventudes desde el ámbito institucional permite ver cómo los jóvenes rurales construyen sus identidades y qué improntas del discurso institucional pueden hallarse en este último proceso.

A partir de la consideración de los efectos constitutivos del discurso y del análisis de las formaciones discursivas producidas en los campos institucionales y de los posicionamientos identificados en el discurso juvenil, podemos señalar que la producción de las juventudes rurales se realiza del siguiente modo:

a) El discurso social contribuye a la construcción de los sistemas de creencias.

El análisis de la producción discursiva de los distintos campos permite identificar la prevalencia de una lógica de dominación a partir de lo que hemos llamado *adultocentrismo*. Éste funciona como un sistema de creencias que instituye y reproduce la imagen del adulto como ser realizado, acabado, y como el modelo de persona. Todo lo que no se ajuste a este orden es producido como incompleto, *lo que está en proceso de ser* y necesita ser intervenido y moldeado para que no desborde el límite de lo aceptable.

b) El discurso contribuye a la construcción de identidades sociales y posiciones subjetivas para los sujetos sociales.

Como el discurso adultocéntrico se instituye como régimen de verdad, las identidades sociales no son más que ajustes de las diferencias al orden impuesto por las instituciones sociales. Ese orden es interiorizado a partir del reconocimiento de las formaciones discursivas que los campos producen. Las personas jóvenes, por un lado, se posicionan en los lugares asignados validando la eficacia de las estrategias y técnicas de normalización; por otro, *crean* posiciones nuevas en el espacio sociodiscursivo y lo que se observa es que cualquier *desubicación* es fuertemente cuestionada.

c) El discurso ayuda a construir las relaciones sociales.

El análisis de los discursos institucionales acusa la existencia de normatividades implícitas en las tradiciones de la región sociocultural. Estas tradiciones tienen que ver con cómo es pensado, visto y juzgado el sujeto joven a partir de lo que el saber adultocéntrico considera lo mejor para mantener la seguridad del sistema social. Las relaciones sociales, entonces, son construidas a partir de una lógica que impone las dicotomías entre adulto y joven: racional/irracional; maduro/inmaduro, sano/enfermo, etcétera.

6.3.1. El adultocentrismo como eje en la dinámica de producción sociodiscursiva de las juventudes rurales

El modo más común para el establecimiento de representaciones sobre la juventud es considerarla como una etapa de la vida. Esta modalidad implica, por un lado, la consideración de la juventud como parte del ciclo vital humano — así como la niñez y la vejez— y, por otro, la noción de la juventud como aquella etapa en que las personas *se preparan* para su inserción en el mundo adulto. La idea implícita en esta perspectiva es la asunción de la juventud como *tránsito*, es decir, una etapa que sólo adquiere valor si es enunciada en referencia con una etapa posterior y cuya importancia está determinada por su finalización, por ese momento en que la persona, “por fin”, llega a ser adulta. En este contexto resulta pertinente mencionar las aportaciones de Guillén (1985), quien observó que la juventud es un producto de las relaciones de poder y que la diferencia de edades, o más bien la jerarquización de la sociedad por edades, da lugar al establecimiento de relaciones de dominación entre generaciones. Dada esta jerarquización, la preocupación central de los adultos sobre los jóvenes gira en torno de la formación y el control que se pueda ejercer sobre estos últimos.

Partir de la crítica a las representaciones de la juventud no implica desvalorizar el mundo adulto, sino evidenciar la imposibilidad de las instituciones sociales para valorar a la juventud a partir de su importancia como entidad presente y su propensión a representarla desde la necesidad de adaptarse al mundo social constituido desde el saber de los adultos. Ese “saber adulto”, que determina la producción sociodiscursiva de las juventudes y se reproduce a través de prácticas sociales institucionalizadas es lo que aquí consideramos *adultocentrismo*.

Una primera necesidad que se impone es definir el saber desde la teoría de Foucault y entrever sus posibilidades de aplicación en una crítica al adultocentrismo. La definición de este concepto proviene de *La arqueología del saber* (2010, p. 237), obra en la que se explica como una noción con cuatro dimensiones:

- 1) Un saber es aquello de lo que se puede hablar en el marco de una práctica discursiva determinada e implica una constitución de objetos.
- 2) Es el espacio en que un sujeto puede asumir una posición para hablar de los objetos que trata en su discurso.
- 3) Es el campo de coordinación y subordinación de enunciados que hacen posible la aparición de conceptos, así como su definición y aplicación.
- 4) Es definido por las posibilidades de aplicación y de apropiaciones estratégicas ofrecidas por el discurso.

Dados estos presupuestos, el adultocentrismo puede entenderse también como una forma de poder que se ejerce sobre la vida cotidiana inmediata que clasifica a los individuos en categorías, los designa por su propia individualidad, los ata a su propia identidad, les impone una ley de verdad que deben reconocer y que los otros deben reconocer en ellos. Es una forma de poder que transforma a los individuos en objetos (Foucault, 1988, p. 7).

El análisis de las relaciones de poder, desde una perspectiva foucaultiana, exige el establecimiento de ciertos puntos de partida, los cuales podemos encontrar en *El sujeto y el poder* (1988, pp. 17-18):

- 1) Reconocer el sistema de diferenciaciones que permite actuar sobre la acción de los otros: diferencias jurídicas o tradicionales de estatus y de privilegios; diferencias económicas; diferencias lingüísticas o culturales; diferencias en las destrezas y en las competencias, etcétera.
- 2) Identificar el tipo de objetivos perseguidos por aquellos que actúan sobre la acción de los otros: mantener privilegios, acumular ganancias, hacer funcionar la autoridad estatutaria.
- 3) Identificar las modalidades instrumentales, es decir, cómo se implementa el sistema de diferenciaciones: por la amenaza de las armas, por los efectos de la palabra, a través de las disparidades económicas, por sistemas de vigilancia, según reglas explícitas o no, con o sin dispositivos materiales, etcétera.
- 4) Explicar las formas de institucionalización, las cuales pueden mezclar disposiciones tradicionales, estructuras jurídicas y fenómenos relacionados con la costumbre o la moda (como se ve en las relaciones de poder que atraviesan la institución familiar o los estereotipos que reproducen las industrias culturales).

Con base en las líneas generales del pensamiento de Foucault pueden exponerse cuatro principios que sostienen el pensamiento adultocéntrico en las comunidades rurales:

- a) El adulto es un ser superior

El adultocentrismo acusa la existencia de relaciones de poder entre los diferentes grupos de edad. Estas relaciones son asimétricas y los adultos ocupan la

posición más alta en cualquier escala: moral, de responsabilidad, de racionalidad. Las personas que ocupan esta posición tienen privilegios por el simple hecho de ser adultos, lo que acusa una forma de institucionalización social y cultural.

b) El adulto es el modelo ideal del ser

Según esta formación discursiva los adultos son el modelo ideal de persona. Las personas jóvenes no alcanzan el estatus de entes, no están todavía preparados para *ser*. El adulto es el modelo acabado de persona al que se aspira para el cumplimiento de las tareas sociales y la productividad que exige la sociedad.

c) El adultocentrismo se aprende

El adultocentrismo es un componente de la cultura que se expresa a través de diversas prácticas y se relaciona con otras formas de poder, como el patriarcado y el machismo. Por lo tanto, es difícil que las personas puedan reconocerlo como relación de dominación, ya que se manifiesta como naturalizado y se reproduce de modo intergeneracional.

d) Los jóvenes como seres en preparación

El pensamiento adultocéntrico considera que los jóvenes son seres inacabados que están en una fase de preparación. Esta fase culmina cuando llegan a ser adultos y sólo entonces pueden integrarse plenamente a la sociedad (cuando ya no son).

Los discursos fundamentales para la constitución del adultocentrismo como un saber son aquellos que se basan en concepciones evolucionistas y biologicistas de la juventud y que endosan la responsabilidad analítica a la psicología. Estos discursos, que se han sedimentado históricamente, se instituyen como verdades a tal nivel que han alcanzado grado de cientificidad y, en tal sentido, ocultan una serie de luchas por el poder. En este contexto, el adultocentrismo puede ser reconocido

como una serie de prácticas desde las cuales se categoriza a las personas jóvenes como sujetos “en proceso de evolución” y en un grado inferior determinado genéticamente. Por lo tanto, se atribuye a estas personas una serie de características que los categorizan como seres con déficit de razón, de madurez, de seriedad, de responsabilidad.

Por otra parte, en el discurso social sobre la juventud pueden observarse ciertos estereotipos que se van consolidando como referencias para definir a las personas jóvenes. Los estereotipos más comunes son aquellos en los que la juventud es asociada con nociones tales como *violencia, revolución, irresponsabilidad*. Esos estereotipos funcionan no sólo en el campo de lo social, sino también de lo político, y ratifican un orden del discurso desde el cual se niega toda posibilidad a las personas jóvenes para transformar, a través de la transgresión, el saber legitimador de la sociedad adultocéntrica que los categoriza como *anormales*.

Estas imágenes que circulan en la vida cotidiana como tipificaciones idiosincráticas tienen su correlato científico en la psicología evolutiva de Erikson. En su obra *Identidad, juventud y crisis*, publicada en 1977, este autor define a la juventud del siguiente modo:

[...] período de demora que se concede a alguien que no está listo para cumplir una obligación o que se impone a aquel que debería darse tiempo a sí mismo. En consecuencia, entendemos por moratoria psico-social una demora en lo que respecta a compromisos adultos, y que no obstante no se trata solo de una demora. Es un período que se caracteriza por una autorización selectiva que otorga la sociedad y por travesuras provocativas que llevan a cabo los jóvenes [...] (Erikson, 1977, citado en Castillo, 2003, p. 35).

Desde este discurso científico se produce a los jóvenes como insuficientes, como sujetos que sólo pueden estar completos cuando lleguen a ser adultos. Las

definiciones como la anterior acusan el papel que ha desempeñado la psicología evolutiva en tanto que saber legitimado con autorización para constituir la condición juvenil. Según Foucault (2009), la verdad no es resultado de la claridad de la razón sino de una voluntad que la ha producido. De acuerdo con esto, la psicología evolutiva se constituye como una expresión autorizada del adultocentrismo pues, en tanto discurso, es una práctica que establece las diferenciaciones generacionales con base en una supuesta verdad “comprobada científicamente”. La verdad de este discurso se concreta en diversos procedimientos y prácticas que se orientan a perpetuar el determinismo evolutivo, que legitiman las intervenciones sobre la corporalidad y la subjetividad y mantienen la relación de desigualdad en la reproducción de la vida dada la “superioridad” de los adultos.

El análisis del adultocentrismo basado en el discurso evolutivo-psicologista, entendido como saber, permite también observar cómo se deriva la homogeneización. Al atribuir a las personas jóvenes un conjunto de características producidas desde la ciencia, éstas se engloban en la universalidad de una etapa de la vida, por tanto, todas las personas jóvenes son producidas como iguales. La consecuencia de esta categorización es la negación de la influencia del contexto y de la experiencia biográfica como factores determinantes para explicar la diversidad de las identidades juveniles. En otras palabras, si se concibe la juventud como una etapa de moratoria social, todas las formas de vivir lo juvenil se subsumen en parámetros de comportamiento, de necesidades y de actuación definidos por el poder de los adultos.

Según señala Foucault (2009), una sociedad que se configura a partir de una forma de poder simultáneamente establece una serie de normatividades con el fin de distender los conflictos y evitar la pérdida del lugar legitimado como superior. En el análisis del adultocentrismo como expresión del saber científico en la vida cotidiana de la región rural puede leerse que el énfasis en las reglas que determinan

los rangos de edad, los espacios y los comportamientos de las personas jóvenes apela a una naturaleza de la juventud a partir de la cual se justifica y se produce como racional cualquier tipo de represión sobre lo que se considera una desviación. Esta racionalidad hace de las personas jóvenes *cosas* que deben ser controladas o manipuladas y no actores con potencial de interlocución.

El análisis de las entrevistas y la observación llevada a cabo en la región sociocultural permite ver que el adultocentrismo es un saber no monopolizado por una institución particular, por lo que no se puede referir como saber jerárquico sino más bien como un saber heterarquizado. Con esto queremos decir que el saber adultocéntrico se distribuye entre todas las instituciones analizadas —familia, escuela, iglesia, gobierno— como si se tratara de una conspiración común para no perder el estatus de superioridad de cada una de ellas. La distribución de este saber no implica, sin embargo, negar la centralidad de una concepción de sujeto que se impone para regir la vida social de las comunidades. Desde este centro de poder se mira a las juventudes como *los otros*; por los rasgos atribuidos a las personas jóvenes éstas son desplazadas a la periferia.

6.3.2. El adultocentrismo en las instituciones sociales comunitarias

Si entendemos el adultocentrismo como un sistema de ficciones puede funcionar como parte de un imaginario colonial-occidental (el mundo adulto) y como una forma de mantener un centro de poder a partir de la producción del otro (el mundo joven) como incapaz de representarse a sí mismo, necesitado de cuidado y, por tanto, disponible para ser intervenido-colonizado. Estos rasgos se evidencian en el discurso de los representantes de las instituciones analizadas:

- Gobierno municipal:

Es necesario implementar programas de ayuda y prevención de adicciones, pues los jóvenes son de por sí problemáticos y rebeldes por naturaleza.

- Iglesia:

La pastoral juvenil debe ayudar a los jóvenes, ya que son inmaduros y necesitan la orientación para no irse por el mal camino.

- Familia:

Generalmente los jóvenes no saben cómo pensar y es necesario saber orientarlos para que sean hombres de bien.

- Escuela:

Pues como maestros debemos enseñarles no sólo el conocimiento sino también ayudarles para que adquieran otras competencias para que sean alguien en la vida.

Estos enunciados evidencian que el reconocimiento de la diferencia se basa en la ostentación del poder para actuar sobre los otros y que el diálogo intergeneracional está negado desde el principio por la construcción de la distancia entre personas adultas y personas jóvenes. Por otra parte, estas expresiones constituyen un régimen de verdad esencialista en el que la razón, la sensatez, la madurez y la completitud del ser son atributos privativos del adulto. En este régimen de verdad se da por hecho que la vida, como proceso de desarrollo, sigue una ruta lineal —tal como se ha concebido el desarrollo social de los grupos desde la racionalidad científico-moderna-colonial—; que la vida se divide en segmentos y que es necesario superar cada uno para ser *una persona de verdad*, es decir, un adulto.

Aquí podemos discutir la concepción del sujeto universal que se ha construido desde lo moderno-occidental en relación con la producción de las juventudes rurales. Esta concepción establece una línea que separa lo “de dentro” de lo “de fuera” y construye a su otro con los atributos necesarios para legitimar la intervención sobre él. Al analizar el proceso de deconstrucción de la colonialidad se observa que ésta deja fuera a todas las subjetividades que se construyen en la

periferia del mundo occidental-moderno y que esta negación de la condición de sujeto permanece en tres formas de colonialidad: del ser, del saber y del poder, las cuales articulan una matriz de poder (Castro-Gómez, 2007). Dicho lo anterior, cuando sostenemos que el adultocentrismo forma parte del imaginario colonial decimos que lo hace en tanto que muestra que la razón, la madurez, la sensatez y la completitud del ser de ese sujeto universal proclamado por la modernidad están fundadas sobre una diferencia generacional que coloca a los adultos como los sujetos encargados de la reproducción de las formas de exclusión y a los jóvenes como objetos/seres producidos.

Como anotamos párrafos atrás, el adultocentrismo funciona como un saber heterarquizado que se configura desde las normatividades y las subjetividades. Constituye, además, una compleja red de relaciones con puntos de anclaje en espacios diversos y con intensidad variable. En este sentido, al analizar los discursos que son producidos por las instituciones sociales de la región rural, puede notarse que el adultocentrismo no se presenta del mismo modo en todas ellas. Lo interesante, en este caso, es reconocer cómo esa distribución heterárquica del poder se conjuga con el tiempo de vida y si deja resquicios para la resistencia o no.

Lo primero que debemos considerar es que todas las instituciones sociales pueden analizarse a partir del supuesto de que han sido concebidas adultocéntricamente. De acuerdo con Giménez (2007) “toda institución puede ser concebida también como materialización de ciertas representaciones sociales que incluyen siempre, como componentes, una tradición o una memoria colectiva”. En el caso de la institución escolar, más que un espacio físico, es considerada como un espacio simbólico donde, aunque se libran disputas por la representación, predomina una lógica de superioridad/inferioridad que se reproduce a través de prácticas sutiles y discursos que perpetúan el sistema de diferenciaciones a partir de la tecnología de la palabra y la disciplina de los cuerpos.

En el discurso producido por los actores/representantes de la escuela se observa la recurrencia de enunciados que resaltan la división entre un *mundo real* y el *mundo-del-todavía-no*; el primero es el de los adultos y el segundo el de los jóvenes:

Los jóvenes deben luchar con fuerzas para superar todos los obstáculos y poder ser alguien en la vida y no ser como los demás, y para salir de donde están sólo con la escuela lo pueden lograr.

La vida tiene un mapa donde se presentan muchos caminos, pero los caminos nos guían hacia un futuro, y la escuela es el mejor camino para ese futuro, porque los jóvenes pueden tener otros caminos pero serán difíciles y quizás no los lleven a un futuro mejor.

En este discurso se observa, además, una descalificación de lo juvenil al negar la existencia de significado de la condición de juventud: estudiar para *ser alguien* en la vida. Por otra parte, enunciados de este tipo sirven para ratificar la autoridad de los maestros sobre los estudiantes/jóvenes: la escuela es la instancia transformadora donde *el mundo-del-todavía-no* se va acercando cada vez más al mundo real de los adultos, con la orientación (para guiarlo en el mapa) del docente que está colocado por encima en una relación vertical.

El análisis del discurso producido desde la institución escolar exige que se critiquen aquellas nociones que se expresan en las normatividades que hacen funcionar la relación entre docente y alumno, que reproducen la relación dicotómica sabio/ignorante y que niegan toda posibilidad de diálogo democrático al opacar las subjetividades de los jóvenes. La escuela, en tanto que reproductora de relaciones de dominio, no debe ser entendida sin sus vínculos con otros lugares cotidianos, por lo que su discurso debe analizarse en función de sus interacciones con los producidos en otras instituciones sociales.

Cuando se analiza el adultocentrismo como régimen de verdad en el discurso de la institución escolar resulta interesante observar la naturalidad con la que los

docentes reproducen la lógica de superioridad/subordinación que, al final, justifica todas sus prácticas sobre la subjetividad de los alumnos. Al establecer las relaciones interdiscursivas entre lo enunciado por los docentes y lo hecho por los jóvenes estudiantes se observa también el éxito de la operación sobre la subjetividad cuando el estudiante pronuncia como suyo el discurso que legitima su dominación y reconoce a la institución como la que lo *capacita* para ingresar *al mundo de los entes*:

Reflexioné que si seguía así nunca llegaría a ser grande, no de tamaño si no de capacidad, por eso tenía que echarle más ganas y seguir en la escuela, hacerle caso a mis maestros, porque eso es lo más mejor y lo que llena de orgullo a los padres y maestros.

A pesar de todo lo que yo pensaba, dije “tengo que seguir adelante, tengo que luchar y no defraudar a mis padres ni quedar mal con mis maestros; tengo que ser alguien en la vida”.

En la sociedad actual, y siguiendo con el análisis de la institución escolar, el adultocentrismo se puede entender desde las dos dimensiones foucaulteanas: la anatomopolítica² y la biopolítica³. La primera es configurada por y desde las instituciones tradicionales, como la escuela; la segunda se conforma a través de la relación del discurso de esta institución con los discursos de los medios de comunicación masiva y las industrias culturales. Para explicar mejor esto

² De acuerdo con Foucault esta es una tecnología individualizante del poder; se basa en escrutar en los individuos sus comportamientos y su cuerpo con el propósito de *anatomizarlos*, es decir, producir cuerpos dóciles y fragmentados. La anatomopolítica se fundamenta en la disciplina como instrumento de control del cuerpo social penetrando en él hasta llegar hasta sus átomos. Como ejemplos de las herramientas anatomopolíticas tenemos la vigilancia, el control, la intensificación del rendimiento, la multiplicación de capacidades, el emplazamiento, la utilidad.

³ En su trabajo sobre Foucault y la colonialidad del poder, Castro-Gómez (2007) se refiere a la biopolítica como “una tecnología de gobierno que intenta regular procesos vitales de la población [...] y que procura optimizar unas condiciones (sanitarias, económicas, urbanas, laborales, familiares, policiales, etc.) que permitan a las personas tener una vida productiva al servicio del capital” (p. 157). La relevancia de este concepto, aplicado a otras formas de poder, radica en que permite analizar el modo en que el discurso de la superioridad (física, étnica y moral) de un grupo sobre otro se convierte en un dispositivo biopolítico.

retomamos el trabajo de Castro (2011), quien al analizar la biopolítica como normalización realiza una diferenciación entre mecanismos disciplinarios (los instrumentados desde la escuela, en este caso, al establecer la diferencia entre lo adecuado y lo no-adecuado para llegar *a ser alguien*) y dispositivos de seguridad, los cuales se implementan por los *mass media* y la industria cultural al producir las subjetividades juveniles desde el adultocentrismo y un tipo ideal de sociedad y de individuos.

En este último caso, la mayoría de los estereotipos que reproducen los medios no sólo tienen el propósito de negar aquellas identidades que resultan factores de riesgo para la estabilidad del sistema, sino, y sobre todo, presentar la imagen ideal de la juventud para la sociedad moderna. Los jóvenes rurales se enfrentan al modelo del *heredero* del sistema capitalista, quien posee un conjunto de virtudes que lo perfilan como hombre de negocios, conductor de televisión, mujer empresaria, y creen que la escuela es la garantía de esa transformación. Sin embargo, sus experiencias más inmediatas desmontan las estrategias del adultocentrismo al evidenciar la distancia entre lo que éste considera *el joven legítimo* y lo que sus restricciones socio-económico-culturales le permiten:

El joven legítimo es aquel que condensa las cualidades que los grupos dirigentes definen como requisito para la reproducción de vida, patrimonio y posición social; el buen hijo genérico del sistema. Necesariamente paradójico, el heredero es una esperanza para el futuro y una amenaza para el presente; cuidadosamente adoctrinado para obedecer primero para mandar después, llega un momento, cuando las fuerzas y circunstancias se lo permiten, en el que se aposenta en los lugares y las funciones para las que fue preparado. El éxito, esa imagen borrosa que tanto predicán las instituciones del saber, el prestigio, la riqueza y el poder, sedimenta en capas estratificadas de discursos y prácticas a las matrices axiológicas, escalas de valores, modelos de conducta, códigos

profesionales, competencias técnicas, capacidades de conducción, culturas administrativas, modalidades de gestión empresarial, lealtades políticas, y tantas otras vicisitudes propias de las extensiones de la hegemonía (Margulis y Urresti, 1998, p. 18).

La introducción de las tecnologías de comunicación en las comunidades rurales ha enfrentado a los jóvenes con los discursos de la sociedad moderna que reproducen las imágenes descritas por Margulis y Urresti. En este contexto, debemos apuntar que para comprender mejor la mirada adultocéntrica y sus implicaciones ideológicas en la construcción identitaria de las juventudes rurales, es necesario analizar las representaciones construidas o reproducidas por las instituciones sociales (familia, escuela, iglesia, gobierno, medios de comunicación) al tiempo que se realiza una lectura de los procesos de circulación-consumo de bienes simbólicos (vestimenta, música, manifestaciones sobre el cuerpo) que empiezan a generar prácticas culturales distintas en los territorios rurales.

Consideramos que esta lectura puede ayudar a identificar la dinámica de producción sociodiscursiva de las juventudes rurales y sus efectos en las identidades juveniles, lo que implica reaccionar contra los discursos que pretenden instaurarse como regímenes de verdad o formas de normalización de las juventudes. Esto conlleva también, por un lado, la necesidad de desprendernos de los resabios de un adultocentrismo que explica las relaciones intergeneracionales a partir de la lógica superioridad/inferioridad y asume el papel de representador de lo que él mismo produce como incapaz de representarse; por otro, la capacidad de establecer las vías de diálogo con las prácticas y discursos juveniles a partir del reconocimiento de su papel como portadores de una voz, una identidad y una existencia presentes y reales. La lectura crítica es necesaria para reemplazar la mirada que homogeneiza a las juventudes rurales por una experiencia que descubra esas otras narraciones que empiezan a visibilizarse como portadoras de saberes y sensibilidades diferentes.

El análisis crítico del adultocentrismo como régimen de verdad, con efectos indeseables en las identidades juveniles rurales, permite entrever los resquicios por los que las lógicas de dominación pueden socavarse. Y aunque la invisibilización de las juventudes rurales sigue existiendo, puede vislumbrarse lo que Gurrieri, Torres-Rivas, González y De la Vega (1971, p. 29) auguraban: “Es probable que los próximos años posibiliten la aparición de una juventud rural con perfiles propios cuyo rasgo fundamental no sea oponerse a su propio mundo adulto sino intente ser, por el contrario, la avanzada de su liberación”.

El análisis del discurso de los jóvenes evidencia posiciones de resistencia y de oposición a los efectos del poder vinculado con el saber que se concentra en la lógica adultocéntrica; es decir, el discurso de los jóvenes rurales se opone a las representaciones impuestas desde las instituciones sociales. Por otra parte, la lucha simbólica que se libra en el plano del discurso se mueve en torno de la cuestión ¿quiénes dicen que somos y quiénes decimos que somos? Con esto se evidencia el rechazo a las abstracciones que configuran el adultocentrismo, a la violencia ideológica que ignora quiénes son los jóvenes rurales y a esa *inquisición administrativa* que determina quiénes son.

Conclusiones

Algunos autores sostienen que en México, como en otros países latinoamericanos, el proceso de constitución del sujeto joven tiene poco más de un siglo (Urteaga y Sáenz, 2012). Por nuestra parte, podemos afirmar que la emergencia del sujeto joven en las comunidades rurales es aún más reciente; tiene que ver con el establecimiento de los centros de educación media, pues son estos los que permiten realmente esa etapa de moratoria que impide el paso de la infancia a la adultez por la incorporación temprana al trabajo y la adquisición de responsabilidades, como el cuidado del terreno, el matrimonio y los hijos.

En las comunidades rurales la idea de sujeto joven se ha integrado mediante imágenes y representaciones sociales construidas desde la sociedad adulta. Entre las representaciones sobre los jóvenes que juegan un papel significativo en su constitución se encuentran aquellas que los refieren como rebeldes, desinteresados, enfermos, necesitados de orientación, indisciplinados y problemáticos. Estas conceptualizaciones circulan en las comunidades rurales y se hacen parte del conocimiento de sentido común. Esto significa que, incluso cuando las condiciones sociales, económicas, políticas y culturales en las que emergen los jóvenes cambien regularmente, los conceptos se mantienen a través de imágenes que circulan en las instituciones, las cuales legitiman estos estereotipos al reproducirlos socialmente por medio de preceptos y prácticas.

El análisis de los discursos producidos en las instituciones sociales y aquellos producidos por los propios jóvenes, a través de la regionalización discursiva,

permite observar que la región discursiva se instituye por medio de la conformación de campos discursivos con repertorios interpretativos particulares. En estos repertorios abundan metáforas y conceptualizaciones que naturalizan la condición juvenil y legitiman cualquier forma de intervención sobre los jóvenes. La noción de región discursiva nos obliga a pensar en la interdiscursividad, pues el análisis de la producción discursiva, tanto institucional como la de los propios jóvenes, permite observar la existencia de relaciones interdiscursivas entre los distintos campos que conforman la estructura social, tal como se observa en la figura 5.

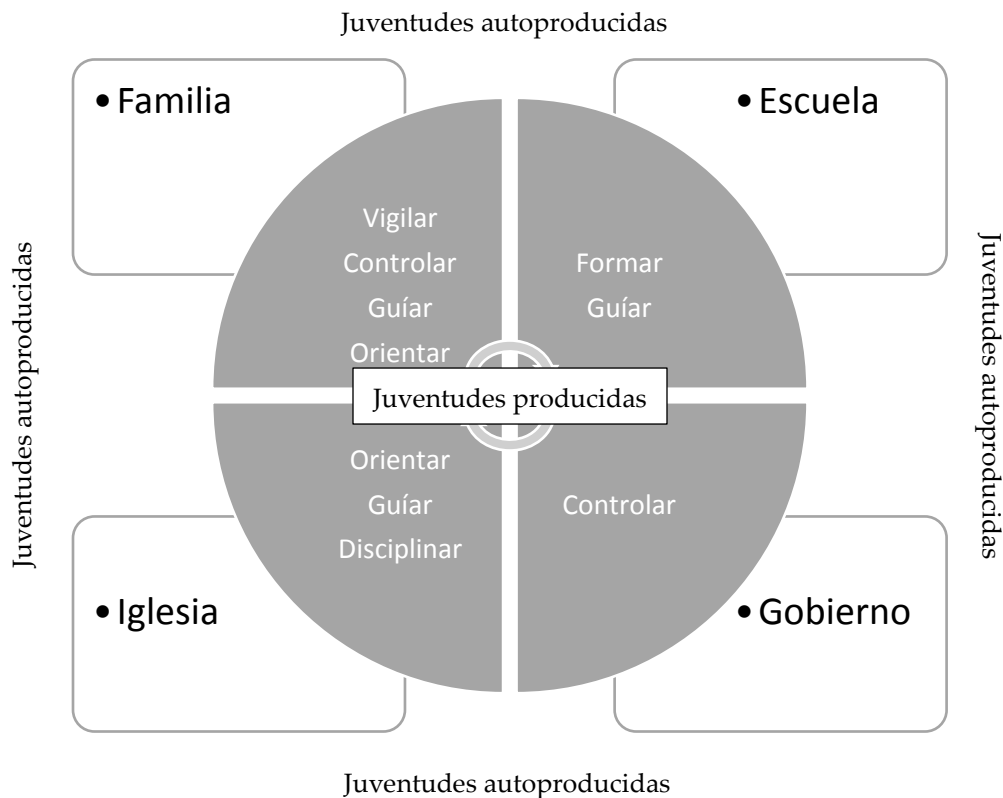


Figura 5. Relaciones interdiscursivas

Como sostiene Angenot (2010), el discurso social se organiza en sectores canónicos, reconocidos, centrales, es decir, institucionalizados. Las imágenes en circulación pública que se producen en estos sectores poseen el constante rasgo de

totalización, constriñendo las diversidades juveniles en un reduccionismo recargado valóricamente. En este caso puede notarse el impacto del discurso en la constitución de identidades juveniles, por lo que puede hablarse de *juventudes producidas*. Sin embargo, el análisis del discurso social permite observar que en los márgenes, en la periferia de los campos discursivos hegemónicos, en esos sectores de legitimidad, se establecen disidencias. En este caso la periferia de la región discursiva está ocupada por aquellos jóvenes que oponen a los valores y a las ideas institucionalizadas su propia concepción de juventud, su hermenéutica social, su estética. Son juventudes autoproducidas que luchan constantemente contra las constricciones materiales y simbólicas impuestas por las instituciones.

Los discursos constituyentes de lo juvenil están delimitados principalmente por las posiciones que los jóvenes ocupan en la estructura social, posiciones que pueden ser tanto impuestas como promovidas. Así, lo juvenil se constituye en las comunidades rurales a partir de las condiciones de posibilidad/dificultad que los jóvenes tienen para desplegar sus capacidades y potencialidades y de los espacios que los propios jóvenes crean. Estas condiciones apuntan a tres factores: la inclusión de los jóvenes en el sistema escolar; los posicionamientos políticos que estos sujetos asumen en la conflictividad social y el despliegue de unos estilos juveniles que les otorgan distinción en el medio social.

En relación con el primero de estos factores, como se mencionó, la inclusión de los jóvenes en el sistema escolar es lo que ha permitido que la categoría juventud se constituya en el espacio social. Esta emergencia, y su posterior configuración dada por la migración y la introducción de tecnologías de comunicación, ha supuesto un punto de quiebre con la categorización social previa, pues introduce signos diferentes que subvierten el estatus legitimador de discursos ostentado por generaciones anteriores. Este factor es también el que se evidencia en el discurso

institucional al establecer comparaciones, en la segmentariedad lineal apuntada, entre la libertad de la juventud actual y el carácter de realizado del mundo adulto.

En cuanto a los posicionamientos políticos, estos se concretan no únicamente subvirtiendo el discurso institucional, sino también al promover la inserción de los jóvenes en procesos de toma de decisiones que empiezan a ser reconocidos. El empoderamiento de los jóvenes en tanto que actores sociales que confrontan las relaciones de poder institucionalizadas no sólo es catalizado, sino hecho posible por las identidades que aglutinan y definen a los actores mismos. En resumen, las identidades que se construyen en los discursos no sólo son objeto de las disputas sociales, sino también mediadoras de la reproducción o la confrontación de los andamiajes de poder en las diferentes instituciones y los ámbitos de la vida social.

Ahora, en relación con el despliegue de los estilos juveniles que otorgan distinción a los jóvenes en el medio rural, resulta que estos son, a la vez que los elementos por los que son marginados, los signos materiales de la subversión del discurso institucional. Estos estilos no se manifiestan ni adquieren su carácter subversivo en aislamiento, sino que se conjugan para adquirir el valor que tienen; es decir, la música, la vestimenta, los tatuajes, los *piercings*, sólo constituyen elementos de distinción en tanto que se ponen en escena: una esquina en la calle menos transitada; el rincón más oscuro del parque; el campo de fútbol después de las seis, son los escenarios en los que los nuevos modos de vivir la condición juvenil se visibilizan.

Por otra parte, es necesario señalar que la realización de este trabajo ha permitido reconocer algunas líneas de reflexión que deben ser consideradas para contribuir con la visibilización de los jóvenes rurales en tanto que sujetos con potencial de acción. Una primera línea se refiere a la necesidad de aprender a reconocer la diversidad de formas de vivir la juventud en contextos rurales, en tanto que portadora de diferencias y singularidades que construyen su pluralidad y

diversidad en los distintos espacios sociales y frente a las constricciones materiales y simbólicas que imponen las instituciones sociales.

Una segunda línea de reflexión se relaciona con la necesidad de instrumentar miradas múltiples que permitan recoger la riqueza de la pluralidad de las juventudes rurales, en contraposición con la mirada predominante que permite imágenes fijas, desde el escritorio, desde arriba. Este giro epistemológico implica vincularse con los jóvenes, escuchar sus voces, observar sus prácticas y convivir en su cotidianidad. Sólo de este modo se puede aprender y comprender la diversidad de los mundos juveniles que empiezan a configurarse como resultado de la globalización en las comunidades rurales.

Una tercera línea se refiere a la necesidad de establecer vínculos con el mundo juvenil, que es diverso y plural, como condición para la generación de conocimiento comprensivo. La consideración de los contextos locales y globales y la necesaria historización de las experiencias juveniles en las comunidades rurales son algunos de los elementos necesarios para desarrollar esta línea de reflexión. Una cuarta línea es la que pretende superar la rigidez con que se ha mirado y se ha hablado de la juventud. En este contexto, lo que resulta necesario es resignificar conceptos en torno al mundo juvenil, no con la intención de generar categorías totalizantes, sino de contar con conceptos flexibles que se acerquen progresivamente a los jóvenes rurales para comprender las expresiones juveniles, los procesos de juvenilización, entre otras situaciones.

Estas líneas de reflexión, así como el trabajo mismo, basado en el reconocimiento de las voces de los jóvenes rurales pero, sobre todo, en la crítica a las instituciones sociales y su producción discursiva totalizante, no pretenden instaurar una posición romántica del mundo juvenil. Esta pretensión negaría las complejidades y contradicciones que posee la dinámica social y atribuiría al mundo juvenil una propiedad esencialista, que es precisamente lo que se ha criticado. Por

otra parte, tampoco se trata de construir una mirada “antiadulta”, pues la invisibilización de las juventudes rurales, si bien tiene que ver con personas en concreto, está anclada en el ámbito de la cultura y los estilos de relaciones que se dan en esas sociedades. Es decir, los adultos no son “el enemigo a enfrentar”; se trata más bien de una asimetría social que invisibiliza y niega el potencial juvenil, asimetría que corresponde a la producción de las instituciones concebidas adultocéntricamente, lo cual no puede pensarse en términos de edad pero sí como conjunto de actitudes, discursos y estilos de relaciones; por tanto, se trata de promover una reconstrucción de los estilos de relaciones que se promueven desde los campos institucionales.

Referencias

- Aberásturi, A. y M. Knobel (1985). *La adolescencia normal*. Paidós: México.
- Alpízar, L. y Bernal, M. (2003). La Construcción Social de las Juventudes. *Última década*, 11 (19), pp. 105-123. Disponible en <https://dx.doi.org/10.4067/S0718-22362003000200008>
- Álvaro, J. L. y Garrido, A. (2003). Teoría sociológica y vínculos psicosociales. En José Luis Álvaro Estramiana (ed.), *Fundamentos sociales del comportamiento humano* (pp. 45-111). Barcelona: UOC.
- Anderson, H. (2010). *Conversação, Linguagem e possibilidades. Um enfoque pós-moderno da terapia*. São Paulo: Editora Roca.
- Angenot, M. (2010). *El discurso social: los límites históricos de lo pensable y lo decible*. Argentina: Siglo XXI Editores.
- Ávila, H. y Cruz, T. (2006). Juventudes en la posmodernidad mexicana. *Jóvenes, revista de estudios sobre juventud*, IV (24). México: IMJ.
- Ballinas-Urbina, Y., Evangelista, A. A., Nazar, D. A. y Salvatierra, E. B. (2015). Condiciones sociales y comportamientos sexuales de jóvenes en Chiapas. *Papeles de Población*, 21 (83), 253-286.
- Becerra, H. C. (2001). *Consideraciones sobre la juventud rural de América Latina y el Caribe*. Disponible en <http://www.fediap.com.ar/administracion/pdfs/Consideraciones%20sonbre%20la%20Juventud%20Rural%20en%20Am%C3%A9rica%20Latina%20.pdf>

- Benedetti, A. (2009). Los usos de la categoría *región* en el pensamiento geográfico argentino. *Scripta Nova. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, XIII (286). Disponible en <http://www.ub.edu/geocrit/sn/sn-286.htm>
- Berger, P. (1970). *Para una teoría sociológica de la religión*. Barcelona: Kairós.
- Berger, P. y Luckmann, T. (1993). *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Bevilaqua, J. (2009). Juventud rural: Una invención del capitalismo industrial. *Estudios Sociológicos*, XXVII (80). México: El Colegio de México.
- Bhabha, H. (1990). *Nation and narration*. Londres: Routledge.
- Bonder, G. (1999). La construcción de las mujeres jóvenes en la investigación social. *VI Anuario de Investigaciones*. Buenos Aires: Facultad de Psicología, Universidad de Buenos Aires.
- Bonfil, P. (2001). ¿Estudiar para qué? Mercados de trabajo y opciones de bienestar para los jóvenes del medio rural. La educación como desventaja acumulada. En Enrique Pieck (Coord.), *Los jóvenes y el trabajo. La educación frente a la exclusión social*. México: UIA/IMJ/ Unicef.
- Bourdieu, P. (1990). *Sociología y cultura*. México: Grijalbo-Conaculta.
- Bourdieu, P. (2007). *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*. Barcelona: Anagrama
- Braslavsky, C. (1989). Estudios e investigaciones sobre juventud en América Latina: balance y perspectivas». En Ernesto Rodríguez y Ernesto Ottone (comps.). *Mitos, certezas y esperanzas: Tendencias de las investigaciones sobre juventud en América Latina* (pp. 17-48). Montevideo: Celaju-Unesco.

- Brito, R. (2002). Identidades juveniles y praxis divergentes: acerca de la conceptualización de la juventud. En Alfredo Nateras (Coord.), *Jóvenes, culturas e identidades urbanas*. México: UAM/Porrúa.
- Brownyn, D. y Harré, R. (2007, otoño). Posicionamiento: la producción discursiva de la identidad. *Athenea Digital*, (12), 242-259. Disponible en <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=53701213>
- Brunet, D. (2004). La participación juvenil. Entre el contexto social y la voluntad política. En Rossana Reguillo et al. (Coords.), *Tiempo de híbridos. Entresiglos jóvenes México-Cataluña*. México: Instituto Mexicano de la Juventud.
- Brunet, R., Ferras, R. y Théry, H. (1992). *Les mots de la géographie*. Paris: Bellin Collection. Disponible en <https://www.erudit.org/fr/revues/cgq/1993-v37-n102-cgq2674/022390ar.pdf>
- Butler, J. (2007). *El género en disputa*. Barcelona: Paidós.
- Cabral, J. y Flores, A. (1999). *Salud sexual y reproductiva en jóvenes indígenas de las principales etnias de México*. México: IMSS.
- Calderón, G. (2008). La confianza de los jóvenes en las instituciones y el rompecabezas democrático. *Jóvenes, revista de estudios sobre juventud*, IV (29). México: Instituto Mexicano de la Juventud.
- Canales, M. y Peinado, A. (1994). Grupos de discusión. En J. M. Delgado y J. Gutiérrez (Coords.), *Métodos y técnicas cualitativas de investigación en ciencias sociales* (pp. 287-316). Madrid: Síntesis.
- Casal, J. (2000). Capitalismo informacional, trayectorias sociales de los jóvenes y políticas de juventud. *Juventudes y Empleos: perspectivas comparadas*. C. L. Madrid: Injuve.

- Castillo, R. (2003). *Incidencia de la emigración en la construcción de la identidad y proyecto de vida de los jóvenes, Girón, 2002*. Ecuador: Universidad de Cuenca.
- Castillo, A. L. (2014). *Masculinidades desde los márgenes: experiencias y trayectorias de jóvenes en el Centro de Internamiento Especializado para Adolescentes Villa Crisol en Berriozábal, Chiapas* [Tesis de maestría]. México: Universidad Autónoma de Chiapas.
- Castillo, H., Zermeño, S. y Ziccardi, A. (1988). *Juventud popular y bandas en la ciudad de México*. México: Unam.
- Castro, E. (2011). *Lecturas foucaulteanas. Una historia conceptual de la biopolítica*. La Plata: Unipe.
- Castro-Gómez, S. (2007, enero-junio). Michel Foucault y la colonialidad del poder. *Tabula Rasa*, (6), 153-173. Disponible en <http://www.revistatabularasa.org/numero-6/castro.pdf>
- Centro Unesco. (2003). *La juventud y el sistema NNUU, primera monografía sobre juventud*. Euskal Herria: Centro Unesco.
- Chihu, A. (Coord.). (2002). *Sociología de la identidad*. México: UAM-Iztapalapa y Miguel Ángel Porrúa.
- Cisneros, L. (1998). Los jóvenes, la investigación y la sociedad civil. En Jaime Arturo Padilla (Coord.), *La construcción de lo juvenil. Reunión Nacional de Investigadores sobre Juventud 1996*. México: Causa Joven.
- Corduneanu, V. (2017). Jóvenes rurales, actitudes y participación política: un tema emergente. En Inés Cornejo Portugal (Coord.), *Juventud rural y migración mayahablante. Acechar, observar e indagar sobre una temática emergente* (pp. 25-58). México: Universidad Autónoma Metropolitana.

- Correa, R. L. (1986). *Região e organização espacial*. São Paulo: Editora Atica.
- Coupland, D. (1993). *Generación X*. Barcelona: Ediciones B.
- Crespo, J. A. (1989, septiembre-diciembre). Los actores del sistema político en la percepción universitaria. *Sociología*, 4 (11). Disponible en <http://www.sociologicamexico.azc.uam.mx/index.php/Sociologica/article/view/970/942>
- Crespo, J. A. (1990). Los estudiantes universitarios frente al discurso oficial. *Foro Internacional*, (121). México: El Colegio de México.
- Cromby, J. y Nightingale, D. (Eds.) (1999). *Social constructionist psychology*. Buckingham: Open University Press.
- Cruz, T. (2015). Experimentando California: cambio generacional entre tzeltales y choles de la selva chiapaneca. *Cuicuilco*, 22 (62), 217-239.
- Cruz, T. (2016). De Chiapas a California. Experiencia migratoria y cambio cultural en jóvenes indígenas. *Revista Pueblos y Fronteras Digital*, 11 (22). Disponible en <http://dx.doi.org/10.22201/cimsur.18704115e.2016.22.267>.
- Cruz, T. (2017). Lo etnojuvenil. Un análisis sobre el cambio sociocultural entre tsotsiles, tseltales y choles. *Liminar. Estudios Sociales y Humanísticos*, XV (1). Disponible en <http://dx.doi.org/10.2536/liminar.v15i1.494>
- Cruz, T. (2017). Ser joven indígena en Chiapas: prácticas juveniles entre tzeltales y tzotziles. En Assis da Costa Oliveira y Lúcia Helena Rangel (Orgs.), *Juventudes indígenas. Estudos Interdisciplinares, saberes interculturais conexões entre Brasil e México*. Brasil: E-Papers.

- Cruz, T. y González, Y. (Eds.). (2014). *Juventudes en frontera: tránsito, procesos y emergencias juveniles en México, Chile, Nicaragua y Argentina*. Quito, Ecuador: Ediciones Abya-Yala y El Colegio de la Frontera Sur.
- Cuervo González, L. M. (2003). *Pensar el territorio: los conceptos de ciudad-global y región en sus orígenes y evolución*. Santiago de Chile: ONU-Cepal.
- Deleuze, G. y Guattari, F. (2004). *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*. España: Pre-textos.
- Denzin, N. (2009). *The Research Act*. Nueva York: McGraw-Hill.
- Diccionario de geografía aplicada y profesional: terminología de análisis, planificación y gestión del territorio*. (2015). Universidad de León.
- Duarte, K. (2000). ¿Juventud o Juventudes?: Acerca de cómo mirar y remirar a las juventudes de nuestro continente. *Última década*, 8 (13), 59-77. Disponible en <https://dx.doi.org/10.4067/S0718-22362000000200004>
- Duarte, K. (2002). Mundos jóvenes, mundos adultos: lo generacional y la reconstrucción de los puentes rotos en el Liceo. *Última década*, 10 (16), 95-113. Disponible en <https://dx.doi.org/10.4067/S0718-22362002000100004>
- Dubet, F. (2006). *El declive de la institución*. Barcelona: Gedisa.
- Durkheim, E. (2007). *Las formas elementales de la vida religiosa*. Madrid: Akal.
- Durston, J. (1998). Juventud rural en América Latina: reduciendo la invisibilidad. En Jaime Arturo Padilla (Coord.), *La construcción de lo juvenil. Reunión Nacional de Investigadores sobre Juventud 1996*. México: Causa Joven.
- Durston, J. (1998a). *Juventud y desarrollo rural: marco conceptual y contextual*. Santiago de Chile: Cepal.

- Espejo, C. (2003). Anotaciones en torno al concepto de región. *Nimbus*, (11-12), 67-87. Disponible en <https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/839169.pdf>
- Evangelista, A. A., Cruz, T. y Mena, A. (Coords). (2017). *Género y juventudes*. Chiapas: Ecosur.
- Evangelista, A.A., Tinoco, R. y Tuñón, E. (2009, octubre-diciembre). Investigación social sobre juventud en el sureste de México. En *Diario de campo*, No. 56: *Juventudes, culturas, identidades y tribus juveniles en el México contemporáneo* (pp. 69-79). México: INAH.
- Fairclough, N. (1993). *Discurso y cambio social*. Cambridge: Polity Press.
- Fairclough, N. (2003). El análisis crítico del discurso como método para la investigación en ciencias sociales. En R. Wodak y M. Meyer (Comps.), *Métodos de análisis crítico del discurso* (pp. 179-204). España: Gedisa.
- Fairclough, N. y Wodak, R. (2000). Análisis crítico del discurso. En Teun Van Dijk (Comp.), *El discurso como interacción social* (pp. 367-404). Barcelona: Gedisa.
- Fals Borda, O. (1961). *Campeños de los Andes. Estudio sociológico de Saucio*. Bogotá: Universidad Nacional.
- Feixa, C. (1993). La ciudad en la antropología mexicana. *Quaderns del Departament de Geografia e Historia*. España: Universitat de Lleida.
- Feixa, C. (1995): *El reloj de arena*. México: Causa Joven.
- Feixa, C. (1998). *De jóvenes, bandas y tribus*. Barcelona: Ariel.
- Feixa, C. (2006). Generación XX. Teorías sobre la juventud en la era contemporánea. *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, 4 (2).

- Feixa, C. y González, Y. (2006). Territorios baldíos: identidades juveniles indígenas y rurales en América Latina. *Papers. Revista de Sociología*, 79, 171-193. Disponible en <http://www.cajpe.org.pe/pdfs/fyl.pdf>
- Feixa, C. y González, Y. (2013). *La construcción histórica de la juventud en América Latina: bohemios, rockanroleros & revolucionarios*. Santiago: Cuarto Propio.
- Fernández, H. y Ávila, G. (1999). Análisis comparativos entre jóvenes rurales y urbanos. *Jóvenes, Revista de Estudios sobre Juventud*, 3 (9).
- Ferraroti, F. (2008). Consideraciones generales de la juventud como problema social. En José Antonio Pérez, Mónica Valdez y María Herlinda Suárez Zozaya. (Coords.), *Teorías sobre la juventud. La mirada de los clásicos* (pp. 339-344). México: Porrúa-Unam.
- Filmus, D. y Miranda, A. (1999). Más educación, menos trabajo = más desigualdad. *Los noventa*. Buenos Aires: Eudeba/Flacso.
- Foucault, M. (1988). El sujeto y el poder. *Revista Mexicana de Sociología*, 50 (3), 3-20.
- Foucault, M. (2009). *El orden del discurso*. Barcelona: Tusquets.
- Foucault, M. (2010). *La arqueología del saber*. México: Siglo XXI.
- García, J. (1985). *¿Qué transa con las bandas?* México: Posada.
- García, J. (2006). Geografía regional. En Alicia Lindón y Daniel Hiernaux (Dirs.), *Tratado de geografía humana* (pp. 25-70). México: Anthropos y UAM-Iztapalapa.
- García, R. (2006). Los jóvenes y la migración. *Jóvenes, revista de estudios sobre juventud*, IV (25). México: Instituto Mexicano de la Juventud.
- Gergen, K. J. (1996). *Realidades y relaciones: aproximación a la construcción social*. Barcelona: Paidós.
- Gergen, K. J. (2006). *Construir la realidad. El futuro de la psicoterapia*. Barcelona: Paidós.

- Gergen, K. J. y Gergen, M. (2010). *Construccionismo social. Um convite ao diálogo*. Rio de Janeiro: Instituto Noos.
- Giménez, G. (1981). *Poder, estado y discurso. Perspectivas sociológicas y semiológicas del discurso político-jurídico*. México: Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Jurídicas.
- Giménez, G. (2007). *Estudios sobre la cultura y las identidades sociales*. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente.
- Giménez, G. (2009). *Identidades sociales*. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes e Instituto Mexiquense de Cultura.
- González, S. (1995). *Las costumbres del matrimonio en el México indígena contemporáneo*. México: El Colegio de México.
- González, Y. (2003). Juventud rural: trayectorias teóricas y dilemas identitarios. *Nueva Antropología*, XIX (63), 153-175.
- Grandesso, M. (2000). *Sobre a construção do significado*. São Paulo: Casa do Psicólogo.
- Guillén, L. M. (1985, enero-marzo). Idea, concepto y significado de la juventud. *Revista de Estudios sobre la Juventud*, (5), 39-49. México: CEJM.
- Gurrieri, A., Torres-Rivas, E., González, J. y Vega, E. (1971). *Estudios sobre la juventud marginal latinoamericana*. México: Ilpes.
- Guzmán, C. (1994). *Entre el deseo y la oportunidad: Estudiantes de la UNAM frente al mercado de trabajo*. Cuernavaca: UNAM-Centro de Investigaciones Multidisciplinarias.

- Hermo, J. (1998). Métodos e instrumentos de investigación. En Jaime Arturo Padilla (Coord.), *La construcción de lo juvenil. Reunión Nacional de Investigadores sobre Juventud 1996*. México: Causa Joven.
- Hobsbawm, E. (1983). *La invención de tradiciones*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Hopenhayn, M. (2004). *La juventud en Iberoamérica: tendencias y urgencias*. Santiago: CEPAL-OIJ.
- Horbath, J. E. (2016). Contrastes regionales de la discriminación laboral hacia los jóvenes en México. *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, 14 (2). DOI:10.11600/1692715x.14226240814
- Instituto Interamericano de Cooperación para la Agricultura. (2000). *Jóvenes y nueva ruralidad: protagonistas actuales y potenciales del cambio* (Serie Documentos Conceptuales, No. 2000-02). Costa Rica: Autor.
- Instituto Mexicano de la Juventud. (2017, 30 de octubre). ¿Qué es ser joven? [Mensaje en blog]. Recuperado de <https://www.gob.mx/imjuve/articulos/que-es-ser-joven?idiom=es>
- Izquierdo, R. (1998). El rescate del aprendizaje. En Jaime Arturo Padilla (Coord.), *La construcción de lo juvenil. Reunión Nacional de Investigadores sobre Juventud 1996*. México: Causa Joven.
- Jacinto, C. (1996). Desempleo y transición educación-trabajo en jóvenes de bajos niveles educativos: De la problemática estructural a la construcción de trayectorias. *Dialógica*, 1 (1), 43-63.
- Knoublauch, H. et al. (2008). Introducción. En T. Luckmann, *Conocimiento y sociedad. Ensayos sobre acción, religión y comunicación* (pp. 9-41). Madrid: Trotta.

- Krauskopf, D. (2005). Desafíos en la construcción e implementación de las políticas de juventud en América Latina. *Nueva Sociedad*, 200, 141-153.
- Krauskopf, D. (2010). La condición juvenil contemporánea en la constitución identitaria. *Última Década*, 18 (33), 27-42.
- Laclau, E. (2006). *La Razón Populista*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Laparra, S. (2015). *Modelos culturales en narrativas sobre la escuela. El caso de los alumnos del Telebachillerato #30* [Tesis de maestría]. México: Universidad Autónoma de Chiapas.
- Leccardi, C., y Feixa, C. (2011). El concepto de generación en las teorías sobre la juventud. *Última década*, 19 (34), 11-32.
- Ley del Instituto Mexicano de la Juventud*. (2015, Última reforma publicada). Disponible en http://www.diputados.gob.mx/LeyesBiblio/pdf/87_020415.pdf
- Ley de Juventud para el Estado de Chiapas*. (2012). Disponible en <http://www.congresochiapas.gob.mx/new/Info-Parlamentaria/ley%20de%20la%20juventud%20para%20el%20estado%20de%20chiapas..pdf?v=Mg==>
- Lopes de Sousa, M. (2013) *Os conceitos fundamentais da pesquisa sócio-espacial*. Rio de Janeiro: Bertrand.
- López, D. (2008). Conocimiento de sentido común y procesos de interpretación. Una mirada a partir de las reflexiones de Alfred Schutz y Harold Garfinkel. *Intersticios. Revista Sociológica de Pensamiento Crítico*, 2 (2). Disponible en https://www.researchgate.net/publication/28249700_Conocimiento_de_sentido_comun_y_procesos_de_interpretacion_Una_mirada_a_partir_de_las_reflexiones_de_Alfred_Schutz_y_Harold_Garfinkel

- López Trigal, L. (Dir.). (2015). *Diccionario de geografía aplicada y profesional: terminología de análisis, planificación y gestión del territorio*. España: Universidad de León.
- Luckmann, T. (1973). *La religión invisible*. Salamanca: Sígueme.
- Luckmann, T. (1996). Nueva sociología del conocimiento. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, (74), 163-172. Disponible en http://www.reis.cis.es/REIS/PDF/REIS_074_09.pdf
- Magnabosco, M. (2014). El Construccinismo Social como abordaje teórico para la comprensión del abuso sexual. *Revista de Psicología (PUCP)*, 32 (2), 219-242. Disponible en http://www.scielo.org.pe/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0254-92472014000200002&lng=es&tlng=es
- Margulis, M. y Urresti, M. (1996). *La juventud es más que una palabra*. Buenos Aires: Biblos.
- Margulis, M. y Urresti, M. (1998). La construcción social de la condición de juventud. En Cubides, H., Laverde, M. C., Valderrama, C. E. (Eds.). *Viviendo a toda. Jóvenes, territorios culturales y nuevas sensibilidades*. Bogotá: Universidad Central-DIUC, Siglo del Hombre Editores.
- Mariño, M. C. et al. (2000). Juventud y adicciones. En José Antonio Pérez (Coord.), *Jóvenes: Una evaluación del conocimiento. Investigación sobre juventud en México 1986-1999*. México: IMJ.
- Martín, E. (1997). El grupo de discusión como situación social. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, (79), 81-112. Disponible en http://www.reis.cis.es/REIS/PDF/REIS_079_01.PDF

- Medina Echavarría, J. (1967). La juventud latinoamericana como campo de investigación social. En *Filosofía, educación y desarrollo* (pp. 237-268). México: Siglo XXI.
- Medina, P., Urteaga, M. y Bonilla, L. (2013). Los guaches de la Tierra Caliente de Guerrero: configuraciones de lo juvenil en un espacio rural. En L. Pacheco Ladrón de Guevara, R. Román Pérez y M. Urteaga Castro-Pozo (Coords.), *Jóvenes rurales: viejos dilemas, nuevas realidades* (pp. 31-74). México: Universidad Autónoma de Nayarit y Juan Pablos Editor.
- Mendoza, H. (2011, septiembre-diciembre). Los estudios sobre la juventud en México. *Espiral*, XVIII (52), 193-224. Disponible en <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=13821307007>
- Mendoza, R. B. (2016). *Culturas rurales juveniles: apuntes sobre reconstrucciones identitarias en Miguel Hidalgo, Jiquipilas* [Tesis de maestría]. México: Universidad Autónoma de Chiapas.
- Meneses, S., García, J. C. y Pale, S. (2007). Migración y enfermedades de transmisión sexual en Chamula, Chiapas. Un estudio exploratorio. En Graciela Freyermuth, Sergio Meneses y Germán Martínez (Coords.), *El señuelo del norte. Migración indígena contemporánea* (pp. 61-151). Tuxtla Gutiérrez: Coespo Chiapas, FPNUAP y ANASAC.
- Meza, A., García, L.E., Saldívar-Moreno, A., Vera, J.A. (2016). Diseño y evaluación de herramientas lúdicas de aprendizaje socio-ambiental para identificar actitudes, motivaciones y decisiones de la juventud rural campesina contemporánea. *Revista Electrónica Educare*, 20 (2). Disponible en <http://dx.doi.org/10.15359/ree.20-2.11>

- Meyer, M. (2003). Entre la teoría, el método y la política: la ubicación de los enfoques relacionados con el ACD. En R. Wodak y M. Meyer (Comps.), *Métodos de análisis crítico del discurso* (pp. 35-60). España: Gedisa.
- Miranda, F. (2003). Continuidades y rupturas: Transición educación-trabajo. En José Antonio Pérez et al. (Coords.). *Nuevas miradas sobre los jóvenes México-Quebec*. México: Instituto Mexicano de la Juventud.
- Miranda, L. A. (2015). *Cuerpos marcados y transformados: identidades en crisis de jóvenes en prisión* [Tesis de maestría]. México: Universidad Autónoma de Chiapas.
- Montesinos, R. (2002). Masculinidad y juventud. La identidad genérica y sus conflictos. En Alfredo Nateras (Coord.), *Jóvenes, culturas e identidades urbanas*. México: UAM/Porrúa.
- Mørch, S. (1996). Sobre el desarrollo y los problemas de la juventud, el surgimiento de la juventud como concepción sociohistórica. *Jóvenes, Revista de Estudios Sobre Juventud*, (1). México: Instituto Mexicano de la Juventud.
- Navarro, V. (2004). Mitos sobre la delincuencia juvenil. Ángeles o demonios, los jóvenes en el imaginario social. En Rossana Reguillo et al. (Coords.), *Tiempo de híbridos. Entresiglos jóvenes México-Cataluña*. México: Instituto Mexicano de la Juventud.
- Ortega, N. (2005). *Paisaje, memoria histórica e identidad nacional*. Madrid: Universidad Autónoma de Madrid-Fundación Duques de Soria.
- Pacheco Ladrón de Guevara, L. C. (2013). La construcción de cohesión social en la ruralidad. En Lourdes C. Pacheco Ladrón de Guevara, Rosario Román Pérez y Maritza Urteaga Castro-Pozo (Coords.), *Jóvenes rurales: viejos dilemas, nuevas realidades*. México: Universidad Autónoma de Nayarit y Juan Pablos Editor.

- Pacheco Ladrón de Guevara, L.C., Román Pérez, R. y Urteaga Castro-Pozo, M. (Coords.). (2013). *Jóvenes rurales: viejos dilemas, nuevas realidades*. México: Universidad Autónoma de Nayarit y Juan Pablos Editor.
- Pacheco Ladrón, L. C. (2010). Los últimos guardianes. Jóvenes rurales e indígenas. En Rossana Reguillo (Coord.), *Los jóvenes en México* (pp. 124-153). México: FCE-Conaculta.
- Pacheco, G. (1991). Preferencias políticas en la UAM. *Topodrilo*, (23). México: UAM-Iztapalapa.
- Pérez, G. (2008). La investigación cualitativa: problemas y posibilidades. En *Investigación cualitativa. Retos e interrogantes I. Métodos* (5a. ed.) (pp. 43-76). Madrid: La Muralla.
- Pérez, J. A. (2005). Historizar a los jóvenes: propuestas para buscar los inicios. En José Antonio Pérez Islas y Maritza Urteaga Castro-Pozo (Coords.), *Historias de los jóvenes en México: su presencia en el siglo XX* (pp. 17-32). México: Instituto Mexicano de la Juventud.
- Pérez, J. A. (2006). Trazos para un mapa de la investigación sobre juventud en América Latina. *Papers. Revista de Sociología*, 79, 145-170.
- Pérez, M. L. (2011). Retos para la investigación de los jóvenes indígenas. *Alteridades*, 21 (42), 65-75.
- Pérez, G. y Morales, A. (1996). Sexualidad y salud reproductiva. En Rafael Cordera et al. (Coords.), *México joven. Políticas y propuestas para la discusión*. México: UNAM.
- Pérez, J. A., Valdez, M. y Suárez, M. H. (Coords.) (2008). *Teorías sobre la juventud. La mirada de los clásicos*. México: Porrúa-UNAM.

- Plesnicar, L. (2011). El discurso de la OIJ sobre la participación de la juventud en el desarrollo (1980-2000). *Revue Interdisciplinaire de Travaux sur les Amériques*, (4). Disponible en <http://www.revue-rita.com/traits-dunion-thema-59/el-discurso-de-la-oij-sobre-la-participacion-de-la-juventud-en-el-desarrollo-1980-2000.html>
- Poche, B. (1985). Une définition sociologique de la région? *Cahiers internationaux de la sociologie*, (LXXIX), 226-238.
- Pratt, H. (2006). *Diccionario de sociología*. México: FCE
- Quintero, S. (2004). Los textos de geografía: un territorio para la nación. En L. A. Romero (Coord.), *La Argentina en la escuela. La idea de nación en los textos escolares* (pp. 79-122). Buenos Aires: Siglo XXI.
- Ramos, E. (2004). El estudio de la cultura política en México. En Marco Antonio González (Coord.), *Pensando la política. Representación social y cultura política en jóvenes mexicanos*. México: Plaza y Valdés.
- Ramos, L. (2002). Juventud, género y violencia. En Alfredo Nateras (Coord.), *Jóvenes, culturas e identidades urbanas*. México: UAM/Porrúa.
- Rasera, F. E. y Japur, M. (2005). Os sentidos da construção social: o convite construcionista para a psicologia. *Paidéia*, 15 (30), 21-29.
- Reartes, D. (2008). El inicio sexual en jóvenes estudiantes migrantes indígenas de los Altos de Chiapas. ¿Es posible la prevención del VIH/SIDA/rrs? *Anuario Cesmeca 2007*. Tuxtla Gutiérrez: Unicach.
- Reguillo, R. (1991). *En la calle otra vez. Las bandas, identidad urbana y usos de la comunicación*. Guadalajara: Iteso.

- Reguillo, R. (1998). Organización y agregaciones juveniles: Los desafíos para la investigación. En Jaime Arturo Padilla (Coord.), *La construcción de lo juvenil. Reunión Nacional de Investigadores sobre Juventud 1996*. México: Causa Joven.
- Reguillo, R. (2000). Anclajes y mediciones del sentido. Lo subjetivo y el orden del discurso: un debate cualitativo. *Revista Universidad de Guadalajara*, (17). Disponible en <https://goo.gl/akWp75>
- Reguillo, R. (2000). Las culturas juveniles, un campo de estudio; breve agenda para la discusión. En Gabriel Medina (Comp.), *Aproximaciones a la diversidad juvenil*. México: El Colegio de México.
- Rendón, T. y Salas, C. (2000). Educación y empleo juvenil. En José Antonio Pérez (Coord.), *Jóvenes: Una evaluación del conocimiento. Investigación sobre juventud en México 1986-1999*. México: Instituto Mexicano de la Juventud.
- Restrepo, E. (julio, 2007). Identidades: planteamientos teóricos y sugerencias metodológicas para su estudio. *Jangwa Pana*, (5), 24-35.
- Reyes, P. (1998). Reconceptualizar las adicciones: Un enfoque multidisciplinario. En Jaime Arturo Padilla (Coord.), *La construcción de lo juvenil. Reunión Nacional de Investigadores sobre Juventud 1996*. México: Causa Joven.
- Reyes, V. (2006). La migración de jóvenes mixtecos jornaleros. Aciertos y desaciertos. *Jóvenes, revista de estudios sobre juventud*, IV (25). México: Instituto Mexicano de la Juventud.
- Riquer, F. y Tepichín, A. M. (2001). Mujeres jóvenes en México. De la casa a la escuela, del trabajo a los quehaceres del hogar. En Enrique Pieck (Coord.), *Los jóvenes y el trabajo. La educación frente a la exclusión social*. México: UIA/IMJ/Unicef.

- Rodríguez, E. (1995). *Políticas integrales de juventud: propuestas para el período 1995-1999*. Montevideo: Ministerio de Educación y Cultura, Instituto Nacional de la Juventud.
- Rodríguez, E. (2002, marzo). Mundos jóvenes, mundos adultos: lo generacional y la reconstrucción de los puentes rotos en el liceo. Una mirada desde la convivencia escolar. *Última Década*, (16), 99-118. Disponible en <http://www.redalyc.org/pdf/195/19501604.pdf>
- Rodríguez, G. (2000). Sexualidad juvenil. En José Antonio Pérez (Coord.), *Jóvenes: Una evaluación del conocimiento. Investigación sobre juventud en México 1986-1999*. México: Instituto Mexicano de la Juventud.
- Rodríguez, E. y Dabezies, B. (1991). *Primer Informe sobre la Juventud de América Latina, 1990*. Madrid: Conferencia Iberoamericana de Juventud.
- Romero, M. (1997). *Necesidades de atención a la salud mental de la mujer adicta*. México: Instituto Mexicano de Psiquiatría.
- Rosas, M. (1993, 18 de marzo). La generación perdida. *Revista Etcétera*. México.
- Rózga-Lute, R. E. y Hernández-Diego, C. (2010). Los estudios regionales contemporáneos; legados, perspectivas y desafíos en el marco de la geografía cultural. *Economía, Sociedad y Territorio*, X. Disponible en <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=11115672002>
- Saavedra, J. et al. (2007). Lo que nos dicen los casos de sida en los jóvenes de México. *Jóvenes, revista de estudios sobre juventud*, IV (28). México: Instituto Mexicano de la Juventud.
- Salazar, A. (1998). Juventud y violencia. En Jaime Arturo Padilla (Coord.), *La construcción de lo juvenil. Reunión Nacional de Investigadores sobre Juventud 1996*. México: Causa Joven.

- Sciolla, L. (1983). *Identità: percorsi di análisis in sociologia*. Torino: Rosenberg & Sellier.
- Scott, J. (2000). *Los dominados y el arte de la resistencia*. México: Era.
- Searle, J. (2010). *Creando el mundo social. La estructura de la civilización humana* (Juan Bostelmann, trad.). México: Paidós.
- Secretaría de Educación Pública. (1993). *Encuesta Nacional sobre el uso de drogas en la comunidad escolar*. México: SEP/Instituto Mexicano de Psiquiatría.
- Shotter, J. (1993). *Conversational realities*. Londres: Sage.
- Silva, L. (1996). Un diagnóstico educativo de los universitarios. En Rafael Cordera et al. (Coords.), *México joven. Políticas y propuestas para la discusión*. México: UNAM.
- Silveira, S. (2001). La dimensión de género y sus implicaciones entre juventud, trabajo y formación. En Enrique Pieck (Coord.), *Los jóvenes y el trabajo. La educación frente a la exclusión social*. México: UIA/IMJ/Unicef.
- Sosa, E. (2002). ¿Quiénes son hoy las y los jóvenes para los docentes de bachillerato? Un estudio de caso. En Alfredo Nateras (Coord.), *Jóvenes, culturas e identidades urbanas*. México: UAM/Porrúa.
- Stern, C. (1998). Sexualidad juvenil. Más allá del estado del arte. En Jaime Arturo Padilla (Coord.), *La construcción de lo juvenil. Reunión Nacional de Investigadores sobre Juventud 1996*. México: Causa Joven.
- Taborga, H. (2003). *Expansión y diversificación de la matrícula de la educación superior en México*. México: Anuies.
- Taguena, J. A. (2009, enero-marzo). El concepto de juventud. *Revista Mexicana de Sociología*, 71 (1). Disponible en <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=32116011005>

- Tarrés, M. L. (Coord.) (2001). Lo cualitativo como tradición. En *Observar, escuchar y comprender. Sobre la tradición cualitativa en la investigación social* (pp. 35-60). México: Porrúa, El Colegio de México, Flacso.
- Tassías, M. (2015). *Desencanto electoral en los jóvenes: una percepción política electoral en la región metropolitana de Chiapas* [Tesis de maestría]. México: Universidad Autónoma de Chiapas.
- Tenorio, A. (1975). *Juventud y violencia*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Tuan, Y. (1991). Lenguaje and the making of place: a narrative-descriptive approach. *Annals of Association of American Geographer*, 87 (4), pp. 684-696. Disponible en https://www.jstor.org/stable/2563430?seq=1#page_scan_tab_contents
- Urcola, M. A. (2003, noviembre). Algunas apreciaciones sobre el concepto sociológico de juventud. *Invenio*, 6 (11), 41-50. Disponible en <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=87761105>
- Urteaga, M. (2000). Formas de agregación juvenil. En José Antonio Pérez (Coord.), *Jóvenes: Una evaluación del conocimiento. Investigación sobre juventud en México 1986-1999*. México: Instituto Mexicano de la Juventud.
- Urteaga, M. y Sáenz, M. (2012, enero-junio). Juventudes, géneros y sexos. Resituando categorías. *Revista del Centro de Investigación. Universidad La Salle*, 10 (37), 5-21. Disponible en <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=34223328001>
- Valenzuela, J. M. (1997). Culturas juveniles. Identidades transitorias. *Revista Jóvenes*, 1 (3), cuarta época. México: Instituto Mexicano de la Juventud.
- Van Dijk, T. (2000). El estudio del discurso. En Teun Van Dijk (Comp.), *El discurso como estructura y proceso* (pp. 21-65). Madrid: Gedisa.

- Van Dijk, T. (2003). La multidisciplinariedad del análisis crítico del discurso: un alegato en favor de la diversidad. En R. Wodak y M. Meyer (Comps.), *Métodos de análisis crítico del discurso* (pp. 143-178). España: Gedisa.
- Vázquez, M. (2015). *Jóvenes rurales: reconfiguraciones socioculturales a partir del uso y apropiación de las TIC* [Tesis de maestría]. México: Universidad Autónoma de Chiapas.
- Vázquez, M. (2015). *Juventudes, políticas públicas y participación: un estudio de las producciones socioestatales de juventud en la Argentina reciente*. Buenos Aires: Grupo Editor Universitario.
- Vela, F. (2001). Un acto metodológico básico de la investigación social: la entrevista cualitativa. En M. L. Tarrés (Coord.), *Observar, escuchar y comprender. Sobre la tradición cualitativa en la investigación social* (pp. 63-95). México: Porrúa, El Colegio de México, Flacso.
- Vendrell, J. (2002). Masculinidades juveniles. En Alfredo Nateras (Coord.), *Jóvenes, culturas e identidades urbanas*. México: UAM/Porrúa.
- Welti, C. (1989). La fecundidad de las adolescentes mexicanas. Problema cultural y de salud. *DemoS*, (002). Disponible en <http://www.revistas.unam.mx/index.php/dms/article/view/6530/6050>
- Welti, C. (1998). Políticas públicas y prácticas sexuales de los jóvenes. En Jaime Arturo Padilla (Coord.), *La construcción de lo juvenil. Reunión Nacional de Investigadores sobre Juventud 1996*. México: Causa Joven.
- White, M. (2002). *Reescribir la vida. Entrevistas y ensayos*. Barcelona: Gedisa.
- White, M. y Epston, D. (1993). *Medios narrativos para fines terapéuticos*. Barcelona: Herder.

- Williams, R. (1980). *Marxismo y literatura*. Barcelona: Ediciones Península.
- Wodak, R. (2003). De qué trata el análisis crítico del discurso (ACD). Resumen de su historia, sus conceptos fundamentales y sus desarrollos. En Ruth Wodak y Michael Meyer (comps.), *Métodos de análisis crítico del discurso* (pp. 17-34). Barcelona: Gedisa.
- Wyn, J. y White, N. (1997). *Rethinking Youth*. Australia: Allen and Unwin.
- Zepeda, M. (1993). La crisis económica mexicana y sus impactos sobre los menores que la padecieron. Ponencia presentada en el seminario *Opciones de participación y estrategias de sobrevivencia de la juventud*. México: IIS-UNAM/Unesco.
- Zermeño, S. (1987). *Juventud estudiantil - juventud popular: relación difícil, relación posible*. México: UNAM.